EL CARNAVAL SIN MÍ

Juan Carlos Aragón

EDICIONES KNIK



Juan Carlos Aragón nació en 1967 en Cádiz, la cuna de su arte, y murió en 2019 en la misma ciudad, a punto de cumplir los 52 años. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Sevilla, es un autor conocido fundamentalmente por sus más de cuarenta agrupaciones de Carnaval, con las que obtuvo un gran reconocimiento público y bastantes premios en el COAC del Teatro Falla: cinco primeros, tres segundos, dos terceros, seis cuartos, tres quintos y varios cajonazos. También su genialidad creativa y su capacidad crítica se reflejó en una valiosa obra literaria, compuesta por una trilogía de libros de ensayo, dos poemarios, una novela, varias conferencias y numerosos artículos periodísticos.



EL CARNAVAL

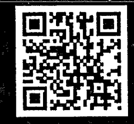


Juan Carlos Aragón

EDICIONES KNIK



Juan Carlos Aragón nació en 1967 en Cádiz, la cuna de su arte, y murió en 2019 en la misma ciudad, a punto de cumplir los 52 años. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Sevilla, es un autor conocido fundamentalmente por sus más de cuarenta agrupaciones de Carnaval, con las que obtuvo un gran reconocimiento público y bastantes premios en el COAC del Teatro Falla: cinco primeros, tres segundos, dos terceros, seis cuartos, tres quintos y varios cajonazos. También su genialidad creativa y su capacidad crítica se reflejó en una valiosa obra literaria, compuesta por una trilogía de libros de ensayo, dos poemarios, una novela, varias conferencias y numerosos artículos periodísticos.



EL CARNAVAL SIN MÍ

Juan Carlos Aragón



COLECCIÓN
CAPITÁN VENENO

Maquetación: Manuel Martín Sánchez.
Edición al cuidado de Arcángel Bedmar González.

ISBN: **978-84-09-65107-8**
Depósito Legal: **CA 331-2024**
Impreso en España.



ÍNDICE

PRÓLOGO

Lo hizo no porque se pensase muerto, sino porque se supo ya vivo para siempre.

Él es Juan Carlos Aragón, y ustedes no lo son (no lo somos). Y ahí está todo dicho, para eso lo dijo Él. Pero como parece necesaria por justa, y sanadora por cierta, la evidente obscenidad de tener que predicarlo, será preciso reconocer que en Carnaval existen tres tipos de personas: los que lo sabíamos y los que no.

A estos últimos, no hay más que compadecerlos de alguna generosa y condescendiente manera, ya que la ignorancia es la única y triste virtud de los ajenos, y en el pecado (más que mortal, *pa* matarlos) llevan la penitencia. ¡Ay!, eran estos tan poquitos y miopes, que no debería servidor quizás ni siquiera mencionarlos en el prólogo de este brillante ensayo.

La gran y real división radica en los primeros: entre los que lo sabíamos y lo disfrutábamos y los que lo sabían y ¡vaya si les escocía! El gran cisma, por multitudinario, verdadero, voluminoso, notorio, determinante y chivato pertenece a la subdivisión de los que ya lo sabíamos desde el principio, hasta el

final, antes, durante y después, en todo momento, en cualquier lugar, ante toda genialidad y repertorio, en presencia y en ausencia, frente a cualquier bastinazo o lirismo y bajo cualquier grupo, coronel, babuchazo y/o gaditanísima circunstancia. La división es diametralmente opuesta entre los que lo sabíamos y *stendhalísimamente* lo disfrutábamos (la Chusma Selecta) y los que igualmente lo sabían, pero dolorosa e indigestamente lo sufrían. Y es que "por anchos que sean los mares" esa es la madre de nuestro mal tratado cordero. Saberlo lo sabía todo el mundo, pero reconocerlo o no reconocerlo, ese era el complejo y esa era la batalla: premiar o castigar, gozar o derrotar, aplaudir o rajar, recibir o atacar, beber o vomitar, crecer o destruir, agradecer o frenar, surfear o intentar domar, seguir o perseguir... disfrutar o sufrir, ese era el único dilema... porque ser, era, y es, y se sabía, esa nunca fue la cuestión. Es de cínicos y mediocres confundir la batalla con la pelea.

Después llegaron los conversos, o peor que después, justo aquel día. Y no debe haber habilidad, o falta de ella, más inoportuna que la que gastan algunos para caerse del caballo justo en la puerta del tanatorio, quirúrgica y casualmente en el día y hora de la muerte del hasta entonces no admirado. ¡Qué *malisísima* suerte no poder por minutos decírselo a la cara al, a buenas horas, recién idolatrado, con su consecuente felicidad compartida! ¡Qué puntería más macabra! ¡Qué resbalón más tonto! ¡Qué reloj más tramposo! ¡Qué caballo más envidioso! ¡Y qué jinetes más embusteros!... ¡Pero bienvenidos sean!, que también hay quienes ni así y prefieren seguir instalados en el ridículo histórico al más puro estilo de la pobre Tía Anica "La Piriñaca" con aquel: "Y el Camarón ese...".

Y es que hay que ver, lo que gusta un genio muerto y lo que estorba un genio vivo. Como los genios muertos ya no contestan... Como los genios muertos ya son ordenables, estudiables, clasificables, homenajeables, archivables, antologizables, dóciles y silenciosos... Juan Carlos estorba porque dice, porque se moja, porque no se rinde, porque siempre contesta, porque se compromete, se revela, da la cara, el prestigio y el alma, provoca y despierta, zarandea y lo consigue. La revolución de la honestidad, el compromiso, la lucha y la palabra. El trovador kamikaze a pecho descubierto y guitarra militante. El profesor que muerde. El verso insubordinado. El pensador que acierta. El intelectual que sobra. El veneno que agarra. El ensayista que incendia. El filósofo que canta. El escritor que protesta. El poeta

con consciencia. Todo cosas muy molestas. Verás cuando te lean vivito y disparando, verás cuando te lean diciendo y contestando, verás cuando te sepan inédito y fértil, verás cuando te sientan en forma, presente y contagioso, lo van a flipar cuando te descubran valiente y estrenando, profundo y acertando, estando y liderando. Verás cuando te encuentren libre de nuevo, escribiendo y filosofando, pensando y triunfando.

Verás cuando te lean, si es que se acuerdan, cogiendo en tu barrio, que no es el otro sino el nuestro, al Poder, el capitalismo, la globalización, la sociedad, la cultura, el futuro, al Carnaval y hasta a Cádiz. Verás cuando te entiendan explicando la Historia a través de los grandes líderes mundiales históricos como Reagan, Gorbachov, el Papa y Antonio Martín (y no en ese orden). Verás cuando marques el camino de los referentes en Sófocles, Aristófanes, el Gómez y Emilio Rosado. Verás cuando se empapen de lo que opinas en primera persona, una vez más, desde tu puño siempre en alto y tu concienciada letra, sobre la desgaditanización, Sevilla, Onda Cádiz, Canal Sur, la mediocridad, la democracia, la estupidez, que "el parchís haya sustituido al ajedrez", que "el dinero no sea tanto, ni todo", el terrorismo artístico, la mafia, los jurados, la libertad, la esclavitud y los bocadillos de pavo. Sin humildad ni modestia, le pese a quien le pese, de frente, por derecho, diciéndolo en broma para que se sepa que es en serio, que la humildad y la modestia siempre te han parecido de falsos, verás cuando se enteren de que con estos versos reconocías haber tocado techo, verás cuando el resto entendamos que tu misión "era solo escribirlos"... y la nuestra analizarlos.

Verás cuando descubran el modelo de Tucídides en tus manos, escribiendo tú también desde tu destierro, para señalar al enemigo, su ubicación y su guarida (y a muchos les sorprenderá). Verás cuando te lean con Benedetti, Neruda y Paco Alba, verás cuando te sepan arreglando coros, cuartetos y hasta "el Magno Mamarracho de la Cabalgata". Verás cuando te escuchen opinar sobre "la puta fama", la calle, el Falla, la revolución, los himnos, el alma, Luisa (tu amada) y hasta del Reino de los Cielos, que según tú "para los pobres de espíritu tiene que estar del carajo, pero en el de la Tierra lo único que hacen es dar por culo". Verás cuando se oigan cantando las letras que los grupos te echaron *patrás,* y verás cuando asimilen tu visión de Cádiz (o los Cádices) y reconozcan cómo te trataron.

Hay un Carnaval antes de Juan Carlos Aragón y otro después. Y sería aún más preciso reconocer que hay un Carnaval antes de la muerte de Juan Carlos Aragón y otro a partir del día de su adiós (ese con nombre de drama). En esas millonésimas de segundo que existen entre la vida y la muerte, el Carnaval realizó, sabiéndolo o sin saberlo, un viaje de siglos y pasó de forma muy traumática de la inconciencia selectiva a la conciencia colectiva, por obra y gracia de la más grande y cruel de las bofetadas con la mano abierta de la historia en la cara de su hijo más brillante y genuino. Dicen que nada se valora más que aquello que se pierde, y esta pérdida es de las que ha hecho temblar los cimientos. Catarsis y examen de conciencia por anuncio de derribo, apocalipsis y reseteo obligado por la dolorosa vía de la muerte prematura.

El Carnaval sin dirección, se llamaba. Y no quiero saber si lo han corregido o no en esta edición definitiva. Yo aún te leo una y mil veces en el texto que me enviaste cuando terminaste esta obra y me pediste ser quien la estropease con este prólogo. *El Carnaval sin mí*, dijiste que se llamaría ahora, y es lógico, Amigo, porque dirección ya tiene, lo que no te tiene es a ti, por eso la dirección eres tú más evidente y necesariamente que nunca. ¿El Carnaval sin dirección, y tú me lo peguntas? La dirección eres tú. Quizás hasta la fuiste siempre, pero eso ahora no importa. Ya no puede haber Carnaval sin ti de la misma manera que nunca pudo haber un "ti" sin Carnaval. Te pasaste la vida y la obra escribiéndole a Dios para negarlo y a la muerte para burlarla. Y hoy la muerte ni te roza y Dios hace cola para que le firmes en el pecho porque no hay Dios con más guasa ni mejor colocado que Tú en el Olimpo.

Y cautivo y desarmado
quiero disirle a los Chele
y también al Fidel Chano
que manque estemo
en la guerra
y ar cajón lo haigan echado
le trasladen a su líder
mi indisnasión y mi enfado.

Las fuerzas vivas der pueblo,
que son en verdá las muertas,
no nos pueden de obligar
a sofocá esta regüerta.

Y es ahora más que nunca
cuando hay que ponerse chulo
y contri más babuchassos
po nojotro más por culo.
Y si dise er copy paste
que hay que ser más elegante,
po nusaltres más reberde,
y otro carajo más grande.

Que esta es la guillotina
der que canta sin cortarse,
que en un alevantamiento
da iguá si ha hecho mejón,
no vale pedí permiso
pa hasé la revolusión.

Que se alevanten los pueblos
(pueblo como idea en astrasto).
Y en verdá quien dise pueblo
dise bloque, venta, o campo,
dise morralla, nasión,
dise pueblo en er concepto,
vale hasta urbanisasión.

Que a la historia quien se pase
siempre ha hecho por detrás.
Se entra por los anales
der tirón sin preguntar.
¿O se tomó la Bastilla
llamando ar telefonillo
por si se podía entrar?

Como mucho ha hecho a lo sorro,
disiendo: ¡"Publisidaaaaa"!
Barricadas y artercados
y boicós pa protestá
o lucha modenna activa
con su peasso de sentá,
e insendiá toda las redes
con pamplina en digitá.

Sea por to mis compañeras,
compañeres y compañeros,
sea por tol espestro humano
y te la sude el primero.

Más vale quearse en pie,
yo de rodilla nos quiero,
porque no veas el pedazo
de polla que tiene mi Lolo,
¡ay Lolo, Lolito, Lolo,
ay Lolo,
mi piconero!

Lo siento, Amigo, pero no puedo, te leo, te estudio, te escucho, te releo, te aprendo, te busco, te encuentro, te oigo, te cuento... pero no puedo. Te lloro una vez y otra, y una más. Y de repente me río, te aplaudo, te quiero, te echo de menos, pero te siento. Leerte es sentirte y escucharte, es inevitable oír tu voz pasando la vista y empapando la mente sobre tus palabras. Queriendo o sin querer sospecho que además lo has escrito para que así sea. Así que *oleeetuscojoneahí*. ¿Qué te digo yo a ti que no le dijeses tú ya a tu hermano?

El Carnaval sin ti es peor, el mundo sin ti es peor. Todo sin ti es infinitamente más mediocre e "inselecto", pero paradójicamente el Carnaval sin ti es más tuyo y contigo que nunca. Todos son ahora juancarlistas, todos, y no te hablo de los que ya sabes como el Libi, el Gómez, Juanelo, Calixto, el Largo,

Javi Bohórquez, Arcángel o el Kanika, sino de algunos de esos que han visto la luz, por la falta de ella, conforme pasaban los soles y se quemaban sin resplandor los febreros. Todo sin ti es más contigo y tuyo que nunca. Y a los que nos llamaban fanáticos, por ver la luna y contarla en lugar de perdernos en el dedo, solo nos queda ahora como premio de poca consolación poder gritar orgullosos las tres palabras más hermosas de cualquier idioma: "Os lo dije". La alta literatura instalada en el Carnaval de Cádiz, el Cabrón Mayor del Reino. Palabras mayores, y ya no es por cómo escribes, que es de locos, sino por cómo piensas, que no se puede estar más cuerdo.

A veces, en estos días, (y es que han pasado más de cinco años), he llegado a pensar que solo tú podías ser capaz de adivinar y clavar, entre la carga y el cachondeo, que en el momento de la publicación de esta guinda de tu obra podrías conseguir lo que creo que nadie nunca antes ha cuadrado, que no es otra cosa que publicar un libro póstumo terminado de escribir en tus últimos días, y *alamismavé* que el prólogo también lo sea. Haciendo pleno Bob Dylan "Knockin' On Heaven's Door" con ensayista y servidor. Que traducido resulta: "Fin de popurrí en Puerta Tierra del Cielo". "Y después del final, no hay más, *Cadi* he venido a cantarte aunque no me lleve *na*, volveremos otro año, esto solo es un disfraz, cabalgata y papelillos, muero por tu Carnaval".

Hemos compartido charlas, mensajes, secretos (de momento los guardo todos), entrevistas, pantallas, retransmisiones, sueños, soledades, confidencias, platós, encierros conyugales con sus respectivos embarazos, presentaciones de libros, ensayos, poemarios y novelas, arrancado proyecto teatral a cuatro manos y hasta simultaneado paternidades, pero ¿quién nos diría en el último abrazo de aquel último semáforo que también haríamos lo más difícil? Compaginar biopsias con bienvenidas, quimios con pañales, diagnósticos con globos, porcentajes con biberones, esperanzas con futuros, ensayos clínicos con estrenos, amor con metástasis, desvelos con miedos, agujas con baberos y efectos secundarios con sueños primeros. Escribir mirando de reojo a las libretas que no rellenarás, sacarle punta a los lápices que puede que no necesites, temer las fotos en las que no aparecerás, poner la cara al mañana para no ofrecer la espalda a Damocles, desear las infancias que no vivirás, generar los recuerdos que no sabes si serás capaz de soportar, temer esa nota al margen por si fuese tu epitafio, llorar el

siniestro total por los daños a terceros, esquivar la inevitable metamorfosis del penúltimo poema en definitiva nota en la nevera.

Crear entre el silbido de las balas es aun más ensordecedor que el más helador e inmenso de los silencios, pero también más excitante, sospecharse lleno pero sin tiempo es quizás lo único más aterrador que sentirse vacío, asumir inminente el cierre del periódico hace que las teclas cuenten sin soberbia, sin disfraces que puedan confundirse con impertinentes mortajas, con la honestidad y la valentía justa de quien hace como que no está viendo por el rabillo del ojo malo huir contraflecha a los agoreros bichos, y con el lagrimal a flor de piel del bueno a los niños jugando con tu gigante dedo sin prisa. Toca abrir las alas con fuerza y batirlas sin duelo para no dejarse embalsamar a tiempo. Todavía no. ¿Y si sí? Tú y yo siempre hablamos de futuro, sobre todo desde aquel duro revés de aquel Miércoles dicen que Santo. Y aquí estamos, donde sea, y déjame que reconozca que cuando siento los más durísimos jalones de mi tozuda toalla, volver a juntarme contigo es, como atrevido incrédulo, uno de los caprichos de debilidad creyente que me permito, entre el consuelo, la esperanza, las ganas, la exquisitez, la ilusión y el lujo. El único escritor póstumo con prologuista póstumo... *elioputa*.

"Y el hombre no es obra de Dios, es Dios quién es obra de él". Y como tú le dijiste tantas veces, "si no condenas, no habrá quién te rece". Y vaya si te rezan, y vaya si te creen, y vaya si te cantan, y no es por llevarte la contraria pero déjame seguir junto a ti en el Teatro de Puerto Real, justo en el momento aquel en el que ensayando el Credo, solos en el patio de butacas vimos llegar los plumeros... "Ojalá", como tú bien dices, fuesen verdad las palabras de Amado Nervo y el hombre fuese arquitecto de su propio destino, ojalá nada de esto fuese verdad, ojalá esta paz no hubiese ocurrido, ojalá entre los supervivientes cambiásemos naúfragos por herederos, ojalá no existiesen tus huérfanos ni tu viuda, ojalá nadie te hubiese grabado el entierro, ojalá te comieses el atún y bajases tú la basura, ojalá no hubiese valido tu muerte más que tu vida, ojalá como canta tu Silvio Rodríguez: "La luna pueda salir sin ti". Ojalá.

Y déjame esperarte haciendo cola a la salida, como en Montevideo, déjame decirte tan escueto y elegante: "*¡Felisitasiones!*". Pediste un terre-

moto de gran magnitud cuando ya no tuviese remedio, esperabas no estar vivo para verlo. Y otra vez te sales con la tuya, no ha habido mayor terremoto ni magnitud más irremediable que este Carnaval sin ti. Que nunca fue más contigo, ni más tuyo. ¿Carnaval sin dirección? La dirección eres Tú.

Creo en ti, oh todopoderoso Carnaval de Cádiz, mitológico, griego y *gadita*, Dios Momo, deidad del sarcasmo, la burla y la ironía, Dios de escritores y poetas, espíritu libre y crítico, hijo de Nix, la noche, golfo y valiente.

Creo en ti, máscara en mano dando la cara y alzando tu cetro símbolo de la locura, por tus críticas expulsado del Olimpo y encarnado en Cádiz en el Cabrón Mayor del Reino.

Creo en el Antiguo Testamento, desde el Tío de la Tiza a Manolo Santander, en todos tus profetas, sus sagradas escrituras, y en La Viña como tierra prometida.

Creo en ti, oh todopoderosa religión del Carnaval de Cádiz, en Momo como tu único Dios verdadero y en Juan Carlos Aragón como tu forma definitiva en la tierra: canalla, divina y mortal.

Creo en el Nuevo Testamento y su poeta, que nació en La Laguna y desde Cortadura D.F. fue crucificado, muerto y sepultado, pero que resucitó del tirón antes del mismo día. "*¡¿Quéquéquéquéquéquéqué?!¡Aaaah!*".

Creo en el que vagó por el desierto y revolucionó el templo, en el que conoce como nadie la gloria, el paraíso y los infiernos.

Creo en la poesía y el bastinazo, en la comunión de la alta literatura con la Torre de Preferencia.

Creo en la vida eterna del Capitán, del Cabeza, del Loco. Creo en ti. Oh todopoderoso Carnaval de Cádiz.

Y terminó el libro no porque se pensase muerto, sino porque se supo ya vivo para siempre. Disfruten del Carnaval sin Él, si es que eso existe o se puede, porque ahora es más con Él y suyo que nunca.

¡Ave Carnaval purísimo con pecado concebido! ¡Ave Cádiz, que dijeron los romanos, ave picha, *a vé* si *conviamos*... y confesamos! Reconozcamos nuestros pecados: que quien más y quien menos negó al Mesías tres veces, (y ya te digo yo a ti que el Loco hubiera firmado del tirón *namás* que tres babuchazos). A Él, que una vez convertida el agua en vino convirtió el vino en sangre de chirigotero y la chirigota en tinto de verano. Por su culpa, por su culpa, por su gran culpa en el Reino de los Ciegos, el tuerto lleva el parche de Capitán y paga la *conviá*. Por su culpa, por su culpa, por su gran culpa, por lo visto la chusma "inselecta" elegía siempre a Barrabás, sin ver que el milagro no es andar sin mojarse sobre las aguas sino meterse hasta en los charcos y acabar en *aguatapá*. Y a los cojitos de entendederas, faltitos de lazarillo, les extendió la mano abierta, obrando el milagro: "Lázaro, picha, levántate y piensa". Condenado del Sanedrín, los fariseos y el Patronato (*pazdescanse*), los Judas, milagrosamente ahora, se disfrazan de Pilatos. Por su culpa, por su culpa, por su gran culpa, treinta monedas que al tiempo se les hace muy barato.

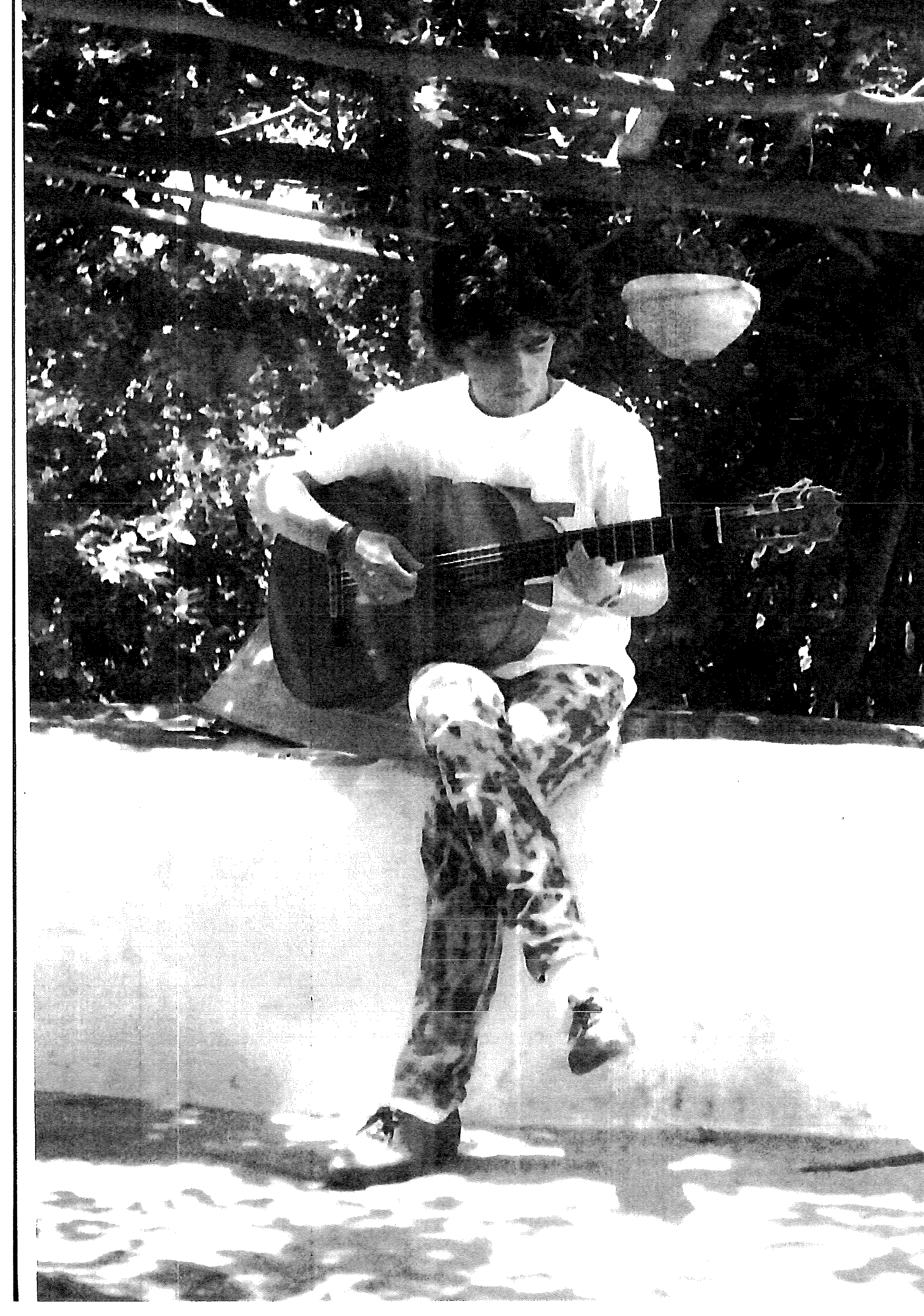
La Palabra del Mesías se reveló en varios idiomas: latín, *gadita*, *guiriextranjero*, uruguayo, indio americano y una vez, creo recordar, muy serenísimamente, que sucedió hasta en italiano... y aunque muchos te juraban que aquello no se entendía, ninguna fue dicha en vano. Y ahora, ¡hosanna aleluya!, el milagro se ha obrado, y ya entiende todo el mundo (con *Totus Tuus*), *Urbi et Orbe*, la Palabra del Mesías. ¡Que nunca es tarde, picha, si el poeta es bueno!... y el que esté libre de pecado que se tire a las Quince Piedras.

Y del mismo modo, acabada la escena, tomó Cádiz. Con su *ánge* y su gracia la bendijo. Y se paseó con sus discípulos diciendo: "Mamad y bebed todos de él porque es el Cádiz de *Guancarlo*. Alianza de chirigota y comparsa nueva y eterna que os será entregada por febrero a las mujeres y los hombres como el mejor de los pecados. Haced esto en conmemoración mía". Renunciamos a tu muerte, proclamamos tu resurrección. Tomaremos la

calle y la palabra que es la única forma golfa, valiente, canalla, libre, culta, gamberra, auténtica y verdadera de seguir tu revolución. Querida Chusma Selecta, ¡a las barriadas, hasta la Playa de la Victoria, siempre! Porque yo no sé si soy ateo pero yo *namás* que creo en Juan Carlos Aragón. Amén.

Manu Sánchez







CRISIS DE IDENTIDAD

La identidad se pierde con más rapidez y facilidad de la que cualquier sujeto tarda en conseguirla. Sobre todo a nivel colectivo. La identidad personal también es difícil encontrarla pues obedece a múltiples contingencias vitales, pero siempre puede perfilarse al gusto según edad, circunstancias, experiencias, perspectivas, evolución, modas o intereses. Cierto es que hay gente que siempre encuentra tan ardua y arriesgada la interminable labor de hacerse un traje a su medida que opta por el camino fácil y conservador de apoyarse en la identidad colectiva. Pero esto que hace tanta gente —ir adonde va Vicente— suele concluir en la disolución de la identidad colectiva, pues la fuerza de lo colectivo depende del convencimiento de lo particular. Y la fragilidad de lo segundo puede arrastrar la inestabilidad de lo primero.

La identidad colectiva nunca puede ser un punto de partida, sino un momento de intersección espontánea entre dos cosmovisiones relativas a una galaxia concreta, intersección que puede tanto fortalecer como disolver ambas identidades.

Partiendo del presupuesto antropológico de "la gente es como es" no nos vamos a detener en las causas y azares de la cultura humana, porque tú

serías de los primeros en cerrar el libro. Nos vamos a centrar en las causas de la falta de dirección del Carnaval, siendo la crisis de identidad la primera de ellas.

La identidad del Carnaval de Cádiz estaba forjada por su criterio colectivo. Al margen de los caprichosos y disidentes —que siempre hubo y los habrá—, el Carnaval tuvo un criterio colectivo propio, una especie de consenso tácito, presidido por la Chusma Profunda quizá, pero con tan lúcido sentido que solía conseguir que la excelencia brillara con luz propia, tanto que los primeros ilustrados de la Chusma Selecta solían sumarse sin prejuicio ni tabú. Desde ese punto de vista, en el primer Carnaval (el que va desde su invento hasta la irrupción de Antonio Martín) las élites artísticas estaban consagradas por igual para todos los públicos, de un modo tan unívoco que los patrones de referencia estaban claros a la hora de "entender" y "sentenciar", verbos que han ido perdiendo tanto sentido que hoy ya se usan de cachondeo.

El público podía estar equivocado o no, pero eso no importaba, pues era soberano: lo que indica soberanía es la seguridad y el vigor del criterio. Ejerciendo su soberanía desde abajo aportaba el criterio necesario para que ejercieran su supremacía los de arriba (...los de arriba del escenario). Todo esto era resultado de la claridad que aún alumbraba los cánones estéticos del franquismo tardío, que ya gateaba en busca de la modernidad.

El concepto de lo clásico era más fresco, pues el pueblo sabía que lo que aplaudía iba a perdurar. Lo clásico, así, alcanzaba su estatuto de clásico de modo inmediato y rotundo, y con carácter universal y absoluto: cuando la gente escuchaba a Los gitanos errantes o a Los hombres del mar "sabía" que aplaudía obras que estaban bautizándose con el agua de los siglos; igualito que ahora, que ves al Teatro de pie con una comparsa de la que nadie recuerda su nombre en la función siguiente. ¿O no, pedazo de friki?

Eran los años 60. No había Canal Sur. Ni Onda Cádiz. Ni Twitter. Ni YouTube. Por fortuna. Dicho de otra forma: las cosas solo podían ser auténticas con carácter necesario o no valían un duro. No había tanta relatividad ni espacio para la zona intermedia. Sí o no. No era una cuestión de gustos, como se dice ahora. El "tú sabes..." llegó cuando la gente empezó a liarse porque

no sabía si sabía. Por eso lo de "tú sabes..." realmente anuncia el juicio dubitativo del "no sé...". "*Pa* gustos los colores" puede valer mientras no haya más colores que gustos, que es lo que provoca el desconcierto actual.

Analicemos pues, a continuación, las seis causas principales de dicha falta de identidad. Y si alguien se ofende, me alegro en lo más profundo de mi corazón. Mi intención es esa y no otra. Aunque cierren el libro, lo tiren o lo quemen, sé que no se les va o olvidar lo que van a leer, especialmente a esa parte de la población carnavalera que aún sabe leer, que no es mucha, la verdad, pero que hoy se me antoja más necesaria que nunca (aunque solo sea para que yo pueda seguir vendiendo libros de estos).

Un Carnaval que no convence a nadie

He dicho bien. Carnaval.

— ¿Concurso, no?
— No. Carnaval. Del Concurso del Falla depende que el Carnaval de Cádiz convenza o no.

La calle, no se nos olvide, como escenario alternativo de coplas originales, surge como reacción a las mafias del Concurso a finales de los 80 y principio de los 90, y su progresiva competencia con el Concurso aumenta por año para la Chusma Selecta; la Profunda casi la ignora (la Profunda ignora casi todo).

Es cierto que cuando hablamos del Carnaval de Cádiz no debemos tomar el todo por la parte, pero resulta que la parte pesa tanto que a veces equivale al todo. Nos guste o no (a mí no me gusta), hay que admitir que cuando se nombra al Carnaval de Cádiz la primera imagen que se te viene a la mente no es la ilegal de Paquito Gómez (por desgracia) ni la Magna Cabalgata (por suerte), sino el Falla de los cojones. Si el Falla convence y vende es más fácil convencer y vender el resto. Pero, ¿a quién convence el Falla? A mí no, por poner un ejemplo de uno que no se puede quejar de laureles en el último lustro.

A quienes vivieron otros Fallas, el Falla actual cada vez les convence menos. A quienes no vivieron más Falla que este, que me hagan el favor de ser sinceros y de, al menos, reconocer que viven más de la ilusión de los Reyes que de los regalos que los Reyes les traen. Son los mismos todos los años, repetidos, con más envoltorio y cada vez menor sustancia.

El Concurso del Falla vence... mas no convence. Aunque ojo, el verbo vencer, de entre las doce acepciones que tiene en castellano, usa sobre todo dos que son casi contrarias: atraer y torcer. Y llevamos ya una época preocupantemente larga en la que el Falla primero atrae pero inmediatamente se tuerce. Es una cuesta abajo que ni la Final frena, pues a medida que el Concurso avanza, también lo hacen las decepciones y el cansancio, de modo que a los más aficionados les sobra media Final, y la otra media les resulta demasiado previsible. Como para irse ahora a escuchar ilegales. O sí. A ver si se nos quita la empanada...

La expectación inicial suele convertirse en palabras malsonantes que salen escupidas de los grupos de WhatsApp tal como se levantan las cortinas, o incluso antes, porque ya caminito del Falla los tontos del móvil hacen rular las fotos de las agrupaciones haciendo el pasacalles, y ahí empieza el bombardeo de los Concejos de Sabios:

—¡*Killo, killo, killooooooooooo!*
—¿Eso qué *eh* por tu *mare* de tu alma?
—¡Qué *mojonaso*, picha!
—Eso ya ha *salío* en *jubenile*: Fantasía *Surmarina*.
—Ahí salía mi *vesino er* Mono.
—¡*Darse* la *güerta* yaaaaaaaa!
—Ainsssssss
Y cuando suenan los tres primeros versos de la presentación sucede tres cuartos de lo mismo:
—Esto no entra.
—Lo mismo del año *pasao*.
—Ha *rimao* vena con verbena.
—Yo no quería *desí na*, pero a mí me habían dicho que este año venía la cosa flojita...
—Pero esto compite.

—*Aro*. Compite fijo. Pero porque es de quien es...
—*Po* la gente *sa levantao*.
—El público es de fuera...

Si multiplicamos estas conversaciones por los varios millones de grupos de WhatsApp que siguen en directo el Concurso, los billones de improperios que se sueltan alrededor de las agrupaciones son sencillamente resumibles en uno: esto es un mojón.

Realmente, a los carnavaleros *wasaperos* no se les puede echar demasiada cuenta, pues la rapidez y continuidad de sus comentarios delatan que no están concentrados en lo que están viendo y escuchando. Si son sinceros, a ellos mismos les gusta más el ambiente de sus grupos que lo que hay en el escenario. Pero sucede que, si no tienes grupos de estos y te limitas a concentrarte en lo que hay en el escenario, en 19 de cada 20 agrupaciones cambias de canal. No se sabe que es peor: darle por culo a las agrupaciones o que las agrupaciones te lo den a ti. En cualquier caso parece que sí, que es verdad, que aquí lo verdaderamente importante es participar, en lo que sea y como sea, pero participar... sin ser conscientes de la cantidad de gente que va dejando ya de participar. ¿Conciencia para qué? Vive la vida.

Ni evolución ni involución: degeneración

Ha llegado la hora de responder a esa maldita pregunta que tanto nos formulan los periodistas cuando adivinan que el Carnaval da tumbos: "¿Hacia dónde crees que está evolucionando el Carnaval?", como dando por hecho el progreso del Carnaval, aunque sea a formas no tradicionales. Que el Carnaval involuciona tampoco sería respuesta, pues eso significaría que está abandonando las modernidades mal incorporadas, las que saben a poco, y está regresando a sus raíces, a su esencia. Algo de eso hay. Más en la forma que en el contenido. Se agradece la intención. Pero sin haber mamado su esencia es imposible regresar a ella. El segundo Carnaval (el que va desde la irrupción del Niño de San Vicente hasta la caída del milenio) y el tercero (el *millennial*) han hecho un daño al ecosistema que puede ser irreparable. Apunten ya esta historiografía básica del Carnaval de Cádiz porque sobre ella irá vertebrado el análisis sociológico de su falta de dirección.

El Carnaval como arte (o artesanía) no está evolucionando ni involucionando, sino degenerando, pues está pasando de un estado a otro contrario y peor.

Hay muchos síntomas de degeneración. Por ejemplo, la presencia de los coros en el Concurso se ha hecho meramente testimonial. Desde los años 80 no quedan tangos en la memoria colectiva, con alguna excepción de los 90. Es plausible su intento de dinamizar la escena y sofisticar la afinación, pero cuando el público abandona en masa el Teatro —en sesiones de semifinales e incluso final— es obvio que el coro no va. Y no me refiero a coros en concreto —que hay algunos realmente excelentes— sino a la modalidad en general. El coro ha degenerado en coral. Como el Orfeón Donostiarra pero con bandurria y laúd. "Cadi" puro o Euskadi contaminado.

Del mismo modo, el cuarteto ha degenerado en teatro cómico. La artesanal distinción del cuarteto que consistía en ofrecer parodias compuestas por estrofas arromanzadas de octosílabos rimados —aunque se midiera y rimara de aquella manera— no tiene nada que ver con los actuales conjuntos de monologuistas que hacen reír al público (cuando lo hacen reír) con formatos importados de *El Club de la Comedia*. En el Carnaval de Cádiz no se trata solo de hacer reír, sino de hacer reír de determinado modo que el siglo XXI ya olvidó.

Por su parte, la chirigota se ha dividido en una gran colección de estilos sin estilo. La interactuación con el público, el chiste copiado de las redes sociales, la importación del formato televisivo, la incorporación de la tragedia-ficción característica de la comparsa fúnebre, la pobreza musical de las piezas seleccionadas para presentaciones y popurrís, el abuso de las cuartetas habladas sin estructura definida, los golpes explosivos de recorrido corto y el abandono casi absoluto del doble sentido y la ironía, entre otros motivos causantes, han desgaditanizado lo más gaditano del Carnaval. Las virtudes de la chirigota clásica hay que buscarlas en algunas (solo en algunas) de las ilegales. Y si alguna ilegal, con todas sus virtudes, se atreve a plantarse en el Concurso del Falla —aún respetando su estrecho corsé—, lo lógico es que aunque una gran parte del público lo agradezca y lo valore, termine sin premio, hecho que no seduce a nadie para

venir detrás (si no, pregúntenle a Er Chele Vara), además de confirmar a la chirigota que su teatro natural es el mismo en el que nació: la puñetera calle. Allí son las reinas porque el reino de la calle es más libre, valiente, inteligente, crítico, profundo y noble que el reino del Falla. No importa que la trascendencia mediática sea menor, pues el Carnaval de Cádiz no va de trascendencia mediática sino de pureza, esencia y sustancia. Y ambos valores se antojan incompatibles. Sí. Incompatibles por definición. Ahí está la realidad para que el chirigotero escoja.

Por su parte, la comparsa ha degenerado en *Operación Triunfo Gaditano*. En la actualidad aún compiten involuciones hacia el cante mesurado, templado, fino y sin estridencias, con otros modelos *millennials* más feroces y agresivos, que pretenden levantar al público de sus asientos a golpe de grito y *quejío*, sin mensajes sociales emotivos y abundando en la tragedia ficción y en la sublimación del drama como fórmulas para estremecer al espectador, algo que realmente consiguen, pues la mayoría logran hacernos pasar un mal rato, algo impropio de los carnavales. Los cuplés son un trámite. Una bola de pelo detrás de otra. Las músicas originales —salvo honrosas excepciones— aburren y manifiestan la incapacidad musical de sus autores, al margen de la incultura musical de los grupos que se traduce en interpretaciones tuneadas hasta la planicie que provocan que todo suene igual. Las introducciones de los pasodobles —con todo su virtuosismo técnico— no tienen nada que ver con el pasodoble, resultan injustificadamente largas, no anuncian lo que viene después y separan el pasodoble en dos: antes y después del punteo. Pero como es lo que se lleva...

Renovar no es reinventar. Lo primero apunta al progreso a partir de las raíces; lo segundo, a la degeneración. La mayoría confunde el significado del verbo, y con él el sentido y el significado del Carnaval de Cádiz. También la comparsa ha importado los moldes televisivos de *La Voz* o la ya citada *Operación Triunfo*. Mientras, por su cuenta, los aficionados *wasaperos* lo asimilan a un *Gran Hermano*, en el que los descartes, las nominaciones y las cribas bailan en función de argumentos cada vez más alejados de lo artístico y más próximos a lo mediático.

Por eso decía Er Chele Vara:

Llevo escuchando hace tiempo:
"La chirigota está en crisis,
que pasa malos momentos,
que no hay Fletillas modernos,
que está la cosa *difísi*,
que está *desgadinitándose*
y perdiéndose la gracia...",
cuando de verdad la crisis
quien la tiene es la comparsa.
La comparsa gaditana
ya no sabe ni *cantá*,
esos *quejíos* no son Carnaval,
son Marifé de Triana.
No. No hay un mensaje *sossiá*
de los que llegan al alma:
Cádiz *tesquiero*, y ya está,
y enfermedades muy raras.
La rodilla *pa* fuera y *ahín torsía*,
una mano en el pecho
y la otra *escondía*.
Posturas que no son propias de *carnavale*,
porque si tú no respeta la ergonomía
lo único que propicia
es la aparición de *hernia discale*.
Remembe aquellos bigote.
Remembe la porpulina.
Remembe la gracia fina.
Paco Alba la creó.
Y *despué* degeneró en una pelea de gallos,
y ahora todos tienen barba.
Por eso flipé el día aquel
que se hundió el Vaporcito.
Porque la culpa, repito,
porque la culpa, repito,
fue de Paco Alba.



ER CHELE VARA. 2019.

La sublimación de la mediocridad como freno a la excelencia

Recuerdo allá por el año 2000, en medio de una concurrida asamblea que celebramos en la Asociación de Autores del Carnaval a propósito de una batería de propuestas para reformar el entonces reglamento del Concurso. En medio del disenso que históricamente nos distingue, tras largas y encontradas intervenciones de autores que pretendían abrir el reglamento en beneficio de la creatividad, y otros que se oponían a las innovaciones con el desafortunado argumento de la esencia mal entendida, tomó la palabra el Gómez, el de la mente más lúcida. Cerró el debate con una sentencia marca de la casa que resumía las intenciones de los más conservadores, que siempre son los que hacen más ruido en estos debates: "Señores: esto es un partido de cojos; el que tenga dos piernas, o se amarra una o no juega".

Personalmente, lo entendí tan bien que me puse mi americana de piel roja y rogué paso para abandonar la asamblea. Eran mis años del romance apasionado con Jack Daniels, al que me abandonaba cada vez que presentía que este mundo no era el mío. Me acompañó algún autor más de mi camada con el que, en el bar de abajo, permitimos que unos tragos nos hicieran más llevadero el fin posible de las alternativas. El Gómez, como siempre, la había clavado. Y como los de arriba habían decidido jugar un partido de cojos, los de las dos piernas nos emborrachamos a ver si con los tumbos compensábamos la cojera de los colegas. La democratización del Carnaval había tumbado su esencia poniendo los primeros límites a la excelencia en beneficio de lo mediocre.

Recuerdo también disparates tales como la negación de las músicas originales en los popurrís en virtud de un argumento único: "las canciones de moda en los popurrís han sido lo que le han dado la fama al Carnaval gaditano". El autor en cuestión aún está vivo y puede defenderse, por lo que daré su nombre: Nandi Migueles, "músico" de coros para más inri y que terminó diecisiete años después de jurado de comparsas, como cuando los ministros de Sanidad eran economistas y los electricistas ministros de Interior.

Realmente, no se trataba tanto de castigar a la excelencia —que también— como conseguir que lo mediocre pudiera litigar y superar a lo excelente imponiendo unas reglas de juego que el Gómez ya definió con la metáfora perfecta.

Comparto con Pérez Reverte que las élites son necesarias pues son las que arrastran del carro social. Sin ellas no hay patrones ni referencias claras. Si el Falla lo puede ganar cualquiera queda muy democrático, pero muy poco artístico.

Todo parte de una confusa y perversa concepción del concepto de "lo popular". El fútbol es popular si los grandes equipos juegan con grandes estrellas cuyo talento deslumbra por encima del resto del ejército. Si no, el fútbol deja de ser popular. El pueblo necesita espejos en los que mirarse para progresar a nivel de estatus y aspiraciones vitales. Si sus espejos son como ellos, el pueblo no progresa.

Hoy día, las excelencias del Carnaval de los 60 y 70, cuyo triunfo venía en el paquete de su simple presencia, lo tendrían realmente crudo para alcanzar el continuo reconocimiento que obtenían entonces. El arte no es democrático ni asambleario, pues una asamblea de mediocres y frustrados ve en la excelencia justo eso, su mediocridad y su frustración, e intenta por todos los medios frenarla de la única forma que puede: elaborando un reglamento con el que pueda brillar al mismo nivel lo excelente y lo mediocre. Y oye, mediocre: aquí no se trata de que ganes tú, sino de que gane el Carnaval de Cádiz, y este gana solo cuando gana la excelencia y no cuando cinco trompos desde un palco de jurado la ningunean en beneficio de lo mediocre. Ese asamblearismo no funciona ni en política (si no que le pregunten a Podemos); en el arte, si lo intenta, no solo no funciona, sino que se lo carga.

¿Eso quiere decir que siempre tienen que ganar los mismos? Sí. Por supuesto. Al menos hasta que aparezcan otros de su nivel. ¿No estás de acuerdo? Pues vete al Pico de Cortadura a coger olas... pero asegúrate de que las olas no tienen más de medio metro.

Un campeonato regional de vanidades amarillas

Denso título para este epígrafe. Campeonato. Regional. Vanidades. Amarillas.

El del Falla no es un concurso. Dado lo desmedido de las pasiones y su carácter público desde el minuto cero, es un campeonato, pues en primer lugar no hay ganadores (concurso) sino campeones (campeonato). Aunque pueda parecer lo mismo no lo es. Ganador es quien gana al margen de los rivales. El campeón gana a costa y merced de los rivales. El campeón gana un duelo a dos, a tres o a seis bandas y la principal forma de celebración es la manifestación de su superioridad frente a sus rivales: "a mamarla", "a *comé* carajo", "nos la tienen que mamar", "a *vé* quién manda aquí..." suelen ser las expresiones espontáneas que estallan de la garganta de los campeones tras oír el veredicto del jurado.

Como comprenderán, cuando un fotógrafo gana un concurso de fotografía no se pasea por la Alameda con la cámara fotografiándose la polla, ni mira por encima del hombro a quien ha obtenido el accésit. Se enorgullece, lo celebra, cobra el dinero y coge ánimo para seguir buscando ángulos y sombras. No pasa de ahí.

Lo de "campeonato regional" no va solo por la procedencia de los concursantes, sino por la categoría de la división. No es lo mismo jugar en la Liga de las Estrellas que en categoría regional, por mucho que celebres las victorias y subas a Twitter los selfis del equipo. Que nuestro Campeonato del Falla solo ocupe apenas un minuto en algunos —no todos— los informativos nacionales nos deben dar una idea del interés público que despierta el Falla más allá del Falla. En los informativos regionales (solo de nuestra región) ocupa algo más. En los locales se convierte en la base de la información, pero en contra de mucha gente que pasa tres kilos de su propio Carnaval porque, sencillamente, atiende a un mundo que le ocupa y entretiene más. Así que vamos a ir dejándonos de creernos —cuando pasemos a una final o ganemos el campeonato del Falla— que hemos ganado la Champions o el Nobel de Literatura. Cuando valoras las victorias en su justa medida no se destruyen tantas neuronas como cuando sobredimensionas el triunfo a niveles universales.

¿Esto fomenta la vanidad o la vanidad es el resultado de la victoria sobredimensionada? O dicho de otra forma: ¿la vanidad viene ya en el ADN del comparsista y por eso intenta ganar el Falla, o ganar el Falla activa esa vanidad aletargada que la mayoría llevamos dentro?

La vanidad es una ficción o fantasía y está definida como "el orgullo inspirado en un alto concepto de los propios méritos y en un vivo deseo de ser admirado y considerado". Les confieso, queridos lectores, que desde que empecé a ganar campeonatos del Falla y vi a la gente persiguiéndome para conseguir un autógrafo o la fotito de los cojones, a mis poetas favoritos, Benedetti o Neruda, ya los empezaba a leer de igual a igual, admitiendo la injusticia de tanto reconocimiento para ellos en comparación al que tenía yo, cuando ellos no tenían ni cojones de ganar el campeonato del Falla, los *pringaos*. Injusto mundo, pensaba. Qué tengo ya que escribir para que el mundo admita que Neruda o Benedetti son dos aprendices del Aragón, en vez de al contrario. Lo digo en serio para que parezca una broma.

Pues si esto es así, imagínense lo que pasa por la mente del personaje para el que el mundo se reduce al Concurso del Falla, que no escucha más música que Carnaval, que no lee más libros que libretos, que sus mensajes de WhatsApp anulan al corrector, que ocupa el tiempo libre en la videoconsola, que no ha pisado una biblioteca ni para ensuciarla, que identifica liberalismo y libertad, que se compra la ropa de los domingos en Springfield y que la segunda mayor aspiración de su vida es ser jurado.

Aunque todos somos carne de vanidad, las vanidades también tienen su rango cromático. En el último escalón está el amarillo, "maldito para los artistas, gloria bendita para los cadistas..." y sacramento para los comparsistas (y coristas y chirigoteros; que los comparsistas se las dan de artistas, pero los demás les pisan los talones). En la jerarquía social de los colores, el amarillo es el que goza de menor reputación, pues es este el color reservado para las vanidades más ajustadas a la definición descrita tres párrafos antes. Cuando la fama es más valorada que el prestigio, la meritocracia abandona al sujeto en beneficio de la admiración fantástica o ficticia. Es la crónica de una minusvalía anunciada. Aún quedan decenas (cientos) de exestrellas vivientes que siguen paseando su decadencia por calles y escenarios inmersos en otra realidad paralela a la realidad real (valga la redundancia que no es tanta).

Ni arte mayor ni arte menor: artesanía repetida

Desde siempre quise ver en el Carnaval de Cádiz una dimensión interesantísima del arte, quizá no tanto por el resultado como por sus posibilidades, además de, por supuesto, su capacidad para reventar las emociones del modo más puro y espontáneo. Las primeras, las mías (eran los 70, conste).

Yo, que desde muy pequeño me sentí atraído por todas las expresiones literarias y musicales, confieso que en mi inocente adolescencia no era capaz de establecer la superioridad de Los Beatles (los de Liverpool) sobre la música de Paco Alba, ni la inferioridad de las comparsas de Antonio Martín sobre cualquier célebre zarzuela, ni la manera de cantar del Catalán Chico (o del Grande) sobre Freddy Mercury. Y como resulta que en la definición de "arte" mando yo, tú no eres nadie para cuestionar esto, igual que yo no lo soy para corregir tu consideración sobre lo artístico. Esto es un punto de vista personal. O sea: no hay otro.

Esa expresión de "arte popular" que los ilustrados cernían sobre mi venerado Carnaval ("arte popular" en el mejor de los casos: la mayoría de los ilustrados lo ignoran y lo defenestran desde el desconocimiento o el clasismo) me jodía en el alma. Lo admito. Yo fui de los que siempre defendió que el Carnaval era un arte mayor, si no en todos los casos, sí en sus expresiones excelentes. De ahí surge el concepto de "Chusma Selecta" para referirme a ese sector ilustrado, formado y culto, que valora inmediatamente y en su justa medida el Carnaval, y lo incluye en su reproductor de música en la casa y en el coche junto a las obras de Pink Floyd o Triana, sin el menor prejuicio o tabú. Esa Chusma Selecta, a la que sinceramente debo mi perseverancia en el mundo del Carnaval, parece que al Falla le ha sentado más mal que bien. La Chusma Profunda ha ido reaccionando para hacerse con el control hegemónico del arte carnavalesco. Y claro. Lo ha ido reduciendo a artesanía... porque no podía ser de otra forma viniendo de quien viene.

Aunque esto es arena de otro capítulo, entre arte y artesanía hay diferencias fundamentales: el arte tiene un fin expresivo o estético, recubierto por una densa capa de desinterés crematístico porque es un fin en sí y jamás un medio. Y no puede ser un medio por la sencilla razón de que no hay un fin superior al propio arte. En cambio, la artesanía se limita a un producto

que proviene de un trabajo manual y calificado en relación a los patrones industriales: es una habilidad para reproducir un objeto de manera indefinida y, en todo caso, un medio para un fin ulterior —usar o vender— sin el cual no tiene sentido.

Tras la obligada aclaración teórica, ¿en qué plano situaríamos la mayoría del Carnaval que se viene haciendo en el Concurso hace como mínimo dos décadas, en el del arte o en el de la artesanía? Pues ahí está. El Carnaval ya no es arte, ni mayor ni menor, sino artesanía. El problema es que el arte no se imita ni se copia, no tiene límites, no se aprende, es universal y su eco puede resonar por los siglos de los siglos, superando fronteras y clases sociales. Sin embargo, la artesanía está sujeta a las modas, la utilidad y las exigencias del mercado. No es por tanto libre, se aprende, se imita, se da gato por liebre, envejece, mantiene un estrecho límite emocional y siempre está en el abismo de su disolución, su degeneración y su crisis de identidad. Como el Carnaval actual, vaya. Ni más ni menos.

No obstante, este fenómeno tiene sus ventajas. Cuando estuve en Venecia para preparar La Serenissima, observé con dolor una práctica emergente pero ya consagrada. En las tiendas de máscaras auténticas lucía un cartel de "prohibido fotos". El motivo era que, junto a las tiendas, mercados ambulantes de indios y chinos copiaban las máscaras originales con notable imperfección (valga el oxímoron): si las comparabas saltaban a la vista las descaradas diferencias, pero si no las comparabas la similitud era notable. Con lo cual, el gran público, en vez de pagar 400 pavos por una máscara auténtica, pagaba 18 por una imitación (solía ser para regalo y el pobre sujeto del regalo creía que su cuñada le había traído una máscara veneciana, que tenía de veneciana lo mismo que yo de gijonés). Ahora, el fabricante de máscaras auténticas tiene dos posibilidades: hacer la misma porquería del chino, o insistir en fabricar la auténtica... y terminar cerrando la tienda. No se olvide que vivimos en una sociedad consumista sin dinero para consumir; por tanto, triunfa más la copia que el modelo, lo virtual que lo real, lo inauténtico que lo puro. La banalización de la pata negra ha llegado al arte. Y el Carnaval con aspiraciones artísticas tampoco se escapa de la quema. Difícil tenía ya la consideración artística como para resistir la invasión china (porque en el Carnaval de Cádiz también hay ya un montón de "chinos"). La Chusma Selecta es la única con capacidad para distinguir

tanto por haber hecho acopio del martinismo la primera, como por haber expulsado del Falla al Brujo, y con él a la Chusma Selecta que en solidaridad ya nunca fue martinista. De hecho, mi entorno, además de no serlo, era de los que inauguró la leyenda "no saldrá nunca nadie como él", leyenda que en principio me cabreaba porque implicaba la negación de la posibilidad de un futuro superior, pero a la que con los años me fui sumando.

Con la muerte del Brujo, la Chusma Selecta se alejó del Carnaval y del Teatro y no regresó hasta la Transición. Lo hizo en dos viajes. El primero, en 1977, fue para seguir la renovación del coro iniciada por Los Dedócratas, con la música del Maestro Escobar y la letra de varios intelectuales gaditanos comprometidos con la izquierda política, parte de los cuales inició en 1982 la renovación de la chirigota con el icono de Los Cruzados Mágicos y siguientes, lo que supuso el segundo viaje al Carnaval en democracia de la Chusma Selecta. Como era de esperar, se había sentido especialmente atraída por la finura de siempre rematada con una exquisita selección musical, disposición estructural (el popurrí convertido en historia) y compromiso político desde la izquierda social, la de verdad, la que en breve dejó de coincidir con la izquierda política.

No obstante, y esto ya era representativo de la guerra fría entre ambas chusmas, durante el lustro que duró la presencia de aquella chirigota (no del todo justamente denominada "la de Paco Rosado", pues para mí lo fundamental fue la aportación de Emilio Rosado y el Gómez), tuvo que conformarse con alternar el cetro de la modalidad con la chirigota de Juan Rivero, absolutamente antitética, y repleta de virtudes inferiores a la de Paco Rosado. Tanto es así que, durante los primeros años, de cuatro ediciones ganaron dos cada una, y el cajonazo de la quinta, la mítica de Los Cubatas, provocó el abandono parcial del Concurso de esta revolucionaria y exquisita chirigota. Dos años más tarde volvieron con Los Conquistadores de Casa Crespo, teniéndose que conformar con un injusto tercer premio, lo cual apuntilló el deseo de aquella chirigota de no volver nunca más al Concurso.

De este despropósito de la Academia del COAC surge como reacción la chirigota ilegal, el Carnaval de la calle, capitaneado por una escisión del grupo reconocida en los años posteriores como la chirigota de Paco Leal, que escrita por Emilio y el Gómez autoexilió la excelencia a la calle.

No obstante, aquella revolución de la chirigota fue el detonante de la chirigota de los 90, capitaneada por Los Sanmolontropos Verdes, Época Vergüenza, El que la lleva la entiende (Los Borrachos), a las que sumaron otras chirigotas célebres como Las Viudas (la del Noly), Caiman (la del Sheriff), Un Peasso Coro (la del Menda Lerenda) y posteriores, como Los Titis de Cai, Los Tintos de Verano, Kadi City, Las Ruinas Romanas, Los Bordes del Área, Los Guiris, Guasa Cubana, Los Palomos, Una Chirigota con Clase, La Familia Pepperoni, Los Pofesionales, Los Yesterday... Todas ellas marcaron la década gloriosa de la chirigota gaditana, lo que unido a la exquisita salud de los coros de Los Niños, Quico Zamora, Julio Pardo y La Viña, la prolongación de la brillante comparsa de Antonio Martín y a la irrupción —lenta pero imparable— de la comparsa de Martínez Ares, que alcanza por vez primera la victoria en 1993 con Los Miserables, conforman un época que difícilmente volverá a repetirse, y que abandona el siglo XX con el esplendor del Concurso del Falla en todo lo alto.

Huelga decir que la Chusma Selecta estuvo presente en aquellas ediciones facilitando el reconocimiento y la consagración de aquellos estilos y autores. Y aunque no mandaba en el Concurso —nunca mandó— su presencia añadía un plus, un glamour al público del Falla que las propias agrupaciones agradecían, sabedoras de que sus virtudes serían valoradas con cierta facilidad.

Uno de los motivos que impulsó la presencia de la Chusma Selecta en el Concurso durante aquellos años fue, sin duda, la reventa, que permitía que sin soportar interminables colas hubiese entradas para todas las funciones estelares. Entiéndase que la Chusma Selecta estaba compuesta por un segmento social entre progresista y burgués, económicamente acomodado, al que no le importaba pagar un plus de la entrada a cambio de no ponerse en la cola. ¿Elitismo? Llámesele así si se quiere, pero al Concurso no le vino nada mal. La reventa nunca echó a la Chusma Profunda del Falla, pero permitió que coexistiera pacíficamente con la Selecta, y las exigencias y sensibilidades de ambas posibilitaron la convivencia de estilos diferentes en la alternancia de los cetros. Es más: la Chusma Selecta siempre supo perder el Concurso, pues su gozo iba más allá de la victoria de sus grupos favoritos, conformándose con el placer de lo que ofrecían. Digan lo que

digan, la reventa siempre facilitó la democratización del público del Falla, una representación más real de todos los estamentos sociales aficionados el Carnaval, y el Concurso fue el mayor beneficiado. Durante estos años llegó Canal Sur, el *Tangai* y la apoteosis televisiva definitiva para la exportación del Concurso a toda Andalucía, pues vendía las excelencias de las horas más altas del Carnaval. Todos ganamos hasta el punto de recordar aquellos años con la leyenda de "cualquier tiempo pasado fue mejor". Esos años ya no volvieron tan repletos y continuos de esplendor.

La llegada del nuevo milenio (el tercer Carnaval) va a marcar un punto de inflexión negativo en la evolución del Concurso. Antonio Martín había marchado al destierro poco antes de acabar el siglo viendo cómo su hegemonía se batía en una pugna insuperable con la comparsa de Martínez Ares y la de Tino Tovar. A poco de empezar el siglo, el grupo de Subiela abandona a Martínez Ares y sigue de la mano del Menda Lerenda, quien aprovechando la estela de este mítico grupo irrumpe con relativa facilidad en el Olimpo de las comparsas, aunque traería como consecuencia el abandono de su chirigota. A los tres años se produce la fuga del cerebro renovador de la comparsa, Martínez Ares, entre el hastío y el desafío de la aventura en solitario como cantautor más allá de la galaxia carnavalera.

La chirigota de los 90 se va descomponiendo en un puzzle informe de estilos a la baja y se produce la incorporación de novedades procedentes de Sevilla, que comienzan a hacer las delicias del público para, en pocos años, provocar que el estrellato del Falla mutara de nuevo de la chirigota a la comparsa.

El primer decenio del siglo contuvo a ambas chusmas en el Teatro, aunque notablemente más divididas, que no enfrentadas. La ausencia de Martínez Ares pesaba demasiado. Al Menda Lerenda le costó cinco largos años volver a enganchar al Teatro con una comparsa a la medida de las pasiones: Araka la Kana, marcando el principio de un estilo fresco, espectacular y alegre que no terminó de cuajar. Jesús Bienvenido irrumpió con fuerza hasta el pelotazo de Los Santos, que tampoco fue capaz de mantener en los años posteriores. En 2009, Los Enteraos engrosan la lista de las chirigotas míticas que no ganaron el Concurso, poniendo en evidencia el ridículo sistema

de puntuaciones y la incapacidad para corregir sus deficiencias por parte del jurado. La vuelta de Antonio Martín en 2005 señala su incapacidad para reinstaurar el martinismo en la zona alta de la afición. Volvió. Sí. Pero volvió sin las ideas ni el brillo con el que empezó, y ya no supo enganchar a las generaciones venideras. Quizá su vuelta le quitó más que le dio, y aunque ganó el Concurso en dos ediciones más (2009 y 2013), sus victorias ya no fueron celebradas como antaño, pues no volvieron a estar presididas ni por la excelencia ni por el respaldo unánime de la afición.

Durante estos años se producen paralelamente dos de los mayores castigos que sufre el Concurso: le retransmisión en directo de toda la fase preliminar por parte de cadenas locales y la prohibición de la reventa.

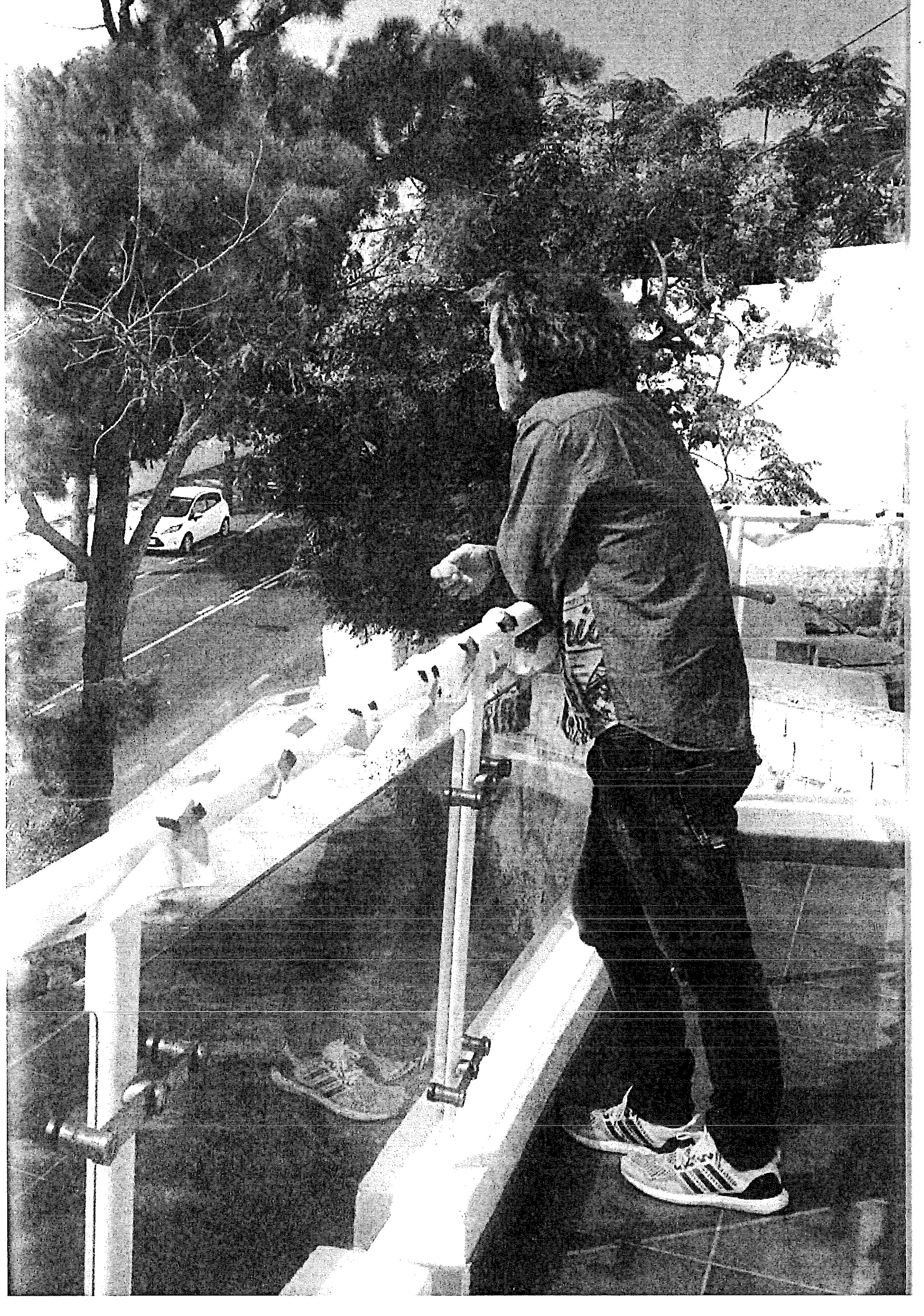
La primera mostró las carencias de un Concurso que crecía en cantidad pero no en calidad, y la segunda forzó "legalmente" el abandono definitivo de la Chusma Selecta del Teatro, con lo cual el Falla perdió excelencia en el escenario y glamur en el graderío. Ante un público más básico, las agrupaciones notaron que se antojaba un tipo de repertorio más elemental, menos refinado, sarcástico, irónico y renovador, pues la Chusma Profunda gobernaba el Coliseo y demandaba patrones carnavalescos más elementales. Si a estos hechos unimos la apoteosis del fenómeno fan —uno de los más dañinos de los que llegó al Concurso—, el Concurso siguió perdiendo enteros como consecuencia de la necesidad de los grupos para contentar a una fanaticada de bajo valor cultural y artístico, que reventaba el Teatro con cualquier mediocridad y ninguneaba determinados asomos de excelencia: el escándalo de La Serenissima valga como ejemplo de que el Teatro había mutado también a peor. Aunque debió ganar aquel Concurso, con la distancia cada vez me cuesta más trabajo entender cómo fue capaz de conseguir el segundo premio, no por su calidad, sino por la feroz corriente en contra de la Chusma Profunda. Al año siguiente Catastrophic Magic Band pagó los platos rotos de los enemigos de La Serenissima. Los platos, los vasos y la vajilla entera. Con lo cual el Menda Lerenda también le dijo al Concurso "hasta la polla de vos, ahí os quedáis", y se permitió el lujo de darle una de las mayores puñaladas personales que ha recibido el certamen con el exilio de Los Ladrones a otros teatros de Andalucía, en los que comprobé que el trato que recibe el carnavalero en el Falla es denigrante por obra y omisión (aunque esto también corresponde a otro capítulo).

Al año siguiente, como "venganza" el Menda Lerenda volvió con Los Millonarios, demostrando que hace falta oxígeno exterior de vez en cuando y provocar vacíos de excelencia en el Concurso cómo recurso indispensable para que el público valore la calidad por encima de otras consideraciones personales y absolutamente innecesarias para el Carnaval de Cádiz.

Pero ya no había remedio. La Chusma Selecta hacía años que había ido abandonando progresivamente el Falla rumbo a la calle. El sistema de venta de entradas no le permitía volver. Y el regreso de Martínez Ares al año siguiente (2016) fue la consagración del gobierno de la Chusma Profunda para hacer que ganara aquella edición una comparsa que, con todos mis respetos, todos sabemos que no convenció de primeras a nadie, pero que ganó porque tenía que ganar. Iba en el guion. La Chusma Profunda se impuso en el Falla y la Selecta se tuvo que conformar con La Guayabera en la calle. La victoria del Tercer Estado sobre la Chusma Selecta estaba servida. Ya no había vuelta atrás. Ni la habrá.

Pero esta derrota también tiene sus consecuencias. La Chusma Selecta ha dejado un vacío en el aforo del Teatro y, por extensión, en la afición al Carnaval. Saber, como sabemos todos, que la Chusma Profunda gobierna el Concurso a nivel de público y de organización, obliga a los grupos y a los autores a insistir en repertorios y planteamientos más cómodos para el público presente. Y así, la calidad baja enteros por años. Existe el más que fundado temor de que llevar al Falla algo diferente e innovador te puede quitar más que dar, con lo que el conservadurismo espeso se ha apoderado del ejército carnavalesco. Caer en este error da la puntilla al Carnaval. Esa falta de calidad, esas temáticas repetidas, esos modelos importados de la televisión, están terminando de generar un público que tampoco acaba felizmente satisfecho con lo que encuentra. Quizá la patata caliente esté ahora en manos de grupos y autores que tienen que tener la valentía y la capacidad suficiente para hacer cambiar las tornas: no ofrecer lo que quiere el público sino lo que queremos nosotros, aunque sea una tarea en principio que pueda resultar larga, ardua y frustrante por momentos. Y a eso la mayoría no está dispuesta.

Alarma. Hay menos público y de menor calidad. ¿Fin de la excelencia en el Carnaval? ¿Fin del Carnaval? Ahí andamos... sin dirección.





FUNDAMENTOS DE HECHO

Todo lo que hemos contado acerca de la crisis de identidad de nuestro Carnaval, en dirección a su propia falta de dirección, no obedece —ni mucho menos— a motivos intrínsecos al universo del Carnaval. Por más que exista quien no quiera verlo así, el Carnaval es punto de encuentro y de llegada de todos los cambios sociales que se están dando en el mundo. El Carnaval de Cádiz no se hace a sí mismo, por muy idiosincrático que sea... (que cada vez lo es menos). Cádiz no es un satélite aparte del mundo. O tal vez sí. Depende de quién y cómo lo mire. Pero en cuanto se recupera la lucidez, hay que admitir que lo que pasa en el mundo retumba en Cádiz. Y de qué manera.

Uno de los motivos por los que os cuento esto es porque, para entender qué pasa en Cádiz, primero hay que entender qué pasa ahí fuera. Es de soberbios y de necios querer ignorar la historia reciente de la civilización occidental. En ella están las claves que explican absolutamente todos los fenómenos que desembocan aquí. No vayamos a creernos de verdad —como creen algunos— que Cádiz gira alrededor del mundo y que el Carnaval lo hemos inventado nosotros. Ni siquiera esto último. El Carnaval en Cádiz toma una dirección y unas formas con un valor antropológico y artístico incalculable, y ahí su identidad la define la impronta del gaditano,

la de su controvertida y apasionante personalidad colectiva. Pero encerrar a Cádiz entre sus Puertas de Tierra —y a su Carnaval en el Teatro Falla— es, entre otros, uno de los muchos motivos que está metiendo en un callejón sin salida a uno de nuestros mayores tesoros.

El diagnóstico y la terapia van por separado. Pero sin conocer el diagnóstico no hay terapia que valga. Más aún. Hay muchas enfermedades con remedio que pasan previa y necesariamente por el autodiagnóstico. La enfermedad de nuestro Carnaval es un ejemplo de ella. Solo me falta que algún gilipollas me diga que el Carnaval de Cádiz goza de buena salud o que durante unas horas al año la Final del Falla se convierte en TT mundial. Eso, realmente, es lo que más me preocupa, sobre todo cuando los que hacemos esto estamos asistiendo justo a la evidencia de lo contrario, sobre todo cuando la necedad y el autoengaño quizá sean el motivo fundamental de su enfermedad.

No querer ver las cosas un poco más desde afuera puede convertir la crisis en catástrofe. De la primera a la segunda hay un paso. Y se da como se está dando en Cádiz, donde antes de opinar, no veo a nadie que se detenga a echar una retrospectiva universal para analizar con mejor criterio por dónde van las cosas. A nadie salvo a mí, claro. Por eso yo soy Juan Carlos Aragón y ustedes no lo son.

No quiero con ello convertir un ensayo de Carnaval en uno de Filosofía de la Historia, pero se me antoja imposible hacer lo primero sin, previamente, hacer un poco de lo segundo. Es por esto que ahora toca dejar de mirarnos el ombligo y hablar un poco del mundo que nos rodea o —mejor dicho— que nos tiene rodeados.

Hace décadas que la filosofía nos advierte de la deshumanización del arte, del desencantamiento del mundo, de la aldea global, del deterioro de las relaciones humanas, de la inversión de los roles entre técnica y hombre que ha convertido al segundo en esclavo de la primera...

La filosofía nos advierte de muchos peligros reales porque va dos pasos por delante de la sociedad, aunque la canalla no le eche cuenta ni aquí ni en Pekín, primero, porque no sabe filosofía ni quiere saberla y, segundo,

porque si la conoce, no quiere oírla, ya que no alienta sino alerta. Ignorar el ruido de las alarmas quizá sea la mayor de las necedades humanas. Pero mi función como filósofo unida a la de carnavalero militante me brinda el deber de hacer que el ruido llegue hasta vosotros (hasta algunos de vosotros, quiero decir).

La filosofía no solo explica el mundo a través de la historia. Va más allá. Ofrece también varios modelos de transformación del mundo en aquellos aspectos en los que las riendas están a nuestro alcance. Pero es imposible transformar nada si no se conoce previamente. Una transformación no implica necesariamente una revolución en términos generales. Cuando con el sistema no se puede, no se puede. Pero el sistema siempre ofrece grietas por el que los movimientos marginales pueden penetrar para impedir que no desparezcan ahogados en el tibio estanque del propio sistema que los repele... absorbe (que no sé qué es peor).

El Carnaval de Cádiz es —era— un movimiento marginal con un alto potencial subversivo y catalizador de las pulsiones vitales, desestabilizador parcial del bienestar del sistema, aunque solo fuera a base de pasodobles y cuplés. Pero si sigue cayendo en la sutil y repetida absorción de la periferia por el centro, terminará convirtiéndose en opio, como el fútbol o la religión.

El Carnaval de Cádiz tenemos que seguir haciéndolo a nuestra manera. Para ello necesitamos salir un momento afuera y verlo desde lejos como lo que es ahora mismo: un instrumento de propaganda del sistema que calma el temporal de la conciencia colectiva a base de brindis con bebidas isotónicas.

La Edad Estúpida

La estupidez es una miseria humana directamente relacionada con la falta de inteligencia, la torpeza y la necedad. Así que es legítimo, según mi historiografía particular, el uso del apellido "Estúpida" para la Edad actual, la que nos está tocando vivir, la que nació y creció con la inteligencia atrofiada, la que es tan torpe como para ignorarse a sí misma y a la vez tan necia como para insistir y agrandar sus errores (la autoignorancia, el mayor de todos ellos).

Siempre es cronológicamente complicado situar con exactitud el inicio de una época histórica. La Edad Estúpida vendría a iniciarse con la última campanada del siglo XX, llega hasta hoy, pero va a durar hasta pasado mañana, como mínimo.

Ya la Posmodernidad, con solo nombrarla, asustaba. Todos los movimientos "pos" son obra de náufragos, antes que de supervivientes, pero en todo caso nunca de herederos, que es lo imprescindible para que la historia siga avanzando en espiral según el modelo de Tucídides, el más lúcido de los que jamás contemplé. Un ciclo histórico que ignora la herencia del anterior no puede desembocar más que en catástrofe. Y la Edad Estúpida marca, entre otros indicadores, la catástrofe civilizatoria más alta conocida desde la alianza Iglesia-Estado inaugurada por Teodosio en el siglo IV, durante los ejercicios de calentamiento de la Edad Media. Entre la Edad Media y la Edad Estúpida está la Edad Medio Estúpida, que es la que va de la Modernidad a la Posmodernidad.

La derrota del movimiento jipi hizo mucho daño a la civilización occidental, pues fue la última esperanza espiritual frente a la guerra y la barbarie económica del neoimperialismo. El capitalismo había conseguido a través de sus *mass media* convencer al mundo de que los jipis eran unos puercos, drogatas, ninfómanos, parásitos y niños de papá, cuya financiación paternal les permitía inventar una ficción de paz y armonía con la naturaleza, un neocristianismo ateo subvencionado por el mismo sistema contra el que se rebelaban. Y aunque muchas de sus sensatas reivindicaciones (antibelicismo, desarme nuclear, ecologismo, liberación sexual, feminismo, homofilia, etc.) fueron incluyéndose en las constituciones de los países occidentales, la absorción de la periferia por el centro y la inautenticidad de mucho militante en el movimiento terminaron por minarlo y disolverlo, poniendo fin a la esperanza de los felices 70. Sépase que sigue constando el año 1978 como el año más feliz de la civilización occidental (el año de Los Golfos y Raza Mora, que diríamos los del pitito de caña).

Si a este fracaso, añadimos el fin de la guerra fría-caliente y su sustitución por la guerra templada, desaparecían los monstruos visibles contra los que plantear una revolución planetaria redentora de la humanidad. Así, el principio de los 80 coincide con el asentamiento de la Posmodernidad, enten-

dido como movimiento cultural caracterizado precisamente por la falta de movimiento. Se caracteriza por su excesiva atención a la forma banal, el eclecticismo convertido en rebujina sin identidad, la búsqueda de nuevas formas de expresión que apenas encontraron refugio universal, y una carencia creciente de compromiso social que anuncia la consagración del fin-disolución de las ideologías. Y con la poca edad que yo tenía entonces, ya me fui dando cuenta de que este tránsito era una sentada en el vacío (*La era del vacío*, como la definió G. Lipovetsky en su magistral ensayo de 1983).

Alguien ya estará pensando qué carajo tiene que ver todo esto con la falta de dirección del Carnaval, y la respuesta es "absolutamente todo", pues el Carnaval de Cádiz —insisto— es un reflejo de lo social que acontece en el planeta Tierra, aunque algunos parezcan vivir en su Cádiz como satélite. Aún me sorprende el convencimiento con el que algunos afirman que en Cádiz durante el Carnaval "se detiene el mundo y se para el tiempo...". No, picha, eso es poesía *gaditaníssima*; realmente se para el submundo del Carnaval: el mundo como tal, sigue girando. Abundo en esta cuestión hace años. Recuerden...

Y parece como si a esta tierra por venganza
la hubiera hecho yo a mi imagen
y a mi maldita semejanza.
Mas solo les puedo prometer
que yo en ninguno de sus males y castigos
he tenido lo más mínimo que ver.
No sé si han sido más culpables
sus alcaldesas o alcaldables.
No sé si han sido más tiranos
los gaditanos con su historia
o la historia con sus gaditanos.
Solo les vuelvo a decir
que aquí hasta yo mismo me aburro
porque ni siquiera hay curro... ¡para mí!
Vosotros seguid asando las caballas.
Seguid los lunes a la sombra
y los veranos en la playa.
Y dentro de vuestras murallas celebrando

Bicentenarios, constituciones
y con dos cojones seguid cantándole
a La Caleta y a vuestros muertos.
Que el diablo ya se encargará del resto...



LOS PRÍNCIPES. 2011.

A vuelta con las novedades de la posmodernidad, el rock andaluz y el sinfónico, el giro al flamenco de Camarón y el hiperrealismo pictórico aportan unas renovaciones a partir de las raíces. Sin embargo, la mayoría las concibe como novedad, con lo cual, las raíces se pierden de vista y estas renovaciones sublimes concluyen al morir sus creadores. En los aspectos estéticos y creativos puede que sea donde más claramente se observa que la Posmodernidad no es de herederos, sino de supervivientes y náufragos. El sentido de la evolución se disuelve en un archipiélago cuasi cómico en el que el "todo vale" queda al mismo nivel que su consecuencia lógica: nada vale.

La transición política que tan cachondos nos puso en los 70, ya en los posmodernos 80 se convirtió en una escuela de corrección formal creciente. En 1990 oí decir a la profesora de Filosofía Social de la Facultad de Sevilla eso de que "contra Franco se vivía mejor". Obvio. La ruptura de la dialéctica histórica ponía en peligro el advenimiento de nuevas antítesis que se convirtieran en síntesis y a la vez tesis de nuevas antítesis... y así sucesivamente. Era el fin de la historia anunciado por Hegel, sin tanto pangermanismo, pero sobre todo sin lucha de contrarios. La última que quedaba, la del capitalismo-comunismo, fue disuelta por la Triple Alianza de Gorbachov, Juan Pablo II y Reagan (Bush después) para cristalizar en la Caída del Muro de Berlín, metáfora de la victoria planetaria del capitalismo sobre el resto de las formas posibles, con el consiguiente inicio del plan de globalización mundial que generaría la desigualdad definitiva y la estupidez de nuestra era.

Tenemos por tanto que la Posmodernidad cuenta ahora mismo con cuarenta años, divididos en dos edades de veinte: la primera, superviviente; la segunda, estúpida. Y lo de "estúpida", aunque admito que no suene agradable, no es insultante sino definidor. Yo no llamo deliberadamente estúpi-

dos a mis coetáneos pues son tan víctimas como yo de la Edad que nos ha tocado vivir. Pero sí es cierto que cuento con una ventaja importante sobre los *millennials*. Al haber vivido la identidad sé mejor que ellos acerca de su falta, de su crisis, y procuro convivir con ella agarrado a unas identidades heredadas que me bastan para desenvolverme con rebelde solvencia en 2020, sin tener que buscar otra nueva ni completarla con lo que hay ahora. No es complejo de superioridad. Es más simple. El azar me brindó los últimos referentes heredables de la contemporaneidad y los pillé a lo justo.

Es lógico que no me identifique con la Edad Estúpida. La Edad Estúpida es estúpida, entre otras cosas, por su falta de identidad, y el hecho del movimiento ciego del *millennial* buscando desesperadamente su identidad es el mejor síntoma de que no la tiene, de que no la encuentra, de que no la hay. El error de haber creído que pueden es el hecho que los ha terminado alejando de la posibilidad de encontrarla. A veces, con cierta envidia y desazón, intuyen mayor pureza en la manifestación de destellos retros o *vintages*, mas se ven incapaces de interiorizarlos: cuarenta años de posmodernidad son muchos años. La relación afectiva con aquel pasado mejor está rota con carácter irrevocable. Es un divorcio de mutuo acuerdo, pero divorcio al fin y al cabo. Y en un divorcio todos perdemos; aunque quizá quienes mantenemos el patrimonio perdamos menos y podamos mantenernos a flote en estos mares de petróleo.

EL NAUFRAGIO *MILLENNIAL*

No es mi pretensión en este ensayo abundar sobre la debacle *millennial*, sino limitarme a exponer una aproximación a las causas que han contribuido definitivamente a la desorientación del Carnaval de Cádiz como consecuencia de sus aportaciones.

El *millennial* no es responsable directo de sí mismo, sino la generación de sus padres, gran parte de la cual no participó en la conquista de los derechos sociales de la Transición, pues se encontró con el trabajo sucio hecho. A las primeras de cambió cortó el cordón umbilical con la historia celebrando la apoteosis del consumo y la lógica del todo vale, bobamente cobijada al calor de lo material, e ingenuamente convencida de que el Estado

del Bienestar era una realidad que había llegado para quedarse. No olió siquiera que tal Bienestar no era más que una ficción de Estado diseñada para convencernos de la necesidad y conveniencia de la globalización... sin plantear la posibilidad de que en cualquier momento los globalizadores serían otros y nosotros los globalizados, y que aquel Bienestar se traduciría en insoportable malestar.

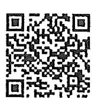
El Estado, del que decía Nietzsche que "miente en todas las lenguas del bien y del mal", es el que andaba detrás de todo esto. Pero la estrategia diseñada por la Triple Alianza descrita con anterioridad había convencido en primera instancia, si no de las ventajas del consumo, sí del éxito de la erradicación del comunismo. La creencia de que el mundo sería esencialmente democrático se celebraba con tal entusiasmo que no dejaba mirar la otra cara de la moneda. La democracia era el nombre amable del neoliberalismo salvaje. Por eso es por lo que algunos historiadores obvian la Edad Contemporánea, y prefieren hablar directamente de Posmodernidad como época histórica siguiente a la Modernidad: la Revolución Francesa no marca realmente el tránsito del Antiguo Régimen a las democracias actuales, como afirman en nuestros libros de texto. Aquella Revolución no fue un triunfo del pueblo sino de la burguesía; en el fondo, lo que marca es el tránsito del Antiguo Régimen al nuevo: el Capitalismo. La Posmodernidad así entendida se alargaría desde 1789 hasta nuestros días, no constituyendo más tránsito que el asentamiento progresivo de los regímenes democráticos cuyo fin último es la instalación definitiva del capitalismo —más allá de las disueltas ideologías— en aras de la globalización y el consiguiente fin de la historia.

Quizá sea demasiado pedirle a los padres de los *millennials* que fuesen capaces de darse cuenta de todo esto. Al fin y al cabo, en lo más hondo de cada occidental late un burgués que a la más mínima se desata. Y a la más mínima se desató. Mas lo grave no fue el aburguesamiento, sino la ruptura con la herencia y el legado recibido, con el puente, con el camino, con la lucha: la traición. Repito. La traición. ¿Queda claro? El demócrata de la transición española, por poner un ejemplo que quede más a mano, no era más que un burgués frustrado, que pasó del socialismo al liberalismo en cuanto se vio con dos perras. Eso no es ideología sino pancismo. Y ese

pancismo se delata en el hecho subliminal de la inmediata actitud reactiva y fachorra contra las izquierdas tradicionales.

Por eso me dio tanto coraje que La Gaditanísssima no cantara este pasodoble:

Aún recuerdo compañero tu pañuelo palestino
con tu boina al estilo del Che, tu puño cerrado y tu sino
de libertador clandestino... y parece que fue ayer.
Cantando a golpe de ron tantas canciones valientes,
y tanta calle al luchar con barricadas calientes.
Con la fe en la victoria que vendría mañana...
Y llegó ese mañana convertido en ahora.
Ay, y ahora compañero, tu mono de obrero
y tu puño cerrado de pronto se han transformado
en un Audi plateado y en un traje colosal
con un porte inmaculado al servicio bien pagado
de una multinacional.
Tú que tanto presumías, de coraje y rebeldía,
y de tener la sangre roja...
Y apuntas a tu niñita en un colegio de monjas.
Solo espero que tu enana sea más pura y más humana
que su falsa educación, y haga la revolución
que su padre abandonara.
Que si la sociedad ya no tiene ilusiones,
entre falsos monarcas y gobiernos ladrones,
es porque en este país aquella transición
estuvo en manos de traidores.



La Gaditaníssima (inédito). 2019.

Algunos lo aplaudieron a rabiar cuando se lo canté en el ensayo. Otros no tanto. No sé cuántos lo pillaron. Pero lo celebraron bastante. Lo dieron por hecho. Lástima que con urgente posterioridad lo descartaran. Nunca supe por qué. Aunque lo imaginaba. Por eso preferí no preguntarlo. Los chicos de la comparsa, la mayoría, tampoco son tan doctos en historia como para

captar que la hondura del pasodoble procedía de un caos degenerativo con origen en 1975. Era mucho pedir.

Mientras en los institutos el movimiento ilustrado se celebre como la antesala de virtudes y valores que cristalizó en la Revolución Francesa, a la que se considera el hito para el asentamiento de los actuales estados sociales y democráticos de derecho, seguiremos llamando Edad Contemporánea a lo que vino después, sin caer en el hecho crítico de que lo que llegó tras la Modernidad fue la Posmodernidad, aunque ciertamente no se hiciera visible hasta el último tercio del siglo XX.

No me he pasado hurgando en las causas de la falta de dirección del Carnaval actual. Muchas causas están tan lejos que no se les echa la cuenta que tienen. Pero un análisis serio de la cuestión nos obliga a remontarnos a donde haga falta. Ninguna catástrofe surge por generación espontánea. Aquí el problema no es la desgaditanización del Concurso. Esta es solo una de sus múltiples consecuencias.

Tampoco sé cuál es la cultura histórica del lector de este ensayo, pero independientemente de cuál sea, le añado el hecho de que la historia no explica la historia. Es la filosofía de la historia la que la interpreta y ayuda a comprenderla. Al Patronato del COAC todo esto se la trae al pairo. No hace falta que lo jure. Así le va. Así nos va. Si no sabe interpretar el presente como consecuencia del pasado, el futuro del Carnaval puede salir por los cerros de Úbeda. Ninguna patología estructural se cura con analgésicos. Ni un dolor de muelas. Volveremos sobre esta cuestión en su capítulo correspondiente, "Del despropósito al arte del Peor Imposible", pero con más inquina, que sé que tú la esperas y yo también reconozco que estoy deseando soltarla.

El Carnaval como reflejo de lo social

Tal como se ha puesto la cosa, hoy cualquiera puede meterse a artista, y además creerse que lo es. De hecho sucede todos los días. Son miles ya los escritores y los cantantes que, sin decir nada, sin necesidad de dejar un mensaje o un himno, se pasean por escenarios y calles cual estrellas del universo.

Tiene su lógica desde que el arte deja de ser el depósito de lo sublime para convertirse en diseño y en objeto de moda y consumo. Al otro lado de la calle, conviven los artistas de verdad sin un patrón definido que los distinga del resto. No es que el arte haya muerto, sino que el diseño ha crecido tanto que lo ha superado hasta ningunearlo, incluso hasta dejarlo en ridículo.

Al artista puro le quedan dos alternativas: morirse de asco o prostituirse. Que el artista puro se prostituya a los intereses del mercado es posible, de hecho hay quienes lo hacen. Pero el sacrificio es su propio mito y el de su público. Ante esta herejía está la otra alternativa, la de morirse de asco, viendo cómo casi nadie da un duro por ti y cómo el valor de lo que haces cotiza por debajo del panfleto. Yo, personalmente, cada vez estoy más cerca del romanticismo artístico en este sentido, aunque tenga que comer bocadillos de pavo. Pero no me veo diseñando productos con fines comerciales para un público que ni es el mío, ni quiero que lo sea.

Por poner un ejemplo, el único disco de los míos que llevo en el coche es el de La Guayabera. Sé que no fue una comparsa de reconocimiento multitudinario, sino de culto para minorías selectas. Con esa intención la hice. Y con esa intención haré lo poco o mucho que me quede por hacer en Carnaval. Si no encuentro quien me acompañe, lo haré solo o no lo haré, pero no voy a darle al público lo que el público pide, sino lo que pido yo (que también soy público). Cuando me decían que La Guayabera no era Carnaval, eyaculaba porque había conseguido lo que pretendía y porque los que decían eso delataban que no tenían ni puta idea de qué era Carnaval. Eran más o menos los mismos que decían que La Serenissima cantaba en italiano, los que no entendían al Chele... Es obvio que por "Carnaval" entendemos lo contrario. Menos mal...

Hacer Carnaval pensando en el público es una de las mayores zancadillas que el Carnaval se ha puesto a sí mismo. No solo ha sacrificado a autores puros, sino también —y esto es lo más lamentable— al público puro, ese público que viene abierto a lo que le des y que sabe de antemano que en esto mandas tú y no él. Puede comprarlo o no según le guste mucho, poco o nada, pero lo que nunca te comprará es lo que hayas hecho solo con la intención de vendérselo. Ese público —que en líneas generales se corres-

ponde con la Chusma Selecta— es selecto por ese motivo: no se plantea invertir los roles, ni viene a verte con la intención de interactuar contigo. Y a mí es el único público que me interesa de verdad. Para el resto ya hay la tira de "creadores".

El Carnaval de Cádiz, en su dimensión artística, debe seguir esta misma consigna que aplican los artistas puros. La obra la diseño yo, a mi antojo y capricho, sin buscar hacer las delicias del público sino las mías. Si además, hace las del público, entonces es cuando hay motivos de verdad para celebrarlo porque has compartido con el público lo más íntimo de ti, esa parte de ti que querías ofrecer. Y el público te lo agradecerá más y mejor.

Es lo mismo que cuando te cuelas en un supermercado sin la lista hecha. No sabes ni lo que tienes en casa. Entonces te dejas llevar por los antojos y las pseudoofertas que el director de *marketing* ha diseñado para que te dejes las perras. Me ha resultado siempre frecuente coincidir en la caja del supermercado con gente que lleva el carro hasta arriba de pamplinas y paga cuatro veces más que yo. Pues aquí el artista tiene que ser el comprador y el público las estanterías.

Ese incontenible temor que se repite a menudo en el seno de muchos grupos, el consabido "es que la gente espera eso de nosotros", es un error que los propios grupos y autores han consolidado. Luego, quien se lleva al público al huerto es el grupo que le ofrece lo que el público no esperaba. "Es que han sorprendido", se suele decir. No es exactamente así. Más bien es que —por fin— alguien ofrece una originalidad que no tiene más remedio que destacar entre tanta obra repetida y previsible.

Hay ocasiones —para qué lo vamos a negar— en que grupos y autores cuentan con un exquisito gabinete de asesores y sociólogos que "saben" lo que va a pegar y lo que no. Y reconozco que de vez en cuando aciertan. Pero ese "pegar" premeditado no es puro, sino elaborado. El público te lo compra en el Teatro, pero luego el recorrido del producto es corto y, tal como acaba el Concurso, se va diluyendo, apagando. Créanme que eso resulta frustrante, tanto para el público como para los grupos, quienes contemplan cómo su obra pasa de "pelotazo" a ignorada en cuestión de semanas.

El gran problema es que esta es la estrategia que la mayoría de los grupos diseñan. El repertorio, el mensaje, las melodías, no son tan importantes como el montaje de laboratorio que diseñan cara al público. A la base late la madre del cordero: ganar el Concurso, como sea. Y puedo reconocer que hasta es legítimo. Pero ganar el Concurso a cualquier precio tiene su contrapartida negativa, para el Concurso y para el concursante.

Desde el momento en que "acostumbras" al público a que mande él sobre ti, a que cumplas o superes sus expectativas, ya te metes en una espiral en la que pasas de libre a esclavo, en la que ya te resulta imposible sorprender y en la que es más fácil defraudar que salir airoso.

Comencé el capítulo afirmando que "tal como se ha puesto la cosa, hoy cualquiera puede meterse a artista y, además, creerse que lo es". Lo que distingue al artista del comercial del escenario es, precisamente, que —dentro siempre de los mayores respetos hacia el público— el primero pasa de él y el segundo pasa de sí, porque el artista hace lo que le gusta y el comercial del escenario hace lo que cree que le va a gustar al público, al margen de que le guste a él.

Siendo esta ya la norma del Concurso, el Carnaval ni puede ser un arte ni puede cumplir función social alguna... ya que es un reflejo (más que reflejo, espejo) de lo social. Para que el Carnaval pueda cumplir alguna función no puede convertirse en un eco o prolongación del sistema, sino en una alternativa. Por eso la calle cumple esa función, pero el Teatro no. No sé a ti, pero yo, cuando a veces apostaba y me tragaba una función del Falla, de la fase que fuera, sentía lo mismo que cuando veía unos instantes de *Gran Hermano*, *El Club de la Comedia* u *OT*, con la diferencia de que en estos programas el *zapping* era inmediato y en la función del Falla aguantaba a ver si algo me representaba y se me ofrecía como alternativa. Pero como nunca tenía la suerte de encontrarme algo así (que algo aún queda), terminaba atrapado entre la esperanza y la desazón hasta que, finalmente, apagaba la tele. Y como esto me fue pasando demasiadas veces, con todo el dolor de mi corazón dejé de ver el Concurso por el único y simple motivo de que me había dejado de gustar. Así de simple y así de claro. Y lo peor: cuando algo me deja de gustar casi nunca me vuelve a gustar. A menos que gire de nuevo a lo que era antes, y eso ya se me antoja casi imposible. Siglo XXI. Cádiz.

España. Europa. El mundo. La humanidad... No veo la forma de que gire o regrese, la verdad.

No obstante, lo delicado del asunto no es que me haya dejado de gustar a mí, sino que le ha pasado —y le sigue pasando— a demasiada gente, y por idéntico motivo. Una vez que el Carnaval se queda sin función social alguna que cumplir, una vez que empezamos a verlo como una prolongación de los centros comerciales, el cuerpo del Carnaval comienza a adelgazar, su salud a complicarse, y su esperanza de vida a menguar.

—El Concurso, ¿no?
—No. Por segunda vez te lo repito. El Carnaval. He dicho bien.
—¿Y la calle?

Cuidado con la calle. Esto tiene su capítulo aparte, pero te adelanto algo. La calle come del Concurso. Si el Falla se va a la calle, a la calle puede pasarle lo mismo que al Falla. De hecho ya hay algún que otro pequeño síntoma asomando su cabeza por ahí. Pero luego vamos con esto.

Ahora mismo lo que nos ocupa es que uno de los motivos —el principal— por los que el Carnaval de Cádiz no tiene dirección es porque la sociedad tampoco la tiene, y no la tiene por los motivos expuestos en los dos capítulos anteriores. Ignorarlos equivale a ignorar la posibilidad de devolverle al Carnaval una dirección definida. Si no vamos a las causas nunca resolveremos los problemas.

A mí el Carnaval de Cádiz me enganchó, no tanto por lo que veía y oía, que también, como por las infinitas posibilidades que nos brindaba como vehículo de expresión popular. Pero a medida que me fui adentrando en el sistema (porque el Carnaval es un sistema, un todo compuesto por una serie de partes interconectadas), me fui dando cuenta de que a la hora de la verdad ocurría todo lo contrario. Y además he tenido la mala pata de haber coincidido con la caída en picado del Carnaval redentor y su transformación en Carnaval pedagógico... por llamarlo de alguna manera, que tampoco, porque si alguna pedagogía en inherente al Carnaval es justo la contraria de la que se está intentando imponer desde los palcos del Teatro:

la corrección en las formas, la educación en valores, los principios ilustrados... anda, *irse* ya *ar* carajo que el Carnaval es al revés que todo esto: ustedes son los que sobran aquí, los primeros que se lo están cargando, mancha de figurones que no valen ni *pa* estar *escondíos* (ni *escondías*).

Por último, quiero advertir de otro síntoma inequívoco de la debacle de nuestro Carnaval, que no es otro que su decadencia económica a nivel de ventas.

El Concurso se ha ido capitalizando de manera salvaje en los últimos años, y pretende ir a más, aunque me da que la gallina de los huevos de oro está agonizando. Por su parte, las agrupaciones se lo han ido tomando como un escaparate en el que exponer sus productos para lanzarlo al mercado posconcurso. Pero, claro, siendo así, el mercado se ha saturado y todo el mundo no puede vender. Incluso los que vendían, en un mercado saturado o venden menos o lo venden todo y dejan a los demás sin ventas.

La primera consigna para vender es hacerse imprescindible. Y no es imprescindible nunca lo igual, lo repetido, lo copiado, lo imitado. Si algo se hace imprescindible es lo original, en la doble acepción del término original: propio y nuevo (o distinto). El actual Carnaval actual tiene tan poco de original que cada vez es menos imprescindible.

Internet ha terminado de reventar la venta de discos, con lo cual los derechos de autor se ven seriamente perjudicados. Así, el autor empieza a dudar de la rentabilidad económica de este aspecto de la creación. Una menos. O las innumerables plataformas que ofrecen gratis los repertorios son frenadas en seco por la nueva ley contra la piratería y de compensación económica para los autores, o a esto le quedan dos días. Ya solo compran discos los coleccionistas románticos. El formato *pen* aún tiene un precio de costo demasiado elevado, y el Carnaval cuenta con una excepcionalidad fonomecánica que lo distingue de otros géneros: es para escuchar antes que para ver. La visualización hace que el espectador distraiga su atención de los matices del repertorio. Cuando la estructura del torso de un contralto atrapa mayor atención que la estructura musical de un pasodoble, algo no va bien. Internet ha saqueado al mundo. Y el Carnaval está dentro del mundo.

Por otra parte —no menos importante— el Carnaval constituía una fuente de economía sumergida que a muchos grupos daba de comer todo el año. Por tanto, salir en una agrupación puntera de las que vende, sin llegar a ser un puesto de trabajo, se convertía en un tapaporos que aliviaba la economía doméstica.

Pero llegó el Estado, con sus ministerios estrellas (Hacienda y Seguridad Social) y nos obligaron a profesionalizar un *hobby*. Hay versiones para dar y regalar. Personalmente, puedo admitir la justicia de las altas y los impuestos, pues es una actividad que sin estar profesionalizada como tal es lucrativa. Lo que ocurre es que al no ser ni indefinida ni definitiva, el conflicto entre el curro y el Carnaval empieza a caer del lado del primero. O dicho de otra forma: la rentabilidad económica de una agrupación ya no compensa —salvo excepciones— el inmenso esfuerzo y sacrificio al que los grupos se ven atados durante tantos meses.

Por otra parte, el público ya no tiene dinero que sacar del bolsillo para tanta actuación, máxime cuando la temporada de festivales de Carnaval, que antes se reducía al poscarnaval y al verano, ahora se ha extendido al resto del año. A lo largo de toda la geografía andaluza y parte de la nacional, proliferan no solo carteles con agrupaciones del año presente, sino decenas de antologías y minigrupos que cantan de aquella manera lo primero que se les antoja, en multitud de casos sin altas ni facturación, convirtiéndose en otra competencia desleal ante la pasividad de los ministerios y de la SGAE. Jodan más a los fabricantes y cuando la fábrica cierre lloren en su puerta.

Por último, otro fracaso de ventas lo representa el ya mencionado Carnaval de Concurso, diseñado exclusivamente para triunfar en el Falla, pero que una vez finalizado este, se queda sin recorrido suficiente para cubrir meses de contratación, pues lo que se hace pensando en el Concurso con el Concurso acaba.

El mercado, en general, se ha hecho tan polivalente como selecto y enigmático. Se han disuelto los patrones tradicionales de venta y nadie sabe qué va a vender, cuánto, cómo, dónde y hasta cuándo, pues lo que hoy es

un negocio seguro, mañana se va al carajo igualmente seguro. El negocio de la venta del Carnaval ha mutado de tal forma que exige la misma especulación que la bursátil. Un buen corredor de bolsa te puede valer para duplicar unos ingresos puntuales, pero no para asegurar el futuro inmediato de ningún género o autor. Del todo a la nada hay menos distancia que nunca... y viceversa.

Si sumamos todo lo recién expuesto a las edades de los principales autores y puntales de los grupos, el Carnaval está dejando de ser una posibilidad económica real para volver a convertirse en un *hobby*. El argumento de lo económico hay que buscarlo fuera del Carnaval, y este seguirá presente en la mayoría de nosotros si las circunstancias familiares y profesionales nos lo permiten (que es difícil) y las ganas siguen siendo las mismas (que en algunos casos, como en el mío, es más difícil aún: yo soy de los que piensa que el Carnaval debe formar parte de una etapa de la vida; pero si se convierte en "tu vida" hace con tu vida un reduccionismo empobrecedor, pues la vida no se puede agotar siempre en la misma dirección...).

En resumen, si el Carnaval refleja la sociedad actual, no es ya una cuestión solo de anomia artística y económica, que también pesa bastante, sino de que muchos hemos decidido no querer seguir usando el Carnaval como una prolongación de las estupideces, hipocresías, cinismos, banalidades e impurezas del sistema social actual. Os confieso que la mayoría ni llegamos ni estábamos aquí para eso. Otra cuestión es que siga habiendo quien se quede porque no tenga otra cosa...

Cádiz contra Cádiz: el exilio de los Cádices

No os debe extrañar el neologismo inventado para la ocasión, pues el plural de Cádiz define la realidad histórica de la existencia de varios Cádices dentro de un Cádiz común que a menudo se enfrenta por ideologías, filosofías de vida y hasta por barrios.

Concretamente, el barrio de La Viña se ganó por méritos propios el prurito de ser santo y seña del Carnaval, de hecho y de derecho, y abanderar con

justicia cierta perspectiva idiosincrática de nuestra ciudad y de su fiesta grande. Pero tampoco es justo el extremo vicio viñero de tomar el todo por la parte. Me explico, que no quiero herir susceptibilidades.

Cuando en Carnaval algo suena añejo, castizo, clásico, etc., es muy común oír la vehemente expresión de "esto es *Cadi*". Stop. Donde dice "Cadi" debe decirse "La Viña", pues además de La Viña hay otros Cádices añejos, castizos, clásicos y en los que si el sol no viene a morir al menos descansa para dormir la siesta, tanto en el Cádiz amurallado como en el beduino.

No estaría de más que todos conviniésemos en recordar el origen y la procedencia de muchos ilustres coristas, comparsistas, chirigoteros (legales e ilegales), cuarteteros y romanceros, tanto autores como cantantes. No daremos nombres propios, pues no es necesario. Pero se hace saber que, tras la irrupción de Antonio Martín, la gran mayoría de las innovaciones y renovaciones que han ido manteniendo el Carnaval a flote durante las últimas cuatro décadas han echado los dientes fuera del Cádiz amurallado.

Este hecho, que no está reñido con el primero, aun siendo de una abrumadora trascendencia para la evolución de nuestro Carnaval, apenas ha sido reconocido. Quizá no lo necesite... O quizá sí. Aunque solo sea para que le conste a quien parece no constarle.

Pero lo importante no es el hecho, sino en lo que se traduce muchas veces. Parece que las agrupaciones que vienen del barrio de La Viña llevan una bandera que el resto no lleva y que, de alguna manera, les concede un plus de credibilidad de cara a determinados sectores del submundo del Carnaval, a determinados jurados... Efectivamente La Viña tiene un peso tan importante que se ha convertido en una autoridad, así, como barrio. Pero la autoridad no puede proceder de un autodecreto. Ante la llegada de las nuevas corrientes beduinas, también gaditanas, se inició una especie de guerra fría que llegó a enfrentar de alguna manera al estilo viñero con el resto, tanto a nivel de agrupaciones como de afición.

Recuerdo que en mis primeros años como chirigotero ya se respiraba cierto malestar por la injusticia de esa "ventajilla" que le daban a los viñeros por ser viñeros. Nadie cuestionaba la cátedra de La Viña. Lo que nos resul-

taba injusto era la ventaja y el consenso (con disenso) que surgía alrededor. En aquella época se hablaba de la rivalidad entre la chirigota clásica y la moderna. Pero no era correcto hablar de rivalidad en esos términos: la chirigota tradicional se había estancado y, ante el movimiento renovador de la chirigota moderna, su estancamiento se hacía más visible.

Pero esto no es nuevo. Igual que históricamente nuestra provincia nunca estuvo unida, nuestra ciudad tampoco lo estuvo. Las diferencias sociales, económicas y existenciales, no solo marcaban diferencias por barrios, sino que permitían hablar de un Cádiz plural, si no enfrentado, sí distante. Muy distante. Muy poco unido. Esa deslealtad de Cádiz contra Cádiz no solo provocó la fuga del Consejo de Indias a Sevilla en varias ocasiones, que terminó quedándose a vivir allí en contra de toda lógica. En la actualidad también ha provocado la desgaditanización del Concurso, esa de la que ahora se habla tanto pero de la que nadie se atreve a investigar sus causas porque, claro, rápidamente nos conducen a una realidad muy negativa para nosotros.

Por más que los radicales *gaditas* quieran que sea como ellos dicen, esa desgaditanización no la ha provocado ni el público de fuera ni la proliferación de agrupaciones de Sevilla, algunas de las cuales optan a premios y los ganan, sobre todo en chirigotas, que se supone la modalidad más genuina del Carnaval gaditano. Aunque haya gaditanos que rabien con esto, métanse entre sus estrechos parietales que la esencia más gaditana no es la cerrada sino la abierta, y si esto incluye que las chirigotas de Sevilla queden en el Concurso por encima de muchas de las de Cádiz, pues jódanse y hagan chirigotas que gusten más que las de ellos.

El problema es doble y viene por otro lado. Por una parte está la inevitable globalización del mundo que, como es obvio, también ha afectado al Falla. Por la otra, la guerra fría de los Cádices abona el terreno para que cualquiera que venga lo haga suyo. Independientemente de la calidad (que siempre es una cuestión relativa), muchos gaditanos prefieren que triunfe una chirigota de Sevilla antes que una de Cádiz que les resulta rival. De eso puedo dar fe como concursante. Pero cuando la de Sevilla le gana también a la suya, entonces es cuando ponen el grito en el cielo y empiezan a despotricar y a dejar a nuestra ciudad a la altura de un carajo.

A la base de todo late otra cuestión ulterior: si la envidia es el pecado nacional, Cádiz juega la Champions con opciones de ganarla todos los años. ¿Estamos de acuerdo o no? Los gaditanos de Cádiz que conocemos a los gaditanos de Cádiz sabemos de sobra que en Cádiz nos las gastamos así. Si vienen otros y aprovechan este vacío de unidad y amor propio colectivo, pues que nos den por allí donde la espalda pierde su honesto nombre, que no sería la primera vez (ni la última).

¿Y esto tiene solución? No. Rotundamente. A estas alturas de la historia, nadie va a corregir la controvertida personalidad colectiva del gaditano, que es controvertida precisamente porque no sé hasta qué punto puede hablarse de colectiva. Quizá sean más los rasgos diferentes que los comunes. Cuando ocurre eso, es preferible hablar de distintos Cádices, en plural, de distintas identidades, unidas solo por la estrechez y la belleza de nuestro incomparable marco geográfico. Y mejor dejarlo ahí. No es la primera vez que hablo del terror que me provocó que al Brujo lo echaran llorando del Falla los mismos que luego le pusieron el monumento en La Caleta. Una monería de gente. ¿De Sevilla eran? No, picha, de *Cadi-Cadi*...

De todas formas, tampoco es justo acabar el capítulo reconociendo que en el único barrio en el que sistemáticamente se toma el todo por la parte es en La Viña. El resto de los gaditanos que participan en el Carnaval también son de un barrio. En Cádiz hay muchos barrios. Todos aportan. Muchos ni salen en coplas de Carnaval. De vez en cuando, suena el apellido de alguno. Sin nombrarlo, yo también le escribí al mío:

> Cuando me vaya del barrio,
> el barrio de mis amores,
> sus diecinueve pintores
> —uno por calle del barrio—
> que me regalen el cuadro
> del barrio lleno de gente
> *pa* que yo siga cantando:
> nunca me iré para siempre.
> Y aunque no tenga bandera,
> ni canción ni escudo, ni historia
> ni guerra, ni su independencia,

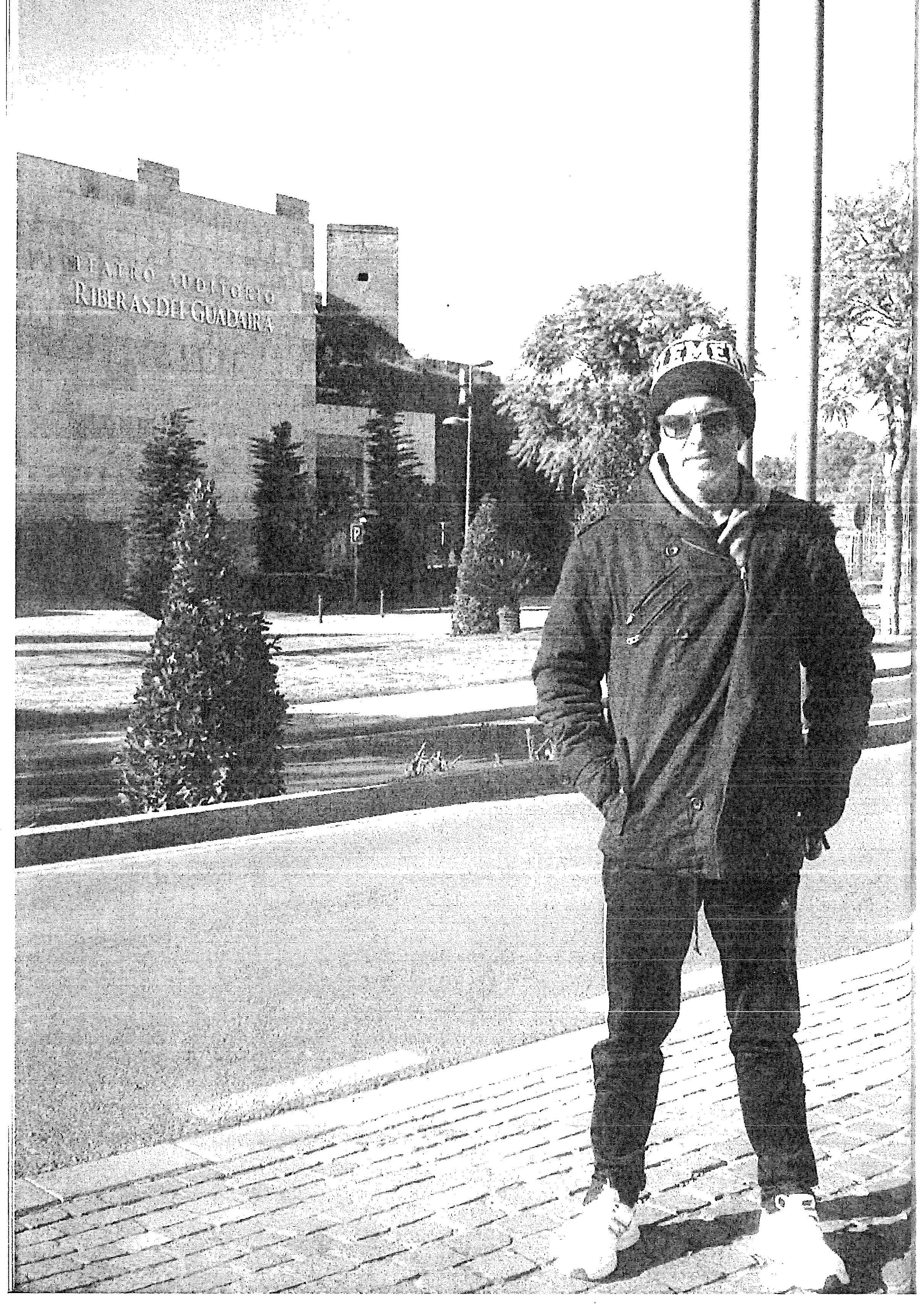
ni su emperador, ni leyes, ni castigos...
mi barrio es un continente
donde cada calle es como una frontera
que sin aduana lleva hasta la playa
a los niños descalzos.
Yo *pa* que quiero a la patria
que sale en los libros,
si en los libros de la patria no sale mi barrio.
Mi barrio es gaditano,
con traje de verano,
y está qué importa dónde,
qué importa su nombre.
Mi barrio es el mío.
Y sin Virgen devota,
comparsa y chirigota,
mi barrio es quien me ha *dao*
to lo que he *ganao*
y *to* lo que he *perdío*.
Y si cambio de barrio
por culpa de una mujer,
por más besos que me dé
y por más que me quiera,
juro, juntito a su vera,
antes de que me muera, volver.



Los Ángeles Caídos. 2002.

El triste y —por momentos— vergonzoso hecho aquí expuesto es más viejo que la misma piedra ostionera. Es obvio que no es el principal responsable de la pérdida de rumbo en nuestro Carnaval, aunque algo ha contribuido, por supuesto. En muchas ocasiones lo ha zarandeado y en una situación como la actual, lejos de contribuir a enderezarlo, constituye un obstáculo cada vez mayor. Nosotros lo sabemos mejor que nadie. Y ellos también.

El imbatible enemigo no está afuera. Lo tenemos en casa. Somos nosotros.


RIBERAS DEL GUADAIRA

LA DESORGANIZACIÓN DEL CONCURSO

La clave del fracaso constitutivo, continuado y creciente de la desorganización del Concurso no la he inventado yo. Esta clave ya venía en las célebres Leyes de Murphy (en la próxima edición de las Leyes me aseguran que serán ilustradas con el funcionamiento del Patronato del COAC).

Ironía aparte, por citar varios ejemplos, Murphy destaca las Leyes de Mitchell sobre la comiteología:

- Cualquier problema sencillo se puede convertir en insoluble si se celebran suficientes reuniones para discutirlo.

- Una vez que se presente al comité la forma de echar a perder el proyecto, será aceptada invariablemente como la solución más acertada.

- Después de que esa solución haya hecho fracasar el proyecto, todos los que la apoyaron inicialmente dirán: "¡Ojalá hubiera expresado entonces mis dudas!".

O el comentario de Kennedy sobre los comités:

- Un comité lo constituyen doce hombres (y mujeres) haciendo el trabajo de uno (o de una).

O el comentario de Kirby:

- Un comité es la única forma de vida que tiene doce estómagos, pero carece de cerebro.

O el postulado de Perkin:

- Cuánto más grandes son, más daño hacen.

O la Ley de Jacobson:

- Cuánto menos trabajo tiene una organización, con más frecuencia se reorganiza.

Todo se sintetiza en aquella máxima murphyana de "si quieres que algo no prospere, crea un comité". O un Patronato, que es lo mismo.

Del límite del despropósito al arte del Peor Imposible

Lejos de ser un suicidio de cara a próximas participaciones en el COAC, este capítulo, a poco que sea leído por quienes deben leerlo —tarea harto compleja—, no pretende más que la reconversión del Patronato en un ¿comité? organizador a la altura que el Concurso merece. Aunque debo reconocer que, dado el deterioro del Concurso a todos los niveles, no sabría si apostar por el mantenimiento del modelo de Patronato actual pues, debido a su ineptitud, ha conseguido estar a la misma altura de lo que el Concurso ofrece y de cómo lo ofrece.

Para quien lo desconozca, la idea de un Patronato que organizara el COAC surge como consecuencia de la politización del Concurso a finales de los 90, cuando la gestión municipal incluía como garantía ideológica el nom-

bramiento del jurado, descaradamente afín a las directrices del partido que gobernaba la ciudad, el de las dos jodidas gaviotas.

La idea en sí parte del entonces presidente de la Asociación de Autores del Carnaval, el ya desaparecido José Antonio Valdivia Bosch, que aunque con las mejores intenciones, no era precisamente un mandatario caracterizado por la habilidad política suficiente como para poner de acuerdo a tantas partes en histórico litigio.

Durante los primeros años, aquel Patronato estaba compuesto por cinco patronos. Bajo la presidencia honorífica de la alcaldesa de la ciudad, doña Teófila Martínez, los cinco patronos con derecho a voto eran los representes de la AAC, CAI, ASCOGA, Antifaces de Oro y el concejal de Fiestas, quien con su voto de calidad decidía en caso de empate, aunque este procuraba con sabio talante negociador que el empate nunca se diera. Así, la responsabilidad de las decisiones tomadas caía en manos de "la gente del Carnaval", evitando de este modo cualquier sospecha sobre el intervencionismo municipal. No era necesario, pues de los otros cuatro patronos había tres que solían estar de acuerdo, dada su proximidad política al quinto patrono en discordia (en concordia), quedando habitualmente la AAC como un solitario cero a la izquierda que jamás podía materialmente sacar adelante propuesta alguna, ya que nunca —o casi nunca— obtenía mayoría suficiente.

Tras década y media de descontento creciente entre la inmensa mayoría de las élites participantes, y aprovechando la llegada de un nuevo alcalde, gaditano y excomparsista, se retomaron maratonianas y agotadoras reuniones casi clandestinas. El propósito era devolver la organización del Concurso a un modelo de Patronato en el que las partes con mayor representatividad y peso en el Concurso —comparsas y chirigotas— pudieran tener la presencia suficiente y necesaria como para sacar adelante propuestas lógicas y decentes y, en todo caso, mejorar el caótico funcionamiento actual.

Pero el blindaje administrativo al que estaba premeditadamente sujeto el Estatuto del Patronato se fue manifestando como una tela de araña que, bajo argucias legales, terminaba tumbando la voluntad de aquella descorazonadora quimera.

Recuerdo con mucho dolor cuando el estreno de Los Peregrinos puso en pie el patio de butacas del Teatro con este pasodoble:

Septiembre retira calor y devuelve
las nubes al mar, y a la orilla las algas.
Septiembre, el hogar de la tarde que llueve,
de un sol que es más leve, y lunas más largas.
Septiembre devuelve al niño a la escuela.
Septiembre calienta café y devuelve también a la calle el ruido.
Septiembre no calma la sed,
pero oculta la piel najo su guayabera.
Septiembre es el llanto de un mes de un verano
después de un amor que se ha ido.
Vándalo, septiembre es vándalo.
Septiembre seca la hoja del árbol y del corazón
a la sombra del paro, mientras que la uva
resiste madura aguardando ternura
de los pies descalzos del vendimiador.
Septiembre es el vengador de un gobierno traidor
que castiga al de siempre.
Pero en Cádiz por septiembre resucita la canción.
Cuando llegan las golondrinas a beber en La Caleta
se convierten en serpentinas, el alma de los poetas.
Los dolores de nuestra gente se curan en un ensayos,
y aunque se le llame septiembre parece agua de mayo.
Mayo es el mes de las flores. Julio, el de nuestras caballas.
Septiembre el del pasodoble que luego pare en el Falla.
Y si se adelanta, ya se le bautiza en febrero
y nos dura un año entero: larga vida al Carnaval.
Y septiembre fue el final de un Patronato puñetero...
Donde mandaba patrón, ahora manda el marinero.
Carnavaleros unidos, por Cádiz y la humanidad.
El sueño se está haciendo realidad
y la realidad nos parece un sueño.
Y esto es lo que hay, los carnavales de *Cai*,
en las manos del pueblo.



Los Peregrinos. 2017.

¿Recuerdan cuando decíamos "¡y un carajo como la manga de una beata!"? Pues ese fue el final real del pasodoble, que se estrenó un sábado sabiéndose ya que el viernes anterior se había votado en el pleno municipal algo así como que las cosas iban a seguir como estaban, y que los dos años de negociaciones no habían servido para nada. El público no lo sabía aún. Pero nosotros cantamos aquel pasodoble con la conciencia de que el apoteósico final era mentira. El pasodoble caló hondo por la original y carnavalesca oda a septiembre. Lo demás dejó de tener sentido 24 horas antes de cantarlo.

Esa noche me juré no volver a participar en ningún comité, asociación, reunión y polla en vinagre que tuviera que ver con la organización del COAC hasta que aquel Patronato no se disolviera. Y ni se ha disuelto ni lo hará por lo que preveo. Hay un mafioso interés en que se mantenga dada la naturaleza y escasa altura de sus patronos, los cuales comparten como característica común su frustración como carnavaleros, su aspiración al carguito y su sorprendente capacidad para desorganizar lo que rueda solo, así como su manifiesta irresponsabilidad social, dada esa certificada y manifiesta ineptitud que se empeñan en demostrar año por año y por año más.

No voy a descubrir nada nuevo si afirmo que, aunque parezca difícil, consiguen estropearlo todo un poco más por edición que se celebra. Eso es lo que define el título del capítulo presente: "Del despropósito al arte del Peor Imposible", corroborando las leyes del Murphy citadas al inicio.

Siempre estuve en contra de ser juez y parte. Los patronos son jueces e indirectamente son parte, pues sin ser capaces de hacer algo digno en el Carnaval militante, sí tienen filias y fobias que se traducen por todas las esquinas de sus decisiones en forma de despropósitos premeditados. Así consiguen un Concurso de pésima calidad, que resta prestigio a tanta música, letra e interpretación que podrían elevar al certamen a niveles internacionales.

La peor de las sombras que planea sobre el Concurso del Falla es la imposibilidad de regeneración organizativa. El caos se ha hecho castizo, hasta entrañable. Su carácter de mamarracho parece inherente, congénito, crónico y hasta irremediable, sobre todo porque ha provocado que quienes

luchamos por la dignificación organizativa del Concurso hayamos tirado la toalla de modo inexorable, irreversible e irrevocable. Sabemos que el Falla es el mejor escaparate para presentar nuestras obras, además de esa magia gaditana que lo hace sublime donde pueda serlo. Es por eso que la posibilidad enconada y tantas veces propuesta del plante general al COAC nunca termina de cuajar. Hay muchos intereses particulares que impiden que los carnavaleros más perjudicados terminemos de constituir un Frente de Liberación del Carnaval.

Pero eso no es todo. Al ir evaluando los resultados parciales y finales del despropósito organizativo, todo cuanto lo rodea, incluyendo el decreciente nivel de los repertorios y las formas tan anticarnavaleras presentadas por la mayoría de grupos y autores para triunfar, redundan a su vez en ese mismo deterioro del Concurso. Y teniendo en cuenta que, queramos o no, el Concurso marca el índice de eclosión del Carnaval de Cádiz, todo lo que viene detrás llega ya contagiado, intoxicado, precedido y afamado por una úlcera integral que pone la salud del Carnaval cuesta arriba, desde la porquería monumental de la Magna Cabalgata hasta la proliferación de charangas callejeras que no valen un duro. O dicho de otra forma: el interminable y pésimo Concurso arrastra consigo al resto de las virtudes de nuestro Carnaval. Y esto ya es más serio (por si lo otro no era lo bastante).

La interminable Declaración de los Derechos Humanos

Declaración de los Derechos Humanos no lleva comillas porque la ironía las hace innecesarias.

Me gustaría saber de dónde procede eso que llaman "el derecho de cantar en el Falla". Al derecho se apela cuando el hecho no satisface. Y es lógico que el hecho de no hacer el *cocacola* en el Falla no satisfaga a tantos que persiguen la gloria pasando por las tablas del Teatro. El derecho de hacer el *cocacola* sí se recoge en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, concretamente en el artículo 19, donde dice literalmente: "Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y expresión; este derecho incluye el no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y reci-

bir informaciones y opiniones, y el difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión".

Al loro con este indefinido artículo 19 de la Declaración porque indefectiblemente subyace en la conciencia de los defensores de su interpretación particular como "el derecho de cantar en el Falla aunque lo que lleve sea un mojón de gran categoría". Obsérvese que el polémico artículo hace referencia expresa a la difusión sin limitación de fronteras para su libertad de expresión. Onda Cádiz TV se encarga de hacer el resto. Luego vamos con este resto, que es el definitivo.

Yo también canté en su día —con 18 años— mojones de gran categoría. Y al ver cómo olían, me retiré hasta mejor ventura. Entonces no había televisión en directo ni plataformas digitales, con lo cual solo hacías el ridículo con los cuatro familiares y amigos que se habían dignado a escucharte, y como familiares y amigos que eran te invitaban a cambiar de *hobby* y a limitarte a seguir participando en el Carnaval de Cádiz como mero espectador, que no es poco.

Cuando presenté mi primera chirigota de autoría completa, Un Peasso Coro, con 26 años y conciencia del principio de relevancia, aun sabiendo que había gustado bastante al público, aguardé el veredicto del jurado para el pase de preselección, desde la absoluta seguridad de que, si no lo pasábamos, me retiraba del Carnaval activo para seguir de público y, en todo caso, dejar mi vacante para otros que supieran hacerlo mejor. Pasamos. Lo celebramos como si hubiéramos ganado la Champions. Cogí confianza. Luego vinieron Los Tintos de Verano y siguientes que, aunque tardaron en conseguir los fervores del jurado, recibieron de inmediato el enorme júbilo del aficionado, que vale siempre más que el veredicto de cinco mendrugos (quien dice cinco dice tres o cuatro, pero menos mendrugos nunca hay por modalidad en la composición del jurado; algo lógico teniendo en cuenta que siempre son nombrados por las mendrugas manos de quienes mecen la cuna). Más adelante habrá capítulo particular para esta leyenda negra.

A mucha honra, acabo de ponerme de ejemplo de lo que deberían hacer tantos (y tantas) que es manifiesto que no valen para hacer Carnaval como actor, sino simplemente como espectador que, repito, no es poco.

Cuesta trabajo entender cuánto se ignora en el COAC el principio de relevancia. Qué de veces me acuerdo de aquel bello verso de Manolo García: "Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no lo vayas a decir". Pues lo dicen. No un año sino tantos como se les antoja. Aunque el público les haga el vacío. Aunque ocupen las últimas posiciones de los jurados paralelos (y de los oficiales). Aunque la gente pase de largo cuando intentan cantar en la calle, como si la calle fuera menos templo que el Falla. No tienen bastante con profanar el Falla sino que además profanan la calle. Y se quedan tan frescos. Y al año siguiente vuelven. Y animan a otros. Y cada vez más. Y más. Y más. Hasta llegar a 2019... Y lo que queda.

Es cierto que este fenómeno del "me van a oír por cojones" está animado por la creciente difusión mediática del Concurso y su desafortunado efecto llamada. Pero eso no deja exento de responsabilidad a tanto matraca imprudente que se te cuela en el Teatro justo con aquello que le sale (que le sale bastante mal, por cierto), sin mostrar el menor amor propio ni ajeno, y colaborando en la metamorfosis del Concurso, transformado al noventa por cierto en un "quiero y no puedo pero lo sigo haciendo porque me sale de los huevos: es mi derecho". *Jiole* sus *coone* ahí.

La responsabilidad de la Organización debería haber empezado hace ya muchos años por la negativa a permitir la transformación del COAC en un Concurso de pueblo, de esos que no escuchan ni la cuarta parte de sus mismos paisanos. Pero ya se ha transformado. El hecho de que haya agrupaciones de nivel (que espero que siempre las siga habiendo) no evita que el COAC se haya convertido en lo que es hoy: un coñazo insufrible que frustra las expectativas de todo ser humano que haya oído hablar del valor artístico y antropológico de nuestro Concurso. Si asiste a cuatro o cinco funciones seguidas de preliminares, en directo o a través del televisor, existe un alto riesgo de que se lleve un profundo chasco y deje en pésimo lugar al camello del amigo que se lo recomendó. De hecho, a quienes nos gustaba, ya nos gusta menos (o —directamente— no nos gusta nada). Ante tan expresa podredumbre artística, hay que ser masoca para no cambiar de canal, de cedé, de afición o de devoción. Y esto no es una impresión particular, coño, que hablo con cientos, miles de personas todos los días y no encuentro a nadie que diga algo a favor de lo que hay (porque es que no lo hay...).

Incluso aquella gente que aguarda impaciente solo la llegada de las agrupaciones con garantías de calidad, si sigue el Concurso, pierde el criterio y la lucidez para distinguir con rapidez entre lo malo y lo bueno. Y mientras lo consigue, se le ha ido el Concurso sin saber exactamente qué le ha gustado y cuánto.

Con tanto como me gusta la pintura, jamás he terminado un cuadro. Menos aún se me hubiera ocurrido presentarme a un concurso de pintura. ¿Soy un bicho raro por ser consciente de mis límites en ese orden artístico o es que hay mucho *pacoalba* suelto soñando con un busto en La Caleta? Al fútbol juego algo mejor. Pero tampoco se me ocurre presentarme a ningún campeonato en el que haya público. Me limito a jugar con hijo, vecino o amigo. Y me resulta suficiente. Para ver fútbol de calidad está el Carranza, el Bernabéu o el Parque de los Príncipes.

Impedir esto de "ahí voy yo" puede suponer en primera instancia la adopción de una medida impopular, pero no lo es. Una medida impopular es la que jode a la mayoría del pueblo y no la que jode a una ínfima parte que se cree con un derecho que no tiene. Que CANTAR EN EL FALLA NO ES NINGÚN DERECHO, coño. ¿Tan estrechos son los parietales de quienes no admiten ni comprenden esto?

Al margen de que salgas en la tele y en el YouTube —de lo que luego hablaremos—, debe haber un principio de responsabilidad en todo individuo que expone al público una necesidad con la intención de hacerla virtud. Ni en el Falla ni en la calle. ¿Se imaginan que los socios del Cádiz se vinieran arriba y le exigieran al entrenador unos minutitos durante el partido? Más vale que corte ya, que la filantropía no me caracteriza y, a medida que avanzo con mi argumentario, se aproxima la crónica de una conclusión anunciada: imagínatela, querido lector, que tú me conoces.

La irresponsabilidad histórica del jurado

"*Po* yo quiero ser jurado un añito de estos, picha, ¿que no?". Tiemblo. Por mi madre de mi alma que tiemblo cada vez que escucho esto... porque lo peor es que, tarde o temprano, lo terminan siendo. Esos son los prime-

ros y los que más suelen liarla, y los que históricamente han convertido a la institución del jurado del COAC en un chiringuito sin prestigio, con más leyendas negras que la cárcel de Guantánamo. A la vez, obstaculizan el ingreso en el maldito palco ese de tanta gente como hay preparada para ejercer tan delicada función con profesionalidad, sabiduría y sentido común, más allá de las filias y fobias que son las que suelen terminar convirtiéndose en el criterio definitivo a la hora de "evaluar" lo que está sucediendo en el escenario del Falla.

Hay quienes se limitan afirmar que esto es "un concurso de sensaciones...". Pero un jurado no puede establecer la sensación pública o personal como criterio de evaluación. Si lo hace así, el jurado sobra, literalmente.

— Vocal A: coincido con el público en que la sensación de la música de este pasodoble es 6, la sensación de la letra 6 y la sensación de la interpretación 5.

— Vocal B: es usted muy sensible. Mis sensaciones son de 4, 3 y 2, respectivamente.

Además de las cagadas espectaculares, las que provocan el escándalo, la sospecha, la indignación y el espanto de la gente, todos los años pasan más desapercibidas otras injustificadas meteduras de mata que afectan a la zona media de la tabla, con agrupaciones de menos nombre y renombre, pero que no dejan de constituir una profunda e inexplicable injusticia, aunque su trascendencia sea menor.

El hecho de que el COAC sea un concurso popular en ningún caso puede ser motivo o argumento para que el jurado esté compuesto por cinco individuos cualquiera, sin que sea necesario acreditar avales reales en materia literaria, musical, vocal o dramática. Es el único concurso de cuantos conozco en el mundo en el que el jurado (o gran parte de él) está técnicamente por debajo de aquello que tiene que calificar.

El fallo final se da por hecho que no es más "que el gusto de los cinco que están ahí arriba". ¿Pero esto qué carajo es? Aquí no hay más gusto que

el del público. Los jueces de un concurso dejan el gusto en la puerta del palco y, una vez dentro del mismo, solo deben jalar de criterio técnico. Pero a falta de criterio técnico, el gusto, el mal gusto, la filia y la fobia, la corrección política o la provocación alevosa, determinan los pases de fase y los premios finales, un año sí, otro no y el de en medio. De modo que no sé por qué nos seguimos echando las manos a la cabeza todos los años con los veredictos, normalmente revestidos de una solemnidad y un formalismo incongruente con su fundamento y con la estrechez de parietales de la terna compuesta para la ocasión.

Hablas con los viejos y te confirman que siempre fue así. Que no es nuevo. Y lo peor: será difícil que este despropósito constitutivo se corrija. Hay demasiada gente con necesidad de sentirse alguien con poder fuera de su casa, de su trabajo, de su círculo, de su Carnaval...

Este despropósito es generalmente aprovechado por la organización para insistir en la imposición de un chiringuito que pueda manejar a la sombra. A la mayoría de los que han sido jurado y han metido la pata (o sea, a la mayoría), jamás los convencerás de que la metieron. "Entender de Carnaval" es una de las mayores mentiras de las que un jurado puede presumir. De Carnaval no entiende nadie o entiende todo el mundo, ya que esto no va de entender, sino de emocionar. Pero ningún juez que se precie de serlo permite que las emociones personales (ni las colectivas) determinen su fallo. Eso ocurre cuando el jurado en cuestión no tiene ni puta idea de literatura, ni de música, ni de canto, ni de teatro, ni de diseño ni de nada de lo que se ve obligado a calificar, aunque haya salido con Enrique Villegas veinte años y lleve escuchando Carnaval desde que nació. De hecho, hay muchos ignorantes en las materias citadas que desde que nacieron solo han escuchado Carnaval. Por ese mismo motivo no pueden ser jurados, porque lo primero que ignoran es que el Carnaval de Cádiz no es un punto de partida, sino un punto de llegada y encuentro de multitud de formas musicales, dramáticas y literarias. Por tanto, el repertorio y la interpretación de una agrupación no deben evaluarse desde una óptica interna, sino externa, que garantice la objetividad y premie o castigue lo que se oye con absoluta independencia de sus vínculos pasados o presentes del jurado con el Carnaval.

Para muestra de este desaguisado un botón: todos los años en el Falla se presentan como originales descarados plagios que un jurado *ad hoc* no vislumbra ni por el forro. Al ignorar las materias dignas de evaluación, es lógico que no sea capaz de detectarlo. No es que haya presuntas originalidades que estén inspiradas en otras obras musicales, literarias o hasta cinematográficas —hasta ahí vale: nadie hace nada a partir de la nada—; es que hay plagios con mayúsculas, de los cuales no plasmo escandalosos ejemplos porque tampoco es mi intención dejar en evidencia la obra de ningún colega. Al menos en este ensayo.

Para colmo de los colmos, la cuestión se ha ido agravando a medida que se ha ido sofisticando el enigmático y surrealista sistema de calificación numérica inmediata de las piezas interpretadas. Si encima del *overbooking* de mendrugos que habitan en el palco del jurado, los obligamos a calificar de súbito con escuadra y cartabón algo que ni siquiera han pillado a la primera muchos sectores del público, los estamos abocando a que consagren el despropósito en forma de veredicto. Y lo peor no es solo eso, sino que el concursante no sabe —porque no se contempla en el reglamento— qué se valora, sino cuánto puede valer cada pieza ejecutada. La leyenda de "el jurado valorará...", de presencia capital en las bases de todos los concursos del mundo, en el nuestro nunca ha existido. Nunca hemos sabido si cantarle a una mosca puntúa más que cantarle a una barquilla caletera o viceversa. Y eso manda narices.

Señores y señoras de jurados pasados y futuros: mírense en su propio espejo y valoren responsablemente su cualificación técnica para poner en sus manos decisiones que afectan directamente (negativamente), no ya a los participantes, sino al propio Carnaval de Cádiz.

Sin ir más lejos, en la pasada edición, todos los jurados alternativos de la ciudad (prensa toda) situaban a mi Chele Vara y mi Gaditaníssima como primer premio, antes de la final. El venerable jurado del COAC las situó sexta y segunda, respectivamente. ¿Criterio técnico? Su santa madre. Criterio humano, personal, social... o ni siquiera criterio. Dejar a Er Chele fuera de la final fue la crónica de un escándalo anunciado. Dejar a La Gaditaníssima en segundo lugar pretendió maquillarse con el argumento de

que Ares venía bien, sin atender en ningún momento a la elaboración de los repertorios y las interpretaciones. ¿Para qué? ¿No es esto un Concurso de "sensaciones", como siguen insistiendo en querer defender algunos? Las sensaciones del graderío no pueden llegar a contagiar a un jurado; si no, los jueces de este país hubiesen asesinado con sus propias manos a tanto criminal como han tenido que juzgar. La carrera judicial es intelectualmente dificilísima para cualquiera. Pero la actitud judicial, no tanto. Basta con eliminar de sí mismo el deseo de premiar a fulanito o de cargarse a menganito porque me cae bien o porque no lo puedo ver, porque me sale de la pipa del coño o porque me resulta machista desde mi hipermétrope óptica o porque este autor se cachondeó antaño del que era el mío o porque al chulo este no lo trago... Cuando no se tiene ni conocimiento ni actitud, no pidas más porque más no hay. Confórmate con que se dejen guiar por el gusto de la mayor parte del público y la prensa y no se provoque ningún escándalo mayúsculo. Con eso ya es bastante. ¿No? Pues no. Muchos se empeñan en ir más allá. Cuando en un Madrid-Barça el árbitro quiere ser el protagonista, mal asunto.

No crean que estas reflexiones son producto de un año de insatisfacción. Afortunadamente, otros premios y galardones han compensado con creces al Chele, a La Gaditaníssima y al menda lerenda, máxime procediendo de jurados con avales infinitamente superiores a los del jurado del COAC (menores avales que los que presenta el jurado del COAC es difícil reunir, todo sea dicho).

A la irresponsabilidad histórica del jurado —y sobre todo, a la de quien lo pone— hay que añadir el innegable hecho de que el prestigio de un premio depende en gran medida del jurado que te lo concede, aquí y en Toronto. Si algo agradezco (y de qué manera) es no haber pasado nunca a la final por la cara, haber ganado el Concurso sin más detractores que los talibanes de algún rival, y tener más cajonazos que nadie. Este hecho confirma que —como norma— el jurado del Falla está esencial e históricamente compuesto por una tremenda mancha de mendrugos a los que el pueblo y la propia historia continuamente desacreditan..., aunque el irreparable daño al Carnaval de Cádiz (que no al autor, en mi caso) ya queda hecho *per saecula saeculorum*.

¿Y esto cuándo va a cambiar?, preguntarás tú, querido lector amable, entre la indignación y la esperanza: nunca. Jodámonos. El Carnaval de Cádiz sigue la estela del anquilosamiento de las dos instituciones más lentas de la historia: la Iglesia y la Justicia, siempre por detrás de los tiempos, de los hechos y de la gente. Se tienen que reventar la jeta mil veces contra el mismo muro para empezar a considerar que algo no va. Cada vez que alguna voz lúcida clama a favor de un jurado profesional, salen de uñas los Colectivos de Mendrugos Organizados y protegidos por las mafias patronales, sabedores de que, si algo así ocurriera, ellos (y ellas, que ya también las lían bien liadas) tendrían que limitarse a ver el Carnaval por la tele. Si de mí dependiera, por poner un ejemplo, al jurado que le dio el tercer premio a Los Enteraos le negaba la entrada en cualquier acto público relacionado con el Carnaval de Cádiz, acusado de terrorismo artístico contra su ciudad y su fiesta. ¿Más claro? "Si no *sabe*, *¿pa* que te *mete*, chufla?...", que dicen otros que en muchas ocasiones saben lo mismo o menos.

Dada la profesionalización del Carnaval, la exigencia de un jurado profesional es con todo la menor de las exigencias. Un jurado profesional se entiende como una terna de jueces compuesta por expertos en cuestiones literarias, lingüísticas, musicales, vocales y dramáticas. Y si hay que pagarles una dieta y unos honorarios, ya que no nos pagan a nosotros, que les paguen a ellos. Pero basta ya —por dios o por el destino— de ir a un concurso a que te evalúen una panda de ignorantes en la materia, que necesitan sobredosis de adrenalina sintiéndose jueces por un mes, y que tienen en sus manos la victoria y la derrota de autores y grupos con un año de trabajo a sus espaldas, coño. Muchas veces echas un reojo al palco de jurado y se te quitan las ganas de seguir cantando, pues cuando aparece publicada la composición del jurado notas cómo el Patronato se está meando en tu cara.

Mientras se use el verbo "acertar" para valorar el veredicto del jurado, estaremos viniendo a decir que el jurado hace quinielas, a ver si coinciden con el público o con la prensa, o a ver si no coinciden con nadie y resulta ser el único que se lleva el bote íntegro del Euromillón.

De esta crítica se salvan, por supuesto y como no podía ser de otra forma, aquellas ternas que le han concedido a mi comparsa o chirigota el primer

premio. No es complejo de superioridad. Es superioridad a secas. Si estás de acuerdo, bien; si no, también. Yo soy Juan Carlos Aragón y los jurados no lo son.

A propósito de la cuestión, ilustro lo expuesto con un pasodoble de Los Millonarios que no fue siquiera ensayado, producto del evidente miedo del grupo a decirle al jurado en la cara lo que todos pensamos de él:

Deje el papel y el bolígrafo, que esto no es un pasodoble sin más.
Es una duda tan grande que la he convertido en una canción.
Me he preguntado mil veces qué es lo que se siente al saberse jurado,
si más importante o más enarbolado por tanto poder...
O se trata más bien de un servicio a la fiesta,
que usted presta porque es un grandísimo experto
en certámenes de poesía y protesta,
o si por el contrario no entiende de *na*...
Pero le gustar fardar y vacilar dentro de un palco,
sintiéndose autoridad, y ejecutar algún encargo:
a este no lo pueden ver, *vamo* a por él, yo me lo cargo.
Siempre me ha hecho dudar con la facilidad y la osadía,
con la que su mente clara, llena de sabiduría,
valora una melodía de cero a diez del tirón.
Y cada vez que le miro, créame que me conmueve
con la rapidez que puede puntuar a bote pronto,
cual si fuera catedrático, o será que por lo visto
lo que usted tiene de listo, los demás tienen de tontos.
Y cada vez que le miro y le veo así de serio
no sé bien si es su criterio o es el del que lo ha nombrado,
o el langostino gratinado que le ha sentado como un tiro en la barriga,
o una llamada perdida de un patrón o una patrona
que hábilmente le presiona para que el circo funcione.
Ya se acabó mi canción
y empieza su obligación de saber acertar con qué nota me pone...
Que si aceptó el nombramiento y por esto le toca mandarme al cajón...
¡No se acojone!

LOS MILLONARIOS (INÉDITO). 2015.

El sacrificio de las élites

Una de las tesis que comparto con Arturo Pérez-Reverte es esta de que en la Edad Estúpida se está produciendo un lamentable y desesperante sacrificio de las élites para premiar y sublimar la mediocridad, con lo cual lo mediocre se convierte en referencia para la instalación definitiva de la estupidez.

Una sociedad necesita élites que sirvan de canon y patrón para el resto. Las élites son las que jalan del carro de lo común, indicando la dirección de las lanzaderas para los grandes saltos. Las élites no solo no se alejan del resto, sino que inspiran y estimulan al resto para acercarse a ellas. Cuando al alumnado de un instituto lo divides por clases según sus capacidades, el del grupo A progresa al completo, el del B lo hace a medias, y el del C fracasa y se hunde. Pero si a las élites las repartes por todos los grupos por igual, con la intención de que jalen del alumnado menos capaz, la respuesta suele ser negativa, ya que las élites son minoría. No obstante, la primera opción se pone en práctica como mal menor si, y solo si, la segunda se ha mantenido y ha fracasado. Por tanto, si hay sentido común, no se sigue sacrificando a las élites. Se sacan con pinzas y que se salven los mejores.

Así una sociedad puede progresar. Al contrario, se estanca; y como todo estancamiento conduce al retroceso, cualquier sociedad que sacrifique a sus élites se convertirá en plana, monocolor, iniciando un proceso de quietud y letargo del que será difícil salir.

Las morales de nuestras democracias, herederas del cristianismo, muestran una injusta y descarada tendencia hacia una igualdad en absoluto natural, en la que lo sublime, lo mediocre y lo pobre compiten al mismo nivel. Y como en democracia gana la mayoría —y las élites son minoría—, lo mediocre y lo pobre tienen las mismas posibilidades o más de superar a lo sublime. De esto ya se encargaba Nietzsche, que como buen defensor del arte por encima de cualquiera de las expresiones humanas, defenestraba a las democracias por anticipar en la tierra la igualdad reservada para el cielo...

Nietzsche nunca fue demócrata. Yo tampoco. Nietzsche fue defensor de la igualdad. Yo tampoco. Y por idénticos motivos Nietzsche se dejó un gran

bigote. Yo también. Pero el motivo ahí fue distinto. Él lo hizo para mantener un porte aristocrático distinguido. Yo lo hice para compensar el creciente lenguado.

Pero todo esto tiene una lógica, aunque haya quien se resista a aceptarla. La igualdad a costa del sacrificio de las élites la defiende solo el que se ve incapaz e insuficiente para salir de su mediocridad constitutiva y, además, envidia aquello que brilla por encima de su pobre aureola, en vez de mantenerlo como espejo en el que irse mirando para mejorar. Para los pobres de espíritu, el reino de los cielos tiene que estar del carajo; en el de la tierra lo único que hacen es dar por culo.

La cuestión sigue un poco en el aire. Habría que preguntarse antes quién determina el rango de élite. La evidencia, la sensibilidad, el conocimiento, la precisión en el análisis y la praxis del criterio técnico suelen determinar cuándo existen obras y autores fuera de serie. El magisterio público se encarga en un inmediato *a posteriori* de su confirmación. El problema se abre cuando el público no alcanza el magisterio porque se somete a la tendencia impuesta por la avaricia de los grandes mercados. Hay mucha gente que llega a creer que lo que no vende en el gran mercado es un producto irregular y caprichoso, apto para minorías excéntricas y delirantes, cuando realmente debe ser al contrario (como lo ha sido en todas las épocas y civilizaciones esplendorosas de la historia de la humanidad).

El término "élite" sufre y padece un prejuicio popular según el cual el elitismo se separa aristocráticamente de un pueblo que no tiene posibilidades de llegar hasta ahí. Y sí las tiene, pues las élites no son marcianas. Surgen de los mismos nidos y patios que albergan lo común. La diferencia es un gen virtuoso, un don, la flor y nata de muchos mortales, el talento, la excelencia. Efectivamente no se da en todos los individuos, pero su reconocimiento expreso, lejos de convertirse en supremacismo, sirve de referente para los futuros discípulos que, uniendo el talento al esfuerzo y la constancia, podrán llegar también a convertirse en élite. Sin élites las sociedades no brillan, y una sociedad sin brillo aburre al más necio de sus individuos. En el fondo, ni los mediocres la quieren, ya que como decían Los Príncipes "los mediocres solo pueden conseguir algo de gloria viendo hundidos a los demás". Y si los demás son élites, mejor.

Aplicando al Carnaval de Cádiz la teoría del papel fundamental de las élites, tenemos que recordar la innata tendencia popular a sacrificarlas en beneficio de otras iguales... o peores. Resulta casi imposible que las élites coexistan pacíficamente sin tener que convertirse en blanco de iras y críticas, de detractores y verdugos de lo sublime.

A las élites del Carnaval —a las verdaderas— les ha costado un excesivo trabajo conseguir que les sea reconocido dicho rango. Hay una resistencia popular insultante a descubrirse ante el talento y la virtud. Y mantener el reconocimiento se convierte de súbito en una carrera de obstáculos, zancadillas y agarrones para celebrar su derribo.

En mi mente conservo con horror la pesadilla de los terribles jolgorios públicos que han sufrido muchos autores —las élites reales— cuando han sido eliminados del Concurso por los ejemplares descritos en el epígrafe precedente. Por más que algunos repitan el envidioso disparate de "siempre ganan los mismos", es superior la reservada, resignada y silente reflexión acerca de "lo que les cuesta ganar a unos y a otros". Las élites compiten consigo mismas. Se ponen a sí mismas el listón más alto. De este modo, cuando una comparsa o una chirigota de prestigio no consigue superar las expectativas basadas en su propia obra anterior, lo normal es que sean superadas por otras que, sin ser mejores, aprovechan el descenso de las élites para pasarlas por encima.

Esta injusticia no es original del Concurso del Falla. En su análisis del teatro griego, Rodríguez Adrados nos recuerda que Sófocles obtuvo veintisiete primeros premios, pero el año de *Edipo* tuvo que conformarse con el segundo; Aristófanes, que había ganado el primero del 424 a. C., al año siguiente fue tercero, lo que según se cuenta amargó al poeta.

Estos datos son recogidos por Javier Fernández en *La ciudad insular*, interesantísimo libro publicado en 1999 y cuyo autor me regaló con la siguiente dedicatoria: "Para Juan Carlos Aragón, con admiración por su inventiva recreadora de lo gaditano, ahora tan necesitado de nueva savia", en clara e indignada solidaridad por los recientes y casi consecutivos cajonazos sufridos con Los Tintos de Verano (1995), Kadi City, Ciudad sin Ley (1997) y Las

Ruinas Romanas de Cádiz (1998), y temedor de que mi amargura reprodujera la de Aristófanes.

"Hay que saber perder", dicen algunos cuando te ven cabreado o desbarrando del jurado por lo que entiendes como un atraco. A estas mentes simples que, por lo general, te lo dicen disfrutando tu derrota, hay que recordarles que lo que amarga no es la derrota en sí, sino el hecho de que premien una obra manifiestamente inferior a la tuya, pero que se ha visto beneficiada por el común fenómeno descrito tres párrafos arriba. Cuando el árbitro te anula un gol legal y te pita un penalti en contra que solo ha visto él en el último minuto, no te duele la derrota, sino la putada, la injusticia, el atraco, el descaro, la desvergüenza. No puedes ni felicitar al contrario porque sabes que el contrario no te ha ganado. Ha sido la mala fe y la alevosía arbitral la que te ha defenestrado. Cuando ocurre eso no hay ni derrota real, ni victoria real, sino decreto judicial injusto. Puedes callarte. Pero tampoco es disparatado ejercer el visceral derecho al pataleo, aunque no sirva para mucho, pues ya el daño es irreparable.

No obstante, lo peor no es tanto el sacrificio de las élites como su celebración pública sumada a la humillante superioridad oficial de lo mediocre sobre lo sublime. Esto confunde y desorienta a los discípulos que quieren seguir aprendiendo... y ya no saben de quién aprender. Cuando los jueces sacrifican a las élites, los neófitos tienden a imitar los modelos premiados, y si estos no son mejores que los sacrificados, el sacrificado es el propio Carnaval, que va dejando de contar con la seguridad de que el talento será premiado.

El sacrificio de las élites tiene mucho que ver con la irresponsabilidad histórica del jurado, pero también con el afán del mediocre de superar al sublime ayudando a que el listón quede a una altura que cualquiera pueda superar. Si repasas el palmarés del COAC, desde su inicio compruebas que aquí las élites lo tienen mucho más difícil para confirmar su condición que los mediocres para entrar en el Olimpo. Es lo que ocurre cuando los mediocres también sustituyen a las élites en la oligarquía de la organización y, por tanto, en el jurado. Por lo general, el mediocre mira a la élite como quien se mira en el espejo de su frustración, y ve aquello que quisiera haber sido y no pudo ser.

Este fenómeno impregna todos los órdenes de nuestra vida actual. La del Carnaval de Cádiz también.

LA PÉRDIDA DE LA MEMORIA COLECTIVA

Ya advertí capítulos atrás que la Posmodernidad no es de herederos sino de supervivientes y náufragos. El náufrago deambula por una isla desierta reinventando la existencia. El superviviente no tiene que reinventarla porque la conoce, pero le cuesta la misma vida reinsertarse en esa isla desierta: en la estructura de la isla no encaja nada de lo heredado. El superviviente padece más la ruptura histórica, pues si bien mantiene la herencia, esta no le sirve para desenvolverse y triunfar en la nueva isla habitada y presidida por náufragos.

La isla a la que me refiero es lo que en antropología cultural se viene denominando hace décadas "aldea global", es decir, un mundo constituido por infinitos archipiélagos tan pequeños y unidos como distantes, lo cual imposibilita el mantenimiento común de los legados precedentes. Estos son sustituidos por innovaciones espontáneas a fin de llenar los vacíos, pero en ningún momento dotan de identidad colectiva a tantísimo archipiélago. Es materialmente imposible. Todo se convierte en un inmenso mosaico de colores y formas que, aunque en apariencia resulte rico, en esencia no es nada. La memoria colectiva se ha perdido al modo de un alzheimer civilizatorio que impide renovar a partir de la tradición, pues la tradición es esa herencia disuelta y perdida en ecos, efluvios y reflujos aleatorios y azarosos: ni más ni menos que la manifestación del naufragio cultural propio de la Posmodernidad, que en la Edad Estúpida se acentúa llegando incluso a tomar la forma de una patología social nueva, sin remedio conocido dada su jodida y apabullante novedad.

En el Carnaval de Cádiz se traduce en el olvido colectivo de todo aquello que catapultó a las agrupaciones desde los lavaderos hasta los mejores escenarios de España. Y aunque es cierto que La Latina, el Rocío Jurado o el Liceo vibran cada año con comparsas y chirigotas recién surgidas en nuestro Concurso, no es menos cierto que ni estas ni el público lo disfrutan como resultado de un proceso, sino como creaciones en acto que satis-

facen la simplicidad del organigrama psíquico a nivel de estimulación de ambos; o dicho de otro modo: el parchís ha sustituido al ajedrez como símil del juego de las emociones. De ahí que triunfe la impronta apoteósica y el mensaje básico, la forma espectacular, la electricidad mediática. Los náufragos flipan más que los supervivientes, pues a los primeros les vale todo y a los segundos solo les vale aquello que sigue la estela de la tradición renovada. Sin embargo, ojo, aunque los supervivientes flipen menos, cuando flipan —que aún quedan instantes para su flipe—, flipan mucho más. Y eso se nota y se agradece, sobre todo por los hijos de último tercio del siglo XX, supervivientes también.

Los *millennials* y sus descendientes han sido espectadores de la tradición, pero la mayoría no la ha mamado, no ha convivido con ella, no la incorporó a tiempo a su espiral de desarrollo formativo y creativo. Por eso padece esa incapacidad constitutiva para emocionarse con las formas puras, con la esencia, dando por buenas las adulteradas (la inmensa mayoría de las actuales).

La pérdida de la memoria colectiva es lo que impide que las nuevas generaciones incorporen himnos recientes que perduren en el tiempo más allá de una temporada, que se canten a miles de voces pasando de padres a hijos. Los pocos himnos que aún se conservan en la memoria colectiva pertenecen a los últimos años del siglo XX y primeros del XXI. Yo he tenido la suerte de dejar varios en los últimos años (pero yo soy un superviviente y mi Chusma Selecta también lo es: herederos no somos ninguno, porque la herencia ha de ser colectiva y atravesar los nervios comunes de la sociedad).

Una repetida manifestación de la pérdida de la memoria colectiva se expresa a través del deseo incontenible de que llegue el COAC. Pocos recuerdan que el anterior fue un coñazo. Y el anterior también. Y el otro. Enormes legiones de aficionados cuentan los días que faltan para que el Concurso eche a rodar con las mismas ganas con las que luego cuentan los que faltan para que acabe. No escarmientan nunca. Parece como si les fuera la marcha de agotarse de Carnaval del malo. Y aunque yo estudio todos los fenómenos sociales y procuro explicarlos remontándome a su más profunda causa, por favor, no me pidas que este lo explique porque

—por más años que pasan viéndolo repetido— jamás he sido capaz de entenderlo. Lo único que contemplo con enorme frustración es cómo se convierte en uno de los pilares del mantenimiento de un ecosistema cada vez más contaminado.

LA DEJADEZ MUNICIPAL

El "divide y vencerás" en la política municipal de fiestas carnavalescas se trasforma en "tomad, un Patronato para que organicéis vuestro Concurso. Toda la responsabilidad es vuestra". Ahí la llevamos. Pero a mí nunca me valió. Siempre vi que el Patronato era la mejor forma de quitarse el marrón de encima: "la organización para vosotros, que el dinero ya me lo llevo yo".

Sobrevoló desde siempre alrededor del Patronato esa aureola mafiosa que rodea a todos los órganos de poder. Aunque no se han detectado pruebas fehacientes para interponer demandas que prosperen, por corrillos próximos a los patronos se habla con fundamento de la reventa de entradas de protocolos y de una más que sospechosa pasión por intervenir en el nombramiento del jurado.

Tras la entrada de Kichi en la alcaldía, como señalé anteriormente, proliferaron reuniones casi clandestinas que tenían como fin la disolución del Patronato y su reconversión en otra suerte de modelo organizativo que representara con mejor proporcionalidad a los principales fabricantes del Concurso, especialmente a las chirigotas y a las comparsas, sin excluir —por supuesto— al resto.

El alcalde y sus más allegados en la Concejalía de Fiestas parecían estar interesados en que nuestra insurrección prosperase. Pero cuando todos creíamos que el fin estaba cerca, una maniobra de ingeniería legal derrotó por KO nuestra esperanza y blindó *ab aeternitas* al Patronato de siempre. La mayoría tiramos la toalla presos de una definitiva desesperación. Decidimos no luchar más contra molinos de viento. Un servidor solo asistió de espectador pasivo al incremento de patronos descaradamente incluidos

para favorecer a los presentes y restar fuerza a las nobles pretensiones de los últimos en llegar.

El resultado fue el ya relatado "Del despropósito al arte del Peor Imposible", ante la resignada pasividad de aquellos que en su día depositamos la lucha y la esperanza en un modelo organizativo más nuestro y más adaptado a las nuevas realidades que iba cobrando el Concurso.

En la actualidad, se ha estabilizado nuestra renuncia expresa a seguir participando en un Patronado en el que estamos viendo que no tenemos nada que hacer pues, con mucha habilidad, han conseguido que vuelva a ser más fuerte incluso que antes, con la participación añadida de otras figuras y entidades que no sabemos qué coño pintan ahí, ni qué intereses representan, ni quién ni cómo les han ido dando velas en este entierro.

El descontento generalizado (especialmente entre las élites) está a la base de la firme convicción que marca nuestro posicionamiento actual: dado que esto es un concurso municipal, entendemos que debe ser el Ayuntamiento quien asuma el mando de la organización y gestión del Concurso. Lo demás ya no tiene ningún sentido. Es más. Esos oídos sordos por parte de los munícipes están jugando en su contra, pues a medida que la sordera se hace más aguda y voluntaria, nuestro clamor es cada vez mayor, y ya no cargamos tanto contra la evidente ineptitud del Patronato como contra la sospechosa dejadez municipal.

Todos sabemos que la organización del Concurso es un jodido entuerto para el Ayuntamiento. Pero ya no nos vale que este siga echando balones fuera desde la apuesta por un asamblearismo que en la práctica se traduce en una dictadura encubierta. ¿De quién? Es tal la oscuridad que se me antoja imprudente el tiro al blanco, pues hace tiempo que me alejé de aquella merienda de negros y puedo fallar el disparo. Me cuentan que hay un jefe y muchos indios con más plumas que el jefe. Pero eso ya poco nos importa. Lo que va cobrando cada vez más fuerza es la necesidad (obligación) de que sea el propio Ayuntamiento de Cádiz quien coja el timón de un barco a la deriva, aunque el puñetazo en la mesa pueda resultar impopular. La Concejalía de Cultura y Fiestas debe reunir a un equipo de profesionales

que, dada la magnitud del enjambre, presente avales y capacidades técnicas suficientes para enderezar el rumbo, más allá de populismos de peña y callejón, asamblearismos inoperantes y derechos inventados.

Es más. La tendencia que apunta al Ayuntamiento como responsable directo de la gestión también lo hace como reclamo ante una dejadez que se antoja excesivamente ilógica, incomprensible y hasta cierto punto irresponsable. Si no hay un Patronato que organice el ordenamiento urbanístico de la ciudad y la concesión de licencias para los chiringuitos de la playa, ¿por qué tiene que haberlo para organizar el COAC?

El vituperado "Carnaval en las manos del pueblo" no puede confundirse con gobernar delegando lo importante en manos de cualquiera. En el pueblo hay manos capaces y manos inútiles. Democratizar el Concurso del Falla es otro despropósito político porque, en primer lugar, dicha democratización está mal hecha, pues la representatividad de las partes está técnicamente en contra de las élites que hacen grande el Concurso —su representación no supera la del convidado de piedra, insignificante, testimonial—; y en segundo lugar, cuando la democracia no prevé mecanismos legales para cambiar la Constitución y adaptarla a las nuevas realidades, necesidades y exigencias, por definición, no es democracia. De hecho, la mayoría de los concursantes no "sentimos" el perfume de la democracia en el Concurso. Lo vemos como algo ajeno a nosotros mismos, gobernado por un poder superior y sin rostro definido contra el que no tenemos nada que hacer. Nos limitamos a cumplir con el día y la hora señalados para cantar, acompañados por una inseparable sensación de mercancía manufacturada que hacemos nosotros para que otros la disfruten y la vendan.

En ese marco, nuestro único beneficio posible se reduce a conseguir alguna suerte de triunfo que nos permita alargar la vida de nuestra agrupación más allá de la Final del Falla.

Por último, lo más mosqueante de la cuestión es la ausencia de explicaciones claras y convincentes de los máximos responsables para convencernos de por qué coño hay que seguir haciendo las cosas así. Ni siquiera las élites —dentro de las que hay varios grados— somos capaces de hacer un frente común para reventar este histórico autoritarismo en el que el menosprecio

y el ninguneo se han hecho ley por la fuerza de la costumbre. Y esto no es más que el producto de habernos ido creando un importante complejo de inferioridad provocado por la citada costumbre. Aun sabiendo que el Concurso lo hacemos nosotros, asumimos con resignación que las normas las ponen ellos, por ellos y para ellos. Y que si nos fastidian, ajo y agua.

Cada vez que recuerdo el pasodoble con el que presenté en el Falla a Los Millonarios después del año de desafío y desacato de Los Ladrones, se me derraman lágrimas de dolor y rabia. Aún creía en lo que decía, en lo que cantaba. Aún la inocencia, la nobleza y la ingenuidad presidían mi sentido de la lucha personal y colectiva que, inexorablemente y por justicia, nos conduciría a la victoria final:

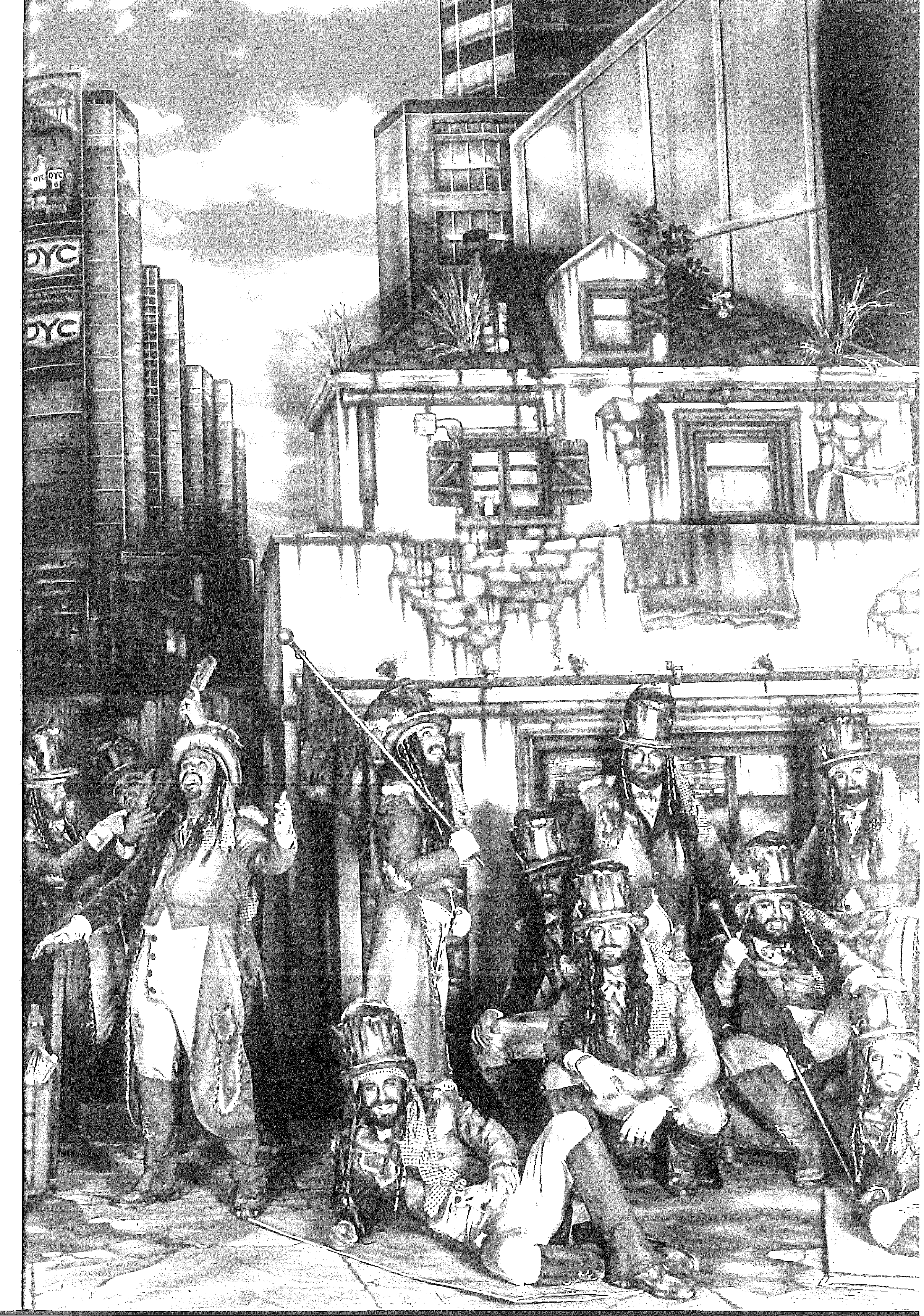
> Nadie valora el tesoro que tiene hasta que no lo empieza a perder,
> por eso vuelvo a tus pies, porque nada es igual en la ausencia de ti.
> Cada canción que he cantado sin ver tu escenario, Teatro querido,
> se me ha hecho un calvario, se me ha hecho un castigo, una maldición.
> Mas no pido perdón, por faltar a mi Templo
> porque nunca fue a él, al que negué mi canto.
> Y si voy a volver, lucharé desde dentro,
> como siempre he luchado al hacer Carnaval.
> Que no te pienso olvidar, ni abandonar a un Patronato,
> que ha hecho contigo un burdel, mesa y mantel *pa* tres o cuatro.
> Que no te vuelvo a dejar. Ay Carnaval. Ay mi Teatro...
> Y al que en mi ausencia cargó contra mi decisión, sin respetarla,
> *na* más que quiero decirle, con *mu* poquitas palabras,
> que cuando suba a estas tablas, luche lo mismo que yo.
> Que el dolor de este Teatro no es que falte un concursante,
> sino que el que venga cante dedicando al auditorio
> un *peaso* de tragedia y una crítica a Juan Carlos,
> al gobierno ni nombrarlo y eso es todo el repertorio.
> Que el dolor de este Teatro no es que falten dos comparsas,
> es que sobra tanta mafia que las ganas se te quitan.
> Pero al salir de la Tacita,
> cuando te paras a la mitad del camino,
> cual si fuera un peregrino, que cumple su penitencia,
> coges camino de vuelta, ay, caminito del Falla...

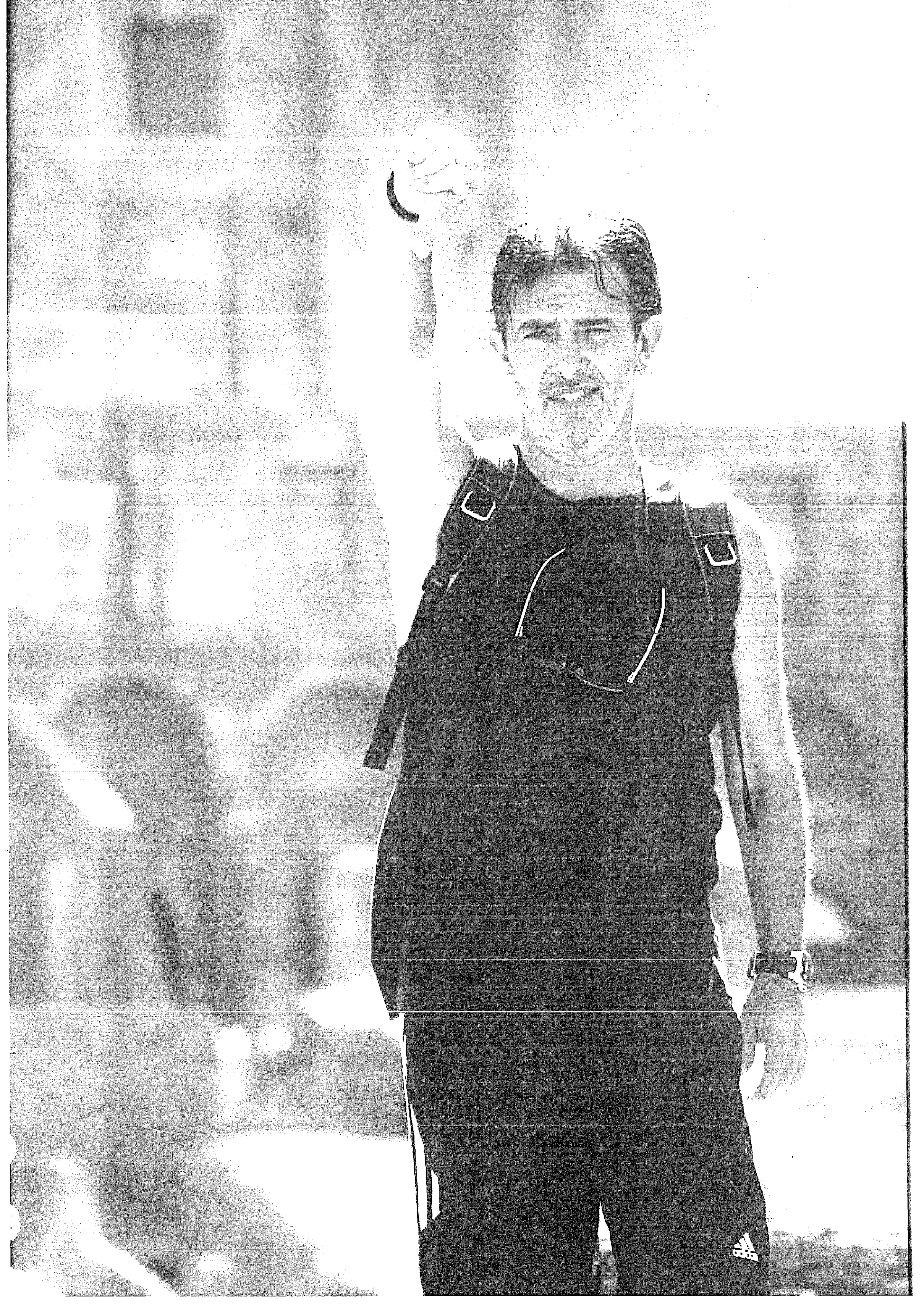
Y en nombre del Carnaval,
si todo aquí sigue igual y otro día la sangre me hierve y me estalla,
antes que yo vuelva a irme te juro que otros ladrones serán,
ay, los que se vayan.

Los Millonarios. 2015.

Pero no se van. Y cada vez tengo más claro quién tiene que echarlos. ¿Luchar desde dentro? Ellos llevan tantos años dentro y están tan blindados y protegidos por intereses políticos y económicos que "luchar desde dentro" constituye la autopista directa hacia a la autoexclusión.

¿Mas por qué te cuento esto, querido lector, que corresponde a una cuestión de régimen interno en la que tú ni entras ni sales? Pues porque tú también debes saberlo, ya que tu papel como espectador es determinante a la hora de remar en una dirección en la que tú también saldrías enormemente beneficiado. Y porque me da miedo que tu devoción por el Concurso se termine transformando en hastío, desinterés y abandono, en ese orden, como ya le ha ocurrido a tantos aficionados que le han puesto la cruz al Falla y que no creo que vuelvan mientras se mantenga la misma hoja de ruta. Y entre esos aficionados de los que te hablo, empezamos a incluirnos no pocos autores y grupos de relieve. ¿De verdad tú crees que mi descanso es solo producto de un "permiso de paternidad"?


DYC
DYC





EL QUINTO PODER

El Quinto Poder lo hice recaer en su día (*El Carnaval sin nombre*) en las redes sociales, planteando su litigio aventado sobre el Cuarto (la propia prensa), de modo que llegaba a afirmar que, más allá de la prensa, había que conseguir el respaldo de las redes para que la victoria se entendiera como tal. En definitiva, estaba convencido de que el Cuarto Poder cedía terreno ante el Quinto de modo inexorable, progresivo y definitivo.

Afortunadamente, y dada su posterior evolución a lo largo de estos años, hoy lo veo desde otra perspectiva, como una compleja suma de ambos poderes, ya que la prensa ha conseguido ir frenando el potencial subversivo de las redes respecto a sus posibilidades reales de articulación de la sociedad civil. Este frenazo ha surtido efecto a través de la máxima de la absorción de la periferia por el centro, con el que el Cuarto Poder ha conseguido que el Quinto se subordine a él. Las redes, cuando funcionan a su puta bola, sin el refrendo de la prensa constituida como tal, ya van siendo identificadas como pocilgas de *trolls* y *haters*, dada la excesiva abundancia de estos, su dudosa y anónima procedencia y su rotundo carácter de porculeros cargados de mala leche, derrotismo gratuito y crítica destructiva, hasta el punto tal de haber caído en un descrédito absoluto ante el gran público... A menos, claro está, que en líneas generales coincidan con las

reacciones generales del público y, sobre todo, de la todopoderosa prensa, que vuelve a ser la que tiene el control casi absoluto del criterio de calidad de las agrupaciones que van al Falla (en el caso que nos ocupa; en los que no, también sigue imponiendo su criterio, no como Cuarto Poder, sino como Primero en toda regla).

A favor de la prensa, hay que decir que en los últimos años ha desarrollado un esfuerzo enorme por ablandar y justificar sus crónicas-críticas —o viceversa— y no caer en aquellas banalidades de antaño que tanto provocaban la reacción indignante e indignada de los que decían "este qué coño ha escuchado". Ahora da la impresión de que afinan el oído más y mejor, y no se dejan arrastrar ni por las reacciones en caliente de un público versátil ni por las corrientes mediáticas abiertamente partidistas. Entiendo el hecho como positivo pues reunifica la dispersión de criterios en uno más común y más digno de confianza, tanto por parte del público como de los propios participantes.

La venta de humo gráfico

Lo que está claro es que el Concurso sigue siendo para la prensa local un activo económico de primera magnitud y, por supuesto, no desaprovecha la más mínima ocasión para lanzar titulares subliminales a favor de las agrupaciones que lo merecen, sin dejarse llevar por la firma de los autores ni por la solera de los grupos. He asistido con ilusión a la recuperación de la credibilidad de los mensajes periodísticos, fundada en una mayor atención y capacidad crítica. No sé si ha sido una consigna tácita o expresa, al ver que las redes les comían el terreno, o un derroche de amor propio traducido en profesionalidad a la hora de desarrollar los tratamientos oportunos.

Sea como fuere, el caso es que de nuevo es la prensa la que cobra el protagonismo inmediato —en especial para las agrupaciones— una vez que la actuación ha concluido y *alea jacta est*. Las redes se consultan, cierto, pero después, y siempre desde la parcialidad, es decir, buscando aquella corriente favorable y desestimando de súbito aquella que no lo es. La revolución ha sido brusca y rápida, pero ha vuelto a dejar las cosas en su sitio y mucho mejor asentadas.

Hasta ahí, bien. El único gran problema de la prensa en el Concurso es que, como sigue manteniendo el criterio de la venta por la venta, se ve "obligada" a encumbrar obras no tan cumbres y a editar portadas que a veces llevan más humo que fuego. Este sensacionalismo se hace imprescindible para competir en el mercado de la opinión pública, más atraída por el titular y la fotografía de portada que por las minuciosas crónicas que últimamente se curran sus profesionales.

Quizá sea la puntuación de los jurados-diarios la estrella gráfica de la reseña de las funciones. Los amigos de las estadísticas se dejan llevar por las clasificaciones generales oficiosas que estima la prensa, dado el cuestionado secretismo del jurado y dado también su porcentaje de acierto con él (que suele ser bastante elevado). Este acierto o coincidencia con el veredicto final del jurado tiene como contrapartida que, cuando no se da (porque en ocasiones puntuales, descarada e inexplicablemente no se da) comporta el riesgo de que los profesionales de la prensa queden en entredicho o, por la otra parte, los miembros del jurado queden como unos necios que buscan la cátedra carnavalesca vacilando con su veredicto a las tres cuartas partes del planeta. Con ello generan en ocasiones grandes escándalos que perjudican mucho más al jurado que a la prensa, entre otros motivos porque la prensa es sabedora de la falta de profesionalidad del jurado, sus límites, sus caprichos y su incapacidad manifiesta a la hora de evaluar algo que no sea sota, caballo y rey.

Es innegable que la prensa local ha mutado. Mantiene como costumbre de mercado la venta de ese humo gráfico que, además de no corresponderse en ocasiones con la realidad acaecida sobre el escenario, consigue blanquear funciones infumables, de las que salen beneficiadas aquellas agrupaciones que en una función normal no hubieran aparecido ni en la ficha técnica. Este hecho, que es aceptable desde la lógica del mercado, sí presenta una delicada contrapartida: el efecto llamada.

Los grupos saben que, si les toca una función flojita, aunque ellos no aspiren a mucho, pueden protagonizar la portada, el titular y los primeros puestos de la clasificación, aunque sea de modo relativo y engañoso, pero... en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Y hay muchos tuertos que juegan a la lotería para ver si les toca una función de ciegos y, con ella, el reinado

por un día. De glorias efímeras está sembrado el Concurso. A muchos les resulta suficiente.

No obstante, la venta de humo gráfico va a estar siempre presente en la cobertura del Falla, igual o menos (todo sea dicho) de lo que lo está en otros eventos nacionales de menor interés y mérito, como todos aquellos programas que ya conocemos. Hay miles de lectores de prensa local cuya afición al Carnaval y el seguimiento del Concurso lo realizan a través de otro seguimiento paralelo de lo que ven en la tele (o en el Teatro) y lo que dicen al respecto los periódicos. Nos gustaría que el criterio informativo y crítico de la prensa fuera común, pero es injusto que lo pidamos, pues nuestro propio criterio también bascula a medida que avanza el Concurso y escuchamos más, más veces o desde otra óptica, estado de ánimo, hora de la noche, interés personal... Si el nuestro fluctúa, el de la prensa también lo hace, aunque la cortesía nos obliga a reconocer que últimamente lo hace menos y con mayor sentido.

Es más, confieso que me anima el hecho de haber asistido últimamente a amplias reflexiones de profesionales de los medios locales en las que se involucran y comprometen críticamente con los derroteros que va tomando por año un Concurso que es evidente que va a menos y a peor. Incluso abordan las consecuencias que un mal Concurso depara al resto del Carnaval del Cádiz, el cual, ineludiblemente, también se ve seriamente afectado. Este compromiso se adivina hecho de corazón, desde el dolor y la rabia, desde la necesidad de una urgente reorganización de todo el universo carnavalesco, a partir de profesionales que muestran un inusitado interés en que las cosas cambien. Es cierto que no todos los análisis coinciden en señalar los mismos diagnósticos ni las mismas terapias, faltaría más. Pero el hecho de haber empezado a tomar el toro por los cuernos es un óptimo indicador de Poder comprometido con una causa tan comercial como gaditana a la vez. Quizá sean estas novedades las que me impiden por primera vez mostrar mi áspera crítica con la labor de la prensa, cual fuera la tónica dominante en mis primeros ensayos. Así mismo, espero y confío en no tener que arrepentirme de haber escrito estas líneas.

A la prensa local la han acusado en muchas ocasiones de "facha". Los periodistas que yo conozco no lo son (o no lo parecen; otra cosa son sus jefes);

al margen de sus posicionamientos políticos, lo que están dejando claro es que son gaditanos y les duele el descenso del Falla como el de la Semana Santa y como el del Cádiz.

El expolio de Onda Cádiz

Otra cosa bien distinta es la piratería audiovisual del Concurso que está llevando a cabo Onda Cádiz. Con el humo gráfico y las salvas de las ondas radiofónicas, estaba el Concurso acostumbrado a convivir desde el principio. Siempre formó parte del certamen y sumaba una dosis de casticismo y popularidad de lo más entrañable.

Pero al llegar la tele chunga, la salvaje, la que va a saco, la que lo vende todo a todo el mundo valga o no valga (que la mayoría no vale), ya la cosa cambió. Y cambió para mal.

Canal Sur, digan lo que digan, siempre lo hizo bien, en el sentido en que jamás olvidó el principio de calidad y de relevancia de todo aquello que retransmitía en directo y en diferido, a lo que había que sumar *Tangais* y monográficos seleccionados con un descarado amor por lo que hacían.

Las críticas que en la última edición se llevó Canal Sur en beneficio de Onda Cádiz nunca las entendí... o sí, atendiendo a su procedencia: la Chusma Profunda, distinguida también por ese radical populismo defensor de la retransmisión gratuita al precio que sea de todo lo que sea. La Chusma Profunda es una gran especialista en inventarse derechos. Fue injusta porque, entre otras generosidades, Canal Sur había sido la única cadena de televisión entregada al Concurso del Falla, aunque en ocasiones no fuese rentable (a ver si se le mete a la gente en el coco que el Falla es rentable solo en su fase semifinal y final, y no siempre). Aun así pagaba religiosamente derechos de autor y de imagen que otras emisoras nunca pagaron por retransmitir y reponer muchísimo más, así como por expoliar y exponer al saqueo y la piratería nuestros discos y actuaciones año tras año. El expolio lo comenzó Onda Luz, pero lo remató de forma oligopólica Onda Cádiz.

Me duelen estas palabras solo por un motivo. Las caras visibles de Onda Cádiz son Mirian Peralta y Enrique Miranda, dos profesionales que —además de amigos— se han ganado el cariño y la consideración tanto de concursantes como de televidentes, y solo puede haber palabras de elogio para ellos por la manifiesta devoción con la que han tratado al Carnaval de Cádiz en general y al Concurso en particular. Pero al margen del trabajo de estos dos magníficos presentadores, es necesario hacer ver el daño que Onda Cádiz le ha hecho y le sigue haciendo al Concurso en un sinfín de frentes distintos:

1. La retransmisión de las funciones preliminares y los cuartos constituyen una auténtica exhibición de las miserias del Concurso, que ni el mayor enemigo de nuestra fiesta se hubiera planteado. Como gaditano, siento (sentimos) una profunda vergüenza propia y ajena de saber que en cualquier rincón del mundo están tomando esas retransmisiones como una muestra auténtica del tan célebre Concurso del Falla del Carnaval de Cádiz. Y digo "auténtica" porque los paganos que se conectan desconocen si eso es lo que hacemos aquí siempre o los días que nos levantamos con el pie izquierdo. Es como si la Liga de Fútbol Profesional incluyera en su retransmisión a las horas punta todos los partidos de tercera división y un lunes a la una de la madrugada retransmitiera el Atlético de Madrid-Valencia con los suplentes. Como para engancharse al fútbol. Como para engancharse al Carnaval.

   Además, toda la morralla es retransmitida en directo a horas de máxima audiencia (incluyendo el horario infantil y juvenil) sacrificando a las élites al cierre de la función, como castigo por Real Decreto tanto para las élites como para los propios aficionados.

   ¿Qué ocurriría si una televisión nacional retransmitiera en directo el *casting* de *Operación Triunfo* —por ejemplo— alegando el derecho de quien se presenta a ser visto y oído en toda España?

   Esa forma de "vender" nuestro otrora prestigioso Concurso puede que se haya convertido de largo en su mayor traición. A la base no está el derecho de nadie, nada más que el monopolio televisivo

de una cadena local que a saber cuánto ingresará en publicidad a cambio. Y no hay más. Un *casting* nunca es de interés público. Ni siquiera para los más frikis, que son los primeros en desbarrar de las preliminares desde el segundo día de Concurso.

2. Las continuas reposiciones de estas fases fueron la puntilla previa a lo que vendría después. Si alguien no había podido o no había querido acostarse a las tantas por motivos de tedio, estudio o trabajo, hasta no hace mucho tenía la posibilidad de volver a ver en directo-diferido todo lo que estaba grabado del día anterior. El resultado no era la promoción, sino más bien la quema absoluta de los repertorios de las agrupaciones que, cuando llegaba la siguiente fase, ya era imposible que sorprendieran a nadie, especialmente en el caso de las chirigotas.

3. Sumándose a la piratería impune —hasta la fecha— de las plataformas digitales, Onda Cádiz también celebró la constitución y promoción de una plataforma propia, a partir de la cual es posible en cualquier momento y lugar del mundo ver y oír a la agrupación que desees, aniquilando uno de los pocos y humildes activos económicos de las agrupaciones como era la venta de discos. Esta venta, además, sigue estando prohibida a las propias agrupaciones hasta pasada la Final del Falla, bajo pena de descalificación inmediata del Concurso. Mientras, la plataforma digital de Onda Cádiz va recibiendo millones de reproducciones, cuyos beneficios van directos a los bolsillos de los dueños de la cadena. Y a los autores de las obras que explotan... que nos den por culo, literalmente. El canon por retransmisión, reposición y exposición gratuita en la plataforma digital desconozco a cuánto se pagará, pero desde la SGAE llegan cantidades ridículas y sin especificar.

4. Todo esto, además contribuye al efecto llamada que subyace a la creciente proliferación de grupos que se presentan al Concurso con la casi exclusiva intención de salir por la tele y sentirse estrellas del plasma por un día, o dos, o cuatro. No hace falta ser sabio para vaticinar que todas aquellas agrupaciones que saben que no tienen nivel suficiente para hacer un papel digno en el Concurso, sin la repercu-

sión mediática de la televisión, se lo iban a pensar bastante antes de inundarlo de mediocridad infumable.

Toda esta injusta pesadilla no está solo a la base de la saturación del Concurso, sino del alarmante descenso del coeficiente de calidad medio del mismo. La prueba del algodón es la demanda que con posterioridad al Concurso reciben las agrupaciones, que no supera el 5% de las presentadas. Ese es el indicador del interés público real del Concurso: el de después, no el de durante. Nadie se divorcia el mismo día de su boda.

Además, si el público cae en la trampa de chuparse las fases tediosas, las cuales copan la mayor parte del certamen, lo lógico es que pierda incluso el criterio de calidad, y no sea capaz de distinguir cuál le ha gustado de verdad y cuánto. No debe sorprendernos, por tanto, el éxodo de aficionados hacia otras formas menos oficiales y más marginales de Carnaval. El Carnaval sigue enamorando, pero el ofrecido en el Concurso se está convirtiendo en una catarata de divorcios con la afición que me da que ya no tiene remedio, pues la pesadilla va en aumento por cada edición que pasa. Y no parece vislumbrarse un remedio radical ni a corto ni a medio plazo. No hay voluntad —ni política ni social— de echarlo todo abajo y empezar de cero.

Aquí no se trata solo de hacer un Concurso, sino de hacer uno con calidad, sencillamente porque la hay. Pero si la calidad se esconde en el cierre de las funciones obligando al espectador a fumarse el hachís apaleado que lo precede, el Concurso no será nunca de calidad, sino de cantidad, a secas. Y calidad y cantidad están por definición en relación antagónica. Lo de "lo malo abunda y lo bueno escasea" es más viejo que el propio mundo.

Confieso que yo represento a uno de tantos que pasó del amor al Concurso al desinterés absoluto, más próximo a la fobia que al puntual entusiasmo. Ni siquiera disfruto viendo a mis agrupaciones partiéndose la cara a codazos para poder presentarse ante el público, en medio de tanta mediocridad que parte con las mismas posibilidades reales que las que de verdad van preparadas para ofrecer algo realmente atractivo al respetable. Y seamos honestos. No es que los buenos aficionados al Carnaval puro estén buscándolo ahora en la calle, sino que están huyendo del Falla. Literalmente.

La tesis final que se nos antoja no puede ser más trágica. O acaba de una puñetera vez el monopolio de Onda Cádiz sobre la fase churretosa del Concurso, o esto quedará a expensas de un público que, aunque poco exigente, también terminará abandonando, si es que antes no abandonan los autores que no estamos dispuestos a que los especuladores de mierda se llenen los bolsillos a costa de nuestro trabajo.

Aunque el capítulo correspondiente ya ha pasado, esto también tiene mucho que ver con la desorganización del Concurso y la dejadez municipal, pues tanto Patronato como Ayuntamiento son las entidades con potestad legal para impedir este expolio. Aunque si ambas participan tan activamente del expolio, cualquier vía de solución está cerrada.

Las alarmas están sonando para todo el mundo; para los responsables directos, más fuertes y luminosas que para nadie. Aunque sigan mirando al cielo. Pero no saben. O no quieren. O no pueden. Cada vez que se habla de una preliminar a puerta cerrada sin público ni medios de comunicación, aún hay cínicos que ponen el grito en el cielo. Pues vale. Que retransmitan ya puestos los ensayos de los coros. Lo mismo bajan las emisiones de CO2.

Canal Sur nunca le habría hecho este daño irreparable al Carnaval de Cádiz. Es más: todo lo que Canal Sur le dio, Onda Cádiz se lo está quitando.

TROLLS Y HATERS: LA "LIBERTAD DE EXPRESIÓN" DEL ANORMAL PROFUNDO

Como éramos pocos en casa, parió la abuela. Antes eran borrachos patosos de bache o de barra fija. Ahora se han convertido en agudos estiletes contra la decencia. En un Estado de Derecho no hay mayor ni único responsable directo de este fenómeno que el aparato judicial connivente y permisivo con la proliferación de estos energúmenos. De hecho, cuando el atentado cibernético (por llamarlo de alguna manera) va dirigido contra alguna autoridad de peso, se dan patadas en el culo por identificar al culpable, pues medios tecnológicos les sobran para ello.

A la base del anormal profundo —*troll* o *hater* en el argot— subyace un complejo de inferioridad disuelto con altas dosis de cobardía. Estos mierdas ensucian las redes con total impunidad cuando se trata de ataques dirigidos contra autores y agrupaciones. La única solución viable es el bloqueo. No obstante, se reproducen como las ratas ante la mirada impasible de las autoridades competentes. Parece como si su mantenimiento coloreara la vida social de las redes y se ha convertido en otro argumento para dejar el móvil... o el Carnaval.

Desde el civismo, el humanismo y el respeto a la libertad de expresión (que tanta sangre se derramó para conseguirla), jamás comprenderé ni admitiré la creación de cuentas anónimas, incluso aunque no sean para el terrorismo telemático. Cualquier expresión pública debe ir firmada con nombre y apellidos, correcta y completamente identificada en todo caso, como cuando solicitas cualquier prebenda de la administración del Estado por ridícula que sea.

Aunque todos los mortales decentes sabemos que a los anormales estos no debe hacérseles caso, lo cierto es que dan la tabarra y te amargan el día con sus caracteres envenenados. Por desgracia, hay mucha gente que aún no ha conseguido entenderlos como lo que son, y cae en el sofoco y la ira, consiguiendo que el pretendido afán de protagonismo del prenda en cuestión fructifique y se multiplique.

Por si fuera poco, para animar el cotarro, determinados medios de comunicación les siguen el rollo publicando y comentando en sus cadenas de radio y televisión las sentencias catedralicias de estos imbéciles, a caballo entre el periodista frustrado y la autoridad social de la voz experta. Cuanto más los oigo y leo, más me crece la misantropía y la falta de fe en la regeneración de la humanidad, y por supuesto más maldigo al sistema judicial y policial que lo consiente y al que, en toda regla, entiendo como cómplice silente de este nuevo modo de ciberterrorismo.

Este fenómeno, por desgracia, no es inherente al mundo del Carnaval. Pero —como el Carnaval está en el mundo— también ha caído en idéntica miseria. En este caso, por una vez en lo que llevamos de ensayo, la solución no la tiene el Patronato, el Ayuntamiento o Martínez Ares. La tiene —insisto— la

autoridad que lo consiente y que, por supuesto, merece responder penalmente ante tanta fechoría permitida, pues tan culpable es quien la ejecuta como quien puede evitarla y no la evita (hasta que los tocan a ellos, claro).

Que en las redes sociales se generen corrientes de opinión no debe contemplarse como algo tóxico para el Carnaval. Es legítimo usar las nuevas tecnologías como articulación social espontánea para defender tal o cual interés o reivindicación. Es el modo de hacerlo lo que deja tanto que desear.

Si el bloqueo a todo tipo de *troll* o *hater* fuera generalizado, este fenómeno tendería a su desaparición. Pero reconozcamos que a muchos les va la marcha, especialmente cuando los ataques de aquellos van dirigidos contra los enemigos de nuestra devoción. Entonces incluso hacemos capturas de pantalla que rulamos por nuestros grupos de WhatsApp, sin advertir que mañana seremos nosotros las próximas víctimas.

Este hecho —repito— no es en modo alguno exclusivamente carnavalesco, sino humano, a nivel de especie, de raza. Como inunda también de alta toxicidad el Carnaval de Cádiz, no he tenido más remedio que darle cabida en este ensayo. Pero ya no lo entretengo más y lo abandono, pues corro el riesgo de convertir *El Carnaval sin dirección* en *La Humanidad sin dirección*, y eso es harina de otro costal.

La cátedra del Entendido

Si de Carnaval no entiendo yo, que soy uno de los que mejor lo hace, no entiende nadie. ¿Está claro? O entendemos todos, que es lo mismo pero al contrario. Tú puedes tener tu gusto, como yo el mío. Pero ya no podemos seguir avanzando. El Carnaval no tiene alambradas. Cualquier dirección puede llevar al absurdo como no tenga en cuenta lo ancho del espacio.

Uno de los virus más comunes que pululan por los submundos del Carnaval es el virus del Entendido que, además, posee la singular habilidad de autoconferirse un sillón catedralicio al que cientos de feligreses van a suplicar consejo y visto bueno. ¿Quién tiene más cárcel, Vox o sus *voxtantes*? Pues aquí, lo mismo.

Flipo cuando alguno me viene con el angustiado "¡*quillo*, que ha dicho fulanito que el mejor pasodoble de este año lo lleva Tino Aragón, que le recuerda al primer Paco Alba, y ese tío sabe tela porque salió en Los del Patinete Marinero y tocó el bombo en la primera chirigota del sobrino del Tío de la Tiza! *Totá*, que el nuestro no vale *na*...".

La moral rota de más de medio grupo se repone planteando acudir a otro Entendido más afín que pueda compensar el duro golpe recibido. Y así comienza el vuelo del estornino en busca de la corriente de aire favorable que lo ayude a llegar con la moral más alta al Concurso. Y lo consigue. Digo que si lo consigue. Dado que las cátedras del Carnaval de Cádiz triplican los sillones de la ONU, tarde o temprano aparece algún catedrático o aspirante a Entendido que —para conseguir avales— se cuela en el ensayo y le afirma al grupo: "Esto es un primero. No sabéis lo que lleváis, chavales...".

Y esa noche acaba el ensayo en fiesta. Al fin y al cabo, la seguridad en el repertorio y en su interpretación es determinante a la hora de encarar el Concurso.

Estos Entendidos, a la sombra o al sol, grandes sofistas por cierto, consiguen colarse como comentaristas en algunos medios de comunicación, ejerciendo influencias y generando corrientes que a veces se materializan en originales episodios. Si culminan en premios, su cátedra se hace vitalicia. Y no porque les haya sonado la flauta, sino porque son auténticos Entendidos: los catedráticos del Carnaval.

Y ahí que van, disfrazados como el Selu en Los Enteraos, convertidos de hecho y de derecho en parte fundamental del Quinto Poder; de ahí que incluya su controvertido peso en el presente capítulo.

Yo, la verdad, flipo con estos ilustres elencos, algunos de los cuales han conseguido incluso ingresar como vocales de algún jurado para la ocasión o bien han desestimado la oferta para no reducir su catedralicia sabiduría al nivel de juez, responsabilidad menor para tan alto rango como el que ostentan.

Lo preocupante no es ya su autoconferida cátedra como la fervorosa religiosidad con la que tantos principiantes asisten a sus homilías y sermo-

nes carnavalescos, repito. No es que los desprecie exactamente, pues la experiencia es un grado y jamás desprecio la experiencia. Pero no deja de resultarme cuanto menos surrealista que mantengan un papel activo en la fiesta, cuando la mayoría no sabe dar una coherencia mínima a los fundamentos de sus sentencias, aunque al sentirse escuchados hablen como el que lo inventó. Existen “papafritas” de carne y hueso. Helos ahí.

Por lo general, estos Entendidos no solo no han hecho nada meritorio en el mundo del Carnaval (ni en ninguno de los otros mundos que habitan). Son una especie de estrella de mar, de encefalograma rugoso y perfumados con Brummel... pero mejor cuanto más lejos. Mas la cuestión se agrava dado el grado de fervor que alcanzan por quienes aspiran a ser como ellos. Aunque no sea políticamente oportuna la comparación, ve bien los toros desde la barrera quien no se atreve a tirarse al ruedo (o quien se tira pero sale empitonado). Y de estos hay muchos. En todos los órdenes. Quien de verdad conserva una sabiduría y una experiencia digna de respeto y consideración no suele ir derrochándola con altanera altisonancia por las barras de los bares y las peñas. Y quienes de verdad reservan talento y capacidad no se dejan asesorar por las verdades de estos barqueros sin barca.

El día que la gente no les eche cuenta, apúntalo como fecha a partir de la cual el Carnaval de Cádiz puede volver a encontrar sentido y dirección (sobre todo para los que llegan).

El soterramiento de la soberanía del público

Puede que llegados a este punto ya estén anunciadas las claves del embotellamiento en el que el público del Concurso anda actualmente colapsado. Me refiero al que sigue. Una buena parte ya se ha ido.

Quiero insistir en que este ensayo está dirigido al público que asiste desorientado a la pérdida de dirección de su Carnaval. Por ello analiza sus causas interrelacionándolas del modo más riguroso, desde lo histórico hasta lo artístico, pasando por lo social, lo económico, lo antropológico y lo mediático.

La importancia del público —y, concretamente, su soberanía— es lo que ha hecho grande a esta fiesta como vehículo de expresión popular. Aquí no se trata simple y llanamente de cantar, sino de hacerlo de un modo que inunde de rabia, conciencia y emoción a la gente. Si no eres capaz de conseguirlo reserva tu expresión para los ámbitos privados, y no satures el espacio público de ruido ciego y ensordecedor, pues así es como pierde sentido y valor nuestra fiesta. Del mismo modo, el público que llega nuevo debe saber adónde viene. Y mucho parece —por lo que demanda y ovaciona— que tampoco lo sabe muy bien.

Cuando hablamos de la soberanía del público nos referimos a la espontánea capacidad para discriminar entre lo sublime y lo mediocre que distinguió históricamente al público del Concurso, especialmente en las dos últimas décadas del siglo XX, a raíz de la revolución de la chirigota llevada a cabo por Los Cruzados Mágicos y la irrupción de la comparsa de Martínez Ares, que desembocaría en la década dorada del Falla de los 90. Fue una época en la que la proliferación de renovaciones en todas las modalidades (especialmente en chirigota) arrastró de nuevo al sector ilustrado al Teatro —el que yo posteriormente rebauticé como "Chusma Selecta"—, un público caracterizado por una deliberación rápida y crítica de la singular calidad de lo que se presentaba en el Falla.

Este hecho, de relevancia capital para la apoteosis del Carnaval, estuvo claramente determinado por la reventa. Sí, joder, como lo oyen: la r-e-v-e-n-t-a de toda la vida. La existencia de reventa organizada posibilitaba que un nuevo público de corte burgués, acomodaticio, enemigo de las colas pero carnavalero como el que más, pudiera permitirse el lujo de saltar por encima de las colas y encontrar entradas para todas las funciones de interés en los alrededores del Falla. Además de constituir una interesante fuente de ingresos que aliviaba de modo sumergido la maltrecha economía de muchos gaditanos, provocaba un aforo en el que convivían los gustos de siempre, los tradicionales, con los de un público más crítico y formado, confluyendo en una amalgama de pasiones y perspectivas que facilitaban el éxito de los repertorios originales y las innovaciones de óptimo gusto y sentido, aunque en un principio no siempre fuesen refrendadas con merecidos premios por los colectivos de mendrugos que inundaban los palcos de los jurados.

Premios aparte, lo significativo era que autores y grupos sabían que iban a contar con el silencio y la atención cómplice de un público que agradecería cualquier gesto de talento carnavalesco que se plantara sobre el escenario. Por tanto, y dentro de sus posibilidades, grupos y autores se atrevían y desafiaban para ofrecer sutilezas y delicatesen inauditas hasta la fecha, conscientes de que iba a haber siempre un público receptivo y presto que lo premiara.

De alguna forma, este sector ilustrado (la cuna de la Chusma Selecta) cumplió una función pedagógica con el resto del público, que aun aferrándose a lo castizo y lo tradicional fue comenzando a valorar las aportaciones de las nuevas corrientes estéticas que se daban en el Falla, de corte más moderno, refinado, original y culto —si me permites apurar hasta ahí—. Así, el mosaico ofrecido por los grupos presentados era más rico y variado, como el propio público, y la venta y exportación del Concurso del Falla a otros lugares de Andalucía se anunciaba con mayor sentido y posibilidades de éxito artístico y comercial.

Ese momento histórico fue aprovechado por Canal Sur para catapultar los años de gloria del Falla y enamorar a Andalucía —y parte de la España carnavalesca— con una extensa gama de productos populares, típicamente gaditanos, ojo, pero exportables a su vez. Ese es el momento —y no otro— en el que el Falla se convierte en patrimonio compartido con Andalucía. ¿Por mérito de Canal Sur? No. Por mérito de la reventa. Canal Sur solo aprovechó lo que el Falla ofrecía para venderlo, que no tiene nada que ver con lo que ofrece hoy (si no que le pregunten a los responsables de su venta).

Nos guste o no, y me importa un carajo que me tachen de elitista (pues lo soy), la reventa representa el ariete definitivo que posibilita la incorporación al Concurso de todos los públicos, pues la calidad de un festival se mide principalmente por la de su público. Si no, prueben en un festival de reguetón o de Camela, que puede que esté lleno, sí, pero ¿de qué tipo de público?

Digamos de otra manera que la reventa fue parcialmente seleccionando a un público de mayor sensibilidad intelectual y estética que jaló —y de qué

manera— del público tradicional, digno de idéntico respeto, pero notablemente más básico. El resultado fue un Carnaval apto para todos los públicos que lo hizo evolucionar hacia cotas insospechadas y que lo aupó a la categoría de arte mayor antes que mero folclore, pues muchas de las composiciones líricas o cómicas así lo demandaban.

Esta división-convivencia de un público más heterogéneo animaba a la creatividad compositiva, e incluso a un hecho de significación mayor: autores y grupos sabían que podían crear libremente porque, si su creación cumplía unos mínimos de calidad, nunca iban a caer en el olvido y, tarde o temprano, sería valorada en su justa medida.

Recuerdo que este fenómeno de convivencia pública plural y abierta desencadenó el debate entre lo clásico y lo moderno, debate que lejos de ser agrio y encontrado generó una amalgama amplia de tendencias para degustar.

No obstante, la Chusma Profunda peleó todo cuanto pudo para eliminar la reventa, no tanto por una cuestión económica y social, sino por volver a hacerse con el monopolio del Teatro y, con él, con la reimplantación de las tendencias básicas, que no ya clásicas, pues aquellos años habían convertido en clásicas a muchas tendencias inicialmente catalogadas como renovadoras. Así es como entran en el Olimpo del clasicismo carnavalesco las novedosas aportaciones de Paco y Emilio Rosado, el Gómez, Martínez Ares, Selu Cossío, el Yuyu, Paquito Villegas, la surrealista chirigota del Lobe y hasta la del abajo firmante. Y estas élites jalaron del carro del Concurso durante más de dos décadas, hasta que ocurrió lo que nunca debió haber ocurrido: el soterramiento de la soberanía del público.

Avanzada la primera década del nuevo milenio tiene lugar un fenómeno a tres bandas que va a volver a reducir y empobrecer al público del Falla y, por tanto, a sus representaciones estéticas.

1. Por una parte entran en escena los primeros foros y chats de anónimos porculeros que intoxican los alrededores del Concurso, con aportaciones perversas que consiguen intervenir decisiva —y negativamente— en grupos y autores, quienes llegan a confundir esta rea-

lidad paralela con la impresión general del público. Este movimiento va cobrando fuerza hasta desembocar en los actuales *trolls* y *haters*.

2. En segundo lugar, esta fanaticada atópica logra ocupar espacios del Teatro, con lo cual sus delirios virtuales van progresivamente convirtiéndose en reales, empezando a provocar una crisis de confianza en la elaboración de los repertorios: "¿para quiénes estamos escribiendo?".

3. En último lugar, se consuma la "victoria" de la supresión de la reventa, con lo que de alguna manera la Chusma Selecta va siendo expulsada del Teatro. Este queda en manos de fanáticos que soterran la soberanía del público en beneficio de tendencias fanáticas, favorables y detractoras de determinados grupos y autores selectos, los cuales van asistiendo con estupor al agresivo e incontrolado cambio de paradigma del público al que habían ido entregándose últimamente. La mayoría de las entradas se vendían por internet, con lo que el Falla empieza a llenar las funciones con un público extraño, no tanto por foráneo sino por nuevo (sin el criterio de antes), un público que se pone de pie con cualquiera del mismo modo que hace el vacío a repertorios que otrora hubieran cortado oreja y rabo, que se viene arriba y abajo sin que los concursantes sean capaces de determinar las causas.

Todo esto constituye no ya la entrada sino el protagonismo del náufrago al que tanto hemos hecho referencia. Los herederos se convierten en supervivientes que no son capaces de llegar a entender buena parte de lo que está pasando.

La apoteosis de la fanaticada se traduce en un clima de crispación por parte del público mayormente gaditano, quien desorientado ante el cambio de paradigma del nuevo público construye el diagnóstico de "desgaditanización del Concurso". Lo hace porque cree de manera equivocada que dicho cambio de paradigma obedece fundamentalmente a las demandas de un público foráneo, náufrago de la tradición, sin criterio carnavalesco, seducido por las formas mediáticas y con una insultante insensibilidad ante los mensajes profundos e inteligentes.

La única herencia reciente de este nuevo público parece ser los actuales modelos televisivos, en los que los realizadores animan tras las cámaras al público para que este participe al mismo nivel de actividad que el propio concursante. Por supuesto, el concursante va cediendo el pulso, estudia al público y comienza a darle lo que cree que este quiere consumir, y dada la escasa calidad del público, el nivel de los repertorios inicia un descenso en dirección a lo fácil, lo básico, lo rápido y lo cómodo.

Así va surgiendo la nueva agrupación de laboratorio, diseñada solo por y para gustar a un público que puede estar siendo su propia cruz, pues esta nueva forma de consumir Carnaval apuesta por repertorios efímeros, cuya vida no va más allá del propio Concurso (aunque lo ganen), perdiendo de vista por completo el sentido de la relevancia y la trascendencia.

El humor inteligente va directamente al carajo, sustituido por el humor inspirado en la impronta del *sketch* televisivo. El mensaje social y la hondura lírica (el poema) empiezan a ser desestimados, atravesados por la maldición de la propia autocensura de los grupos bajo el argumento de "esto no compite".

Si acaso, la Chusma Selecta es la única que se hace cargo de la metamorfosis que está padeciendo el Concurso, ya que al perder la conexión directa valora las exquisiteces fuera y después del propio Concurso. Para muestra el siguiente botón. Imagínense que Los Millonarios se hubieran presentado en la final de aquel Concurso de 2015 y hubieran cantado este pasodoble:

> Si recitara contigo los indicativos del verbo volver
> sería en la forma compuesta de nuestra primera persona plural,
> sin un pretérito simple porque nada simple fue todo lo nuestro,
> y volver se conjuga en futuro perfecto de un tiempo inmortal.
> Parecido a cantar, pero de otra manera.
> Parecido a tener, pero sin lo que había.
> Parecido a venir, pero sin que te fueras.
> Pareciéndose a ti, pero a ti nada más.
> Volver sabiendo olvidar, y acariciarnos todavía
> la cicatriz del ayer, hombre y mujer de un nuevo día.

Volver doblando la edad de la mitad tuya y la mía.
Vuelven los barcos al puerto, la lluvia y el tren, la primavera.
Los siglos vuelven al mundo y el hacha vuelve a la tierra.
Vuelve la luna y que vuelva alrededor de los dos.
Y si a orillas del futuro, por volverte a ver la misma
adolescente sonrisa, vuelve mi canción al Falla,
también volverán a vernos y a desenclavar espinas
las oscuras golondrinas y la eterna madrugada.
Y si el tiempo ya cansado de un pasado interminable,
abre el fondo de la calle y vuelve el pueblo a mi gobierno,
y estamos juntos para verlo,
habremos vuelto en el plural que te anunciaba,
codo a codo, cara a cara, pie con pie, mano con mano
y el dolor abandonado hasta el umbral de la muerte.
El brillo dura en la piel.
El corazón en la boca y el amor disloca la sangre en el vientre...
Si tú recitas conmigo los tiempos continuos del verbo volver,
serán para siempre.

Los Millonarios. 2015.

Mi grupo, ya preso del pánico a la incomprensión del público del Falla, aunque admitió la belleza de la forma y la profundidad lírica del mensaje, ni siquiera se planteó ensayarlo para el Concurso. Lo grabó —para que hubiese constancia documental— y lo olvidó. Afortunadamente, no lo olvidaron determinados comisionados de la Chusma Selecta, que lo convirtieron en pasodoble de culto, aunque nunca gozaron del privilegio de oírlo en directo.

Y ahora pregunto, ¿esto es desgaditanización del Concurso o más bien reduccionismo simplista acorde al alcance del nuevo público del Teatro, sea de Cádiz o de Miranda del Ebro?

En cualquier Carnaval latinoamericano, este texto podría haberse convertido en un himno. Pero ante un público como el que ya hacía años que llenaba el Falla podría haber supuesto un suicidio más bien.

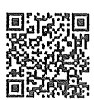
Al año siguiente, por seguir con casos personales que son de los que mejor puedo hablar, La Guayabera, probablemente la comparsa mejor ejecutada de cuantas he puesto en voz de mi último grupo, no pasó ni a la final (y su eliminación solo fue un escándalo para la misma Chusma Selecta que ya estaba a 100 kilómetros emocionales del Teatro). "Eso no es Carnaval: eso es un grupo cubano", vociferaba la Chusma Profunda, desde la absoluta seguridad de qué es y qué no es Carnaval. Evidentemente y con el tiempo, La Guayabera se ha convertido en una comparsa de culto para la Chusma Selecta, capaz de realizar trasvases continentales en clave de Carnaval, como hizo en su día con La Serenissima.

La soberanía del público, en definitiva, ha sido soterrada por los factores anteriormente señalados. La "desgaditanización del Concurso" como tal no existe. Me atrevo a decir que no es más que una pataleta de quienes no han sabido o podido adaptarse a las demandas del nuevo público.

Este hecho fue desgraciadamente confirmado por la estrategia de "regaditanización" impuesta (aún no sé si desde el Consistorio o el Patronato) para modificar el sistema de ventas de entradas de la última edición. No se les ocurrió otra brillante idea que "sorprender" al personal anunciando la venta física de entradas media hora antes de la apertura de las taquillas... ¡un lunes a las diez de la mañana! ¿Nadie recayó en el hecho de que los aficionados que trabajaban o estaban en la Universidad no tenían ninguna posibilidad de comprar entradas para el Concurso? ¿Para qué suerte de público potencial se dispuso la desafortunada estrategia? ¿Querían llenar el Concurso de gaditanos cabales o de ninis, que son los únicos "privilegiados" que un lunes a las diez de la mañana pueden ponerse en una cola, coño? ¿Qué repertorio escoges para ofrecérselo a un público con tal perfil? ¿Este pasodoble de La Gaditaníssima, por ejemplo?:

> Mientras nadan los Borbones en millones con turbantes
> que llegan desde un país criminal que mata a quien tenga delante,
> y se forran los fabricantes de la bomba nacional.
> Mientras masacran a aquel niño, mujer, viejo y pobre,
> con el negocio más cruel que han inventado los hombres.
> Mientras que meten presos a quien hace atentados
> otras bombas de Estado los liberan a ellos.

Mientras que la gente sabe que los jeques árabes
compran sus muertos a los miserables nuestros,
no le digan a un obrero que aspira a sobrevivir
currando en los astilleros que a cambio de su currelo
otro pueblo va a morir.
No le digan a un obrero que sus barcos puñeteros,
que son el pan de cada día, se pagan con bombardeos
o se cierra la Bahía.
Que si el obrero protesta, y en el Puente manifiesta su derecho laboral,
otra bomba policial lanzan contra gente nuestra.
Que a un obrero le quieran cargar su conciencia
por hacer un trabajo que le sirve a una empresa
pa enriquecerse con otro negocio mortal...
¡Ustedes no tienen vergüenza!



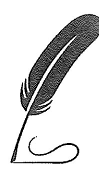
La Gaditaníssima. 2019.

En los años 70 u 80 sabemos seguro que este texto hubiese enfervorecido al Teatro. ¿"Desgaditanización del Concurso" o desmovilización social de la conciencia revolucionaria? El pasodoble en cuestión, en el que el grupo esta vez también confiaba, pasó sin pena ni gloria por el escenario.

Si no aceptamos que hemos caído en la trampa maldita de escribir y cantar pensando en un público como el que actualmente llena el Teatro, autores y grupos somos (seremos) también los responsables de hacer del Carnaval un producto de consumo y venta para mentes resignadas, conformistas, conservadoras, insensibles y apáticas.

Yo, personalmente, llegado a este punto de mi carrera no pienso seguir colaborando, aunque no encuentre grupo que me cante ni palco que me ovacione. Por decirlo con finura, me suda los huevos. No estoy dispuesto a prostituir mis sensibilidades al servicio de un Concurso vulgar y simplista. Además, no quiero participar conscientemente de alguna manera en la traición a la Chusma Selecta, que siempre tendrá para mí la llave del prestigio de nuestro Concurso. Y si este Concurso pierde prestigio en términos artísticos y sociales, se lo dejo a quien lo quiera. A mí ya no me interesa. ¿Más claro? Agua y en botella.





EL MUSEO INTERMINABLE

Los gaditanos tenemos una colección de bellezas tales dentro de nuestro Carnaval que ya no sabemos ni qué hacer con ellas. Hace sobre veinte años que se creó la Gerencia (o no sé si la Fundación, o el Comité, o el Patronato, o la Asamblea, o el Foro, o la Plataforma o el *Suputamadre*) para la constitución del futuro Museo del Carnaval. Qué emocionante.

Desde entonces hasta hoy lo único que se ha mantenido ha sido lo de "futuro". El resto de lo que hubo y hay es un triste cachondeo con nosotros mismos, para variar.

Recuerdo con dolor y frustración una correcta visita de la actual vicepresidenta del Gobierno, Carmen Calvo, entonces Consejera de Gobernación de la Junta de Andalucía, quien pareció mostrarse muy interesada en el proyecto durante los escasos diez minutos que duró la entrevista. Estábamos José Antonio Valdivia, Martínez Ares y yo, como representantes de la AAC. Apenas hablamos. Ella soltó su discurso y nos despidió de súbito con un distante apretón de manos (ni siquiera nos dio un institucional besito). "O sea, un carajo *pa* nosotros", deduje con el habitual pesimismo antropológico que me provocan las recepciones oficiales con los políticos.

Aunque el proyecto era romántico y orgulloso para nuestro Carnaval, las posibilidades efectivas para su materialización las veía ya más lejanas que la participación del Cádiz en el Mundialito de Clubes.

Por otra parte, nunca tuve claro si nuestro Carnaval era realmente carne de museo al modo tradicional, tipo Guggenheim o El Louvre, o si más bien exigía un carácter itinerante, audiovisual, callejero... o sencillamente no era carne de museo, al menos desde mi óptica de nuestro Carnaval. Así lo expresé ese mismo año en un irónico cuplé:

> Para el museo del Carnaval se pensó, primero,
> que cada autor aportara su símbolo más puntero.
> Y me pidieron colaborar y dije: "Por supuesto,
> poned mueble sin cajones que los cajones yo los empresto".
> Antonio Martín llevo su titiritero y un par de paquetes de contrabando.
> El Gordo llevó los videos del carajazo de cuando el coro salió rodando.
> Y el Lama llevó el muñeco que trajo el año *pasao*
> pero le dijeron: "Lama tu no vayas a ser *pringao*,
> que eso lo puedes poner en el museo Guggenheim de Bilbao".
>
> *Come on baby, come on baby,*
> sexo, droga y rock&roll.
> No hagas la guerra y haz el amor.
> Y la hierba, y la hierba,
> no la pises, fúmala.
> Y menos trabajo y más Carnaval,
> y menos trabajo y más Carnaval.



Los Yesterday. 1999.

Once años después, y asistiendo al monumental estancamiento del Museo, motivado principalmente por los vaivenes políticos, replanteé la cuestión con idéntico escepticismo, aunque de modo un tanto más lírico:

> Hace ya tiempo que se viene barajando la manera
> de encerrar el Carnaval en un museo de Carnaval,
> como si el Carnaval fuese un hombre de cera,

o la obra de arte de un genio cualquiera
que, jornada a jornada,
se abre, se cobra la entrada y se vuelve a cerrar.
Y en qué vitrina o qué rincón
van a poner el alma de un comparsista,
y cómo encontrarán muros que resistan
el peso y los latidos del corazón
del pueblo que lo canta.
De qué color pintarán las paredes del duende de Paco y Martín.
Quién va a saber traducir nuestras viejas leyendas.
Qué mostrador grabará los nudillos y las huellas del traratachín.
Y cómo van a pedirle a las musas que vengan.
En qué techo colgarán las noches
donde nuestras voces pierden el *sentío*.
Qué ventanas dejarán abiertas
para ver si entran los escalofríos.
Es mejor que ningún escondite, que el que nos visite
se salga a la calle, y en un cortito paseo
verá un museo de carnavales.
Y si tiene ganitas de más que entre en este Teatro,
que se quede un rato...
que se quede un rato y a ver cómo sale.

LAS NOCHES DE BOHEMIA. 2010.

Fue uno de esos tantos pasodobles que se guardó para la final, y el día de la final no se pudo cantar porque nos coincidió con un contrato en Manchester. Suele ocurrirme cada vez que doy por hecha la final olvidándome del perfil de los miembros del jurado.

A día de hoy, sé que existe un proyecto de Museo del Carnaval más definido y con sede física. Pero mi modo de entender nuestro Carnaval sigue siendo el mismo. Por tanto, mantengo mi escepticismo ante la necesidad y el sentido del Museo, y más aún en los términos en los que veo que se está fraguando. Por eso dispongo un proyecto alternativo de Museo del Carnaval, crítico con el actual, más acorde con su propia naturaleza poética y, en todo caso, procurando condensar los grados de abstracción romántica

que presiden mi perspectiva. Y a quien no le guste, que se vaya al que hay (cuando esté acabado allá por 2098).

Un serio cachondeo con nosotros mismos

Ya he hablado en anteriores ensayos de ese rasgo de la controvertida personalidad gaditana colectiva, ese de la inmensa capacidad para reírnos de nosotros mismos (pero que no venga nadie de fuera a imitarlo porque sale muy escaldado). Este aparente cachondeo autocrítico es muy serio, más serio quizá de lo que nosotros somos capaces de ver.

Es cierto que los gaditanos, en ese campo concreto, se dividen en dos: los autocríticos y los chovinistas. Podría parecer que los chovinistas sienten un amor más pasional, incondicional y desmedido por Cádiz (con todos sus vértices incluidos). Pero en modo alguno es así. En la autocrítica hay el mismo amor o más, ya que la crítica propia da fe de la conciencia y la necesidad de mejora. La autocrítica no es autodestructiva, como puedan malinterpretar las mentes estrechas, sino todo lo contrario: es la exigencia de una autosuperación en determinadas materias que tenemos descuidadas y que soportamos con resignación, como la apatía, el conformismo ante la injusticia y la alarmante falta de coraje civil para acabar con ellas. Es el deseo incontenible de hacer un Cádiz mejor y más grande, especialmente para nosotros. Y ese deseo es erótico, pues solo es posible manifestarlo desde el amor más profundo a la tierra.

Por ejemplo, uno como yo, que soy de los que milita en esta versión autocrítica del gaditanismo, dedicó este pasodoble a su ciudad:

> Cádiz, Tacita de Plata, la isla encerrada entre el viento y el mar.
> La de las calles estrechas, la de la Alameda pintada de azul.
> Cádiz, la de las barquillas que inundan la orilla de todas de sus playas,
> la de La Caleta, la de las caballas de sangre y de sal.
> La de la Catedral, convertida en la Plaza.
> La de la Libertad, convertida en Las Flores.
> La de tanto dolor convertido en la gracia.
> La del tiempo que pasa y que deja pasar...

La que se pone a cantar para olvidar por carnavales.
La que con la bajamar hace un altar como le sale.
La que abre el Puente Canal, para que salgan *to* sus males.
Cádiz la novia del cante, la amante del Sur. La del poniente.
La de en la calle, la gente sencilla pero importante.
La pobre, pero elegante.
Ciudad de nuestra salud.
Cádiz, Tacita de Plata, más de Plata que Tacita,
la que siempre resucita por más veces que se muera.
La del árbol milenario, la del barco de La Habana.
La que por cada mañana hace el día a su manera.
Cádiz, la del horizonte con el Sol abandonado.
La del vino derramado en la tumba del dinero.
La de sirenas de Astilleros.
La del amor en cada barquito de vela.
La de torres centinelas hechas de piedras mayores
para que sus miradores pasen las noches en vela.
Cádiz, no hay más que decir.
No hay más ciudad en el mundo,
ni mundo más grande y con más alegría.
Que si volviera a nacer, volvería a vivir,
a morir y a perder en la tierra mía.



Los Millonarios. 2015.

El pasodoble en cuestión fue una de las elegías más celebradas de cuantas recuerdo a Cádiz. Enamoró a profundos, selectos, nativos y extranjeros de un modo que hasta a mí mismo me sorprendió. No voy a ocultar el profundo amor que siempre he sentido por el Cádiz físico y humano, único, insustituible, imprescindible para mi vida y mi obra, ambas absolutamente determinadas por haber nacido y vivido siempre en este rincón del paraíso terrenal.

Sin embargo, ese mismo año se quedó en el tintero otra "elegía" a Cádiz en términos menos amables, ya que la sacudía en un repaso histórico por su falta de coraje para dejar de ser la eterna capital del paro y frenar la

sangría de tópicos con la que se nos critica desde los cuatro puntos cardinales (empezando por el nuestro):

> Dicen que los del PP odian tanto a la gente de nuestra ciudad
> que mientras ellos gobiernen seremos los líderes del desempleo.
> Es más o menos lo mismo que cuando en la época de Zapatero
> la Tabacalera y los dos astilleros se hundieron del *to*.
> Y lo mismo pasó con el otro gobierno:
> el cabrito de Aznar era antigaditano
> y aunque España iba bien, se le puso en los cuernos
> que la gente de Cádiz siguiera *pará*.
> Y con Felipe fue igual, líder mundial, reina del paro,
> reconversión industrial, crisis naval, nos engañaron,
> era otra conspiración, contra el honor del gaditano.
> Y hasta a Suárez al *finá*, que ese fue buen *chavá,*
> le preguntaban si se acordaba de Cádiz
> y el tío ni contestaba porque en verdad
> se acordaba y prefería callar.
> Yo con Franco no vivía, pero cuentan en los libros
> que ese tío era un peligro y además era tan sieso
> que prohibió los carnavales y el negocio de la droga
> y cortó de todas-todas nuestras dos fuentes de ingresos.
> Y por más cosas que leo, más creo en la teoría
> de que nos tienen manía y una envidia que te mueres...
> *Po* el mundo entero que se entere...
> Que aunque se unan *contra nuestra* las galaxias,
> rebosamos una gracia y un compás que es del carajo,
> y si aquí nunca hay trabajo es por las conspiraciones.
> Y nadie nos va quitar
> de ir el domingo al Carranza, cantar por tanguillo y sacar procesiones,
> que estamos muy orgullosos de ser gaditanos
> y aquí hay que mamar... con dos cojones.

LOS MILLONARIOS (INÉDITO). 2015.

Observando el grupo la alta dosis de serio cachondeo autocrítico, aun dentro del acuerdo, prefirió cantar el pasodoble anterior a este, dado su

carácter de caballo ganador, evitando así las posibles "molestias" que este texto pudiera causar a tanto chovinista que no soporta la evidencia de la referida ironía.

Mas cuando hablo de "un serio cachondeo con nosotros mismos" me refiero justamente a esto y no a otra cosa. De textos como el de la primera elegía está nuestro Carnaval repleto. Y que no falten. Aunque sí faltan textos como el segundo. El carácter reivindicativo de nuestro Carnaval no concuerda con la falta de autocríticas necesarias como para llenar una enciclopedia que desbloqueara la moral gaditana de paños calientes que, a veces, son usados para paliar esa carencia congénita, difícilmente superable, pero contra la que hay que luchar. Tanto como se habla de que una de las funciones del Carnaval es remover conciencias, la conciencia de nuestro lado más pobre es la primera que hay que revitalizar, y jamás entender que, cuando se hace, se hace con pretensiones derrotistas (porque nunca es así, máxime si está hecha por consumados amantes de Cádiz y de su Carnaval).

Y pregunto ahora: ¿en qué vitrina del Museo colocarías esta enciclopedia? ¿En una bajo llave abierta por la pieza más punzante? ¿En una pantalla virtual en la que fueran pasando los textos y sonaran cantados a la vez? ¿Podría jugar en nuestra contra de cara al visitante? ¿Estarían de acuerdo los responsables del Museo en exhibir estas "miserias"?

Yo no sé tú. Yo la repartiría gratuitamente con la entrada. Entiendo que nos daría más valor, en el sentido en que mostraría ese sentido autocrítico que todo pueblo necesita para superarse y redimirse. Eso nos distinguiría del resto. El resto de los textos nos igualan.

Cuidado con la calle

Si alguien osa negarme que el museo natural de cualquier Carnaval del mundo es la calle (o el Teatro, Auditorio, Sambódromo, etc...) donde se celebra, lo primero que estará afirmando es que no tiene ni diccionaria idea de qué es Carnaval.

El Carnaval en general es una apología del instinto humano cuyo escenario natural es la calle. No hay otro punto de encuentro y concentración de realidades carnavalescas más propio y humano. Creo que acerté a definirlo en aquella célebre cuarteta:

Me enamoré de una mujer que era tan pública y plebeya
que cada noche se peinaba con los rayos de la luna,
y entre lo oscuro de sus trenzas amarraba una a una
las más lejanas estrellas.

Y era tan bella, tan vulgar, tan asesina y tan caliente,
tan distinguida, tan urbana, tan delincuente y tan culpable,
tan prostituta como yo, tan cínica y tan miserable
que soportaba a la gente.

Tenía historias para regalar, las que no caben en cien libros.
Tenía la lluvia y la nevada como única agua de baño.
Tenía una edad tan consagrada que sus eternos cumpleaños
los celebraba por siglos.

Olía a sangre y libertad al levantarse de la siesta.
Sus huesos eran de alquitrán y sus pestañas de metales,
y era tan pura que al llegar la noche de los carnavales
se disfrazaba de fiesta.

Me enamoré hasta de las letras de su nombre.
Quizás usted ya sepa la mujer que digo.
Quien se la cruza no la deja en el olvido,
aunque haya sido de la mano de otro hombre.

Con ella tengo el mundo entero en un detalle.
Por ella, amor y todo lo he dejado.
Permitan que se la presente, y encantado:
¡la calle!



Los Millonarios. 2015.

Pero no tengo más remedio que alertar de "cuidado con la calle" porque la calle es la urbana selva de los peligros humanos, incluso en Carnaval, incluso en el de Cádiz, que ahora mismo es el que nos preocupa y nos ocupa.

Recuerdo la calle de mis primeros carnavales como grandes mascaradas. La del sábado noche, en concreto, era obligatoria. Con apenas trece años, toda la pandilla de amigos salíamos disfrazados, cada cual a su gusto y manera. Alguno —que siempre solía ser yo— además llevaba la guitarra y cantábamos nuestro repertorio particular de himnos de Paco Alba, Martín, Romero y Villegas. Era también un día especial para intentar aquel amor pendiente: "En Carnaval siempre me enamoro", llegué a escribir en uno de mis primeros versos adolescentes.

Al resto de la gente la veía igual de entregada a la mascarada causa común. La calle me resultaba una especie de museo viviente, entre disfraces originales, elegantes, grotescos y, por lo general, baratos y humildes de coste y confección. Cádiz no es Venecia ni su Carnaval va de lo mismo. Afortunadamente.

Con los años llegaron los alcoholes y otras sustancias psicotrópicas que aumentaban el gozo y las pupilas, la valentía y el deseo de transgresión. El Carnaval era para gamberros, concluía en mi ingenua pero atrevida mente.

Al finalizar mis estudios universitarios y regresar al Carnaval militante, confieso que perdí de vista el fenómeno de la mascarada, pues ya formaba parte de otra mascarada más oficial que cantaba desde las bateas y luego en los tablaos y esquinas. Mas ya mi atención se centraba, no en si la gente iba disfrazada y cómo, sino en la gran cantidad de borrachos de ocasión que ensuciaban la calle sin respeto ni al Carnaval ni a la propia calle. Las aglomeraciones, los tapones, los orines, el ruido ensordecedor, el descontrol generalizado, el agobio, las peleas... confluyeron en el deseo de abandonar las calles de la ciudad en virtud de las actuaciones más allá del Puente Carranza, con las que poder ganar algunos duros antiguos mientras amortizábamos el sentido de nuestra chirigota más allá de la calle imposible, intransitable, aterrorizante.

Volvíamos a ella otros días a otras horas de mayor intimidad ciudadana, para seguir disfrutando de la que siempre contemplé como la primera de las delicias carnavalescas: cantarle a la gente en las esquinas y escalinatas. Con los años, abandoné el rol de cantante y me quedé solo con el de autor. Y desde entonces hasta hoy me olvidé por completo de la calle, por los motivos recién citados más otros nuevos, como el de la insufrible moda del puto selfi con todo ser humano que me reconocía. Hasta ahí llegamos. La calle ya para quien la quiera. La que a mí me enamoró ya no la volveré a disfrutar, tanto por lo que queda como por la puta fama que nunca busqué pero me encontró.

No obstante, aunque ya no pise la calle, siempre he estado atento a lo que hay en ella. Entre lo que iba viendo en televisión, leía en la prensa y me contaban los colegas, no me perdía nada. Quizá por eso me vengué —porque fue una venganza en toda regla— con el célebre pasodoble en el que pretendí intimidar a quienes quisieran seguir viniendo en carnavales a prostituir y manchar mi suprema calle:

> Igual que en una mezquita al llegar te descalzas si quieres entrar,
> todas las calles de Cádiz también son el templo de una religión
> que da a la vida sentido. Por eso te digo si vienes de fuera
> o si eres de aquí, pero aún no te enteras qué es el Carnaval:
> no es una fiesta más, ni una feria de tantas;
> es un modo de estar de la gente de Cádiz,
> que hace de su cantar, su semana más santa,
> su semana de gloria, de olvido y pasión.
> Y como tal religión, tiene oración, culto y profetas,
> canto, castigo y perdón, resurrección, música y letra.
> Y como tal religión, mi religión, tú la respetas.
> Así que si andas pensando en venirte *pacá*, ven *confesao*,
> con un disfraz y, en la cara, dos coloretes *pintaos*,
> el uniforme *sagrao* en noches de Carnaval.
> Y cuando por las esquinas aparezca un pasacalle,
> grita para que se calle hasta el Dios de los Plumeros.
> Bebe el vino a trago corto y salte de la casapuerta,
> *pa* que el vino se convierta en sangre del chirigotero.
> Y a los hombres que te canten, bríndales tu reverencia,

que el que te canta, te reza a golpe de bombo y garganta.
Que estás pisando Tierra Santa
desde La Viña hasta Cruz Verde y Callejones.
Y al que te venda condones, con martillos y antifaces
no lo *via* dejar que pase de Cortadura a Puntales.
Esto es una religión,
pal que no tiene más Dios que la voz de su pueblo tal como le sale.
Si no te gusta, lo siento, pero no consiento hacer un botellón
de mis carnavales.

LOS MILLONARIOS. 2015.

No sé si conseguí algo a nivel de conciencia colectiva, pero me da que no mucho, pues quien ha querido y quiere seguir viniendo para hacer lo contrario de lo que dicta este capítulo del Evangelio según San Yo, lo hace y punto.

Si en la calle, como parece, hay menos gente, no es por ausencia de estos botelloneros tóxicos para el Carnaval de Cádiz sino, según fidedignos indicios, por crisis de aficionados, que no ven en la calle más de cuatro chirigotas ilegales realmente antológicas, sublimes —siempre la de Paquito Gómez y tres más—, y un sinfín de réplicas que no tienen nada que envidiarle a las del Falla, en una torpe y libre continuación de las preliminares.

El hecho de huir del Falla en dirección a lo "ilegal", como artista o espectador, no garantiza de por sí un mejor hacer. Insisto. Un mejor hacer en la calle es relativamente fácil cuando el hacer del Concurso no engancha a la gente, que sale desesperada a buscar en la calle las antípodas del Falla. La calle, *a priori*, puede ser una autovía hacia la risa sin apenas curvas, dado que el nivel de exigencia del público es menor desde el momento en que no ha pagado una entrada y da por bueno lo que se le echa. Y si es malo, con pasar al lado mirando al frente buscando a otra, basta. Mas si esto se repite ya no basta. Y esto, según cuentan, se repite.

Durante aquellos años de universitario en los que renuncio al Carnaval militante, mi mayor y casi única devoción en la semana grande era buscar a la entonces llamada chirigota de Paquito Leal (que en realidad era la del

Gómez y Emilio Rosado, los grandes artífices de la revolución chirigotera de los 80, quienes abandonaron el Concurso por lo mismo que yo, pero mucho antes). Mi botella de manzanilla y mi novia eran pandilla suficiente para pasarme todo el Carnaval detrás de ellos, escuchando repetido su repertorio hasta la saciedad, con el que a cada escucha más reía. Sin lugar a dudas, aquellas experiencias son las que terminaron de iluminar mi auténtica vocación carnavalesca: la de chirigotero libre, desinhibido, crítico, fino, inteligente y original. Afortunadamente, aquella leyenda tiene una versión actual, superviviente, que igualmente engancha a los desheredados (incluso a algunos náufragos que ven en ella algo distinto y superior), seducidos por el inigualable talento crítico del Gómez Junior, el cual resucitó en mí la vocación y el instinto suficiente para hacer al Chele Vara y, a su vez, dedicarle con mi comparsa esta sentida pieza del popurrí:

Mánchame mis manos con las tuyas,
con tu caradura y tu canción,
que las mías todavía no son
tan carnavaleramente puras.
Y tomarme el mundo a cachondeo,
gaditana chirigota ilegal,
para hacer tu mismo Carnaval
y acabar con tanto postureo.
Vamos a quemar a Momo en la misma hoguera.
Que la culpa fue mía, perdona, un mal día lo tiene cualquiera.
Que te estoy viendo más libre, canalla y valiente
y estás pisando la calle por día más fuerte.
Oh, Carnaval ilegal, mánchame con tus sudores
porque va a hacernos falta, que suenan tambores.
Mánchame con tus manos (mánchame),
tus manos tan callejeras (mánchame).
Que en vez de carnavaleros (mánchame)
parecemos plañideras,
cantándote solo por fama y dinero (mánchame),
vestidas con lentejuela (mánchame)
mientras espera mi pueblo.
Y de tanto que espera, desespera...



LA GADITANÍSSIMA. 2019.

Esta cuarteta, evidentemente, no iba por todas las ilegales que se presentan al “concurso” de la calle, sino por la concretamente citada y algunas —muy pocas más— que, sin tanto talento, también muestran indicios claros de un espíritu transgresor, mucho más propio del Carnaval de Cádiz que el 98 por ciento de lo que se presenta en el Falla. Es lo que los supervivientes desesperadamente anhelamos y seguimos buscando, en el inagotable deseo de reivindicar orgullosos nuestra proclama de “esto es Cádiz” (y no tanto lo otro).

Quizá el hecho de no tener un reconocimiento tan oficial y generalizado por el gran público, hace de estas ilegales una fauna más encantadora, que enriquece el Carnaval de la Calle de tal manera que, a su lado, las actuales Batallas de Coplas solo delatan la pobreza paisajística del Concurso, por más punteo y octavillas que pretendan altisonar en los alrededores del Mercado y otros templos menores para devotos más selectos. Tal vez esto haga de ellos la pintoresca distintiva de nuestros actuales carnavales, pues se alejan del protagonismo mediático de quienes han invadido el Concurso con una laguna estancada en la aburrida mímesis carnavalesca.

Pero insisto, a las ilegales también están llegando notables legiones de grupos atraídos por otro tipo de efecto llamada, instalados en una confusión muy generalizada de creer que en la calle vale todo lo que no vale en el Falla. Bastante teníamos con la falta de respeto al Falla para trasladarlo también a la calle. Recuerden que la mayoría de los aficionados que van a la calle no lo hacen por su gratuidad, sino por la necesidad de rescatar ese espíritu auténticamente gaditano de la transgresión chirigotera, casi inaudita ya en el Falla (donde además parece que hemos querido que no pegue), y para eso cualquier ilegal no vale. Si en el Falla hace falta talento, en la calle más. Un respeto, que el Falla es del Patronato, pero la calle es del pueblo. Si no tienes talento para la calle, siempre te quedará el Concurso.

Por último, la incómoda pregunta del millón: ¿en qué lugar del Museo y cómo pondríamos este orfebre chirigotero, de más quilates sin duda que el que se presenta en el Falla, en el Liceo o en Las Navas de Tolosa? ¿No se cuenta con él acaso? Si no está, yo ni entraría. Sería una estafa proyectar un Museo sin las mejores obras del Carnaval ilegal, llamado irónicamente así por representar la alternativa carnavalesca a la podredumbre del Concurso.

No solo no entraría, sino que no invitaría a nadie a que fuera. Aunque visto quién va al Falla, lo mismo el ilegal sobra en el Museo y es un éxito... como el Falla sigue siendo un éxito para la gente que le gusta el Carnaval (o que no le gusta: no lo tengo muy claro).

La calle es una colección de bellezas vivas. Esas son muy difíciles de encerrar en un Museo. No veo en los gestores del proyecto sabiduría como para hacerlo. Pero el Falla aglutina otro tipo de colección, que quizá sí sea museable.

Colección de bellezas muertas

Los carnavales del mundo combinan la dinámica con la estática según sitúen el centro de gravedad en el contenido o en la forma. No hace falta una tesis para admitir el hecho de que los carnavales de Cádiz son los más dinámicos del mundo, ya que aquí empezamos la casa por el tejado (que en este caso constituye su auténtico cimiento). Primero pensamos qué queremos decir y luego de qué nos disfrazamos (aunque haya quienes lo hagan al revés, que últimamente cada vez son más).

Empezamos en Venecia, pues resulta de un desgarrador romanticismo la historia de una mujer que visita sola la ciudad sin más cicerone que un típico gondolero. Finalmente cambian las tornas y es el gondolero quien se enamora perdidamente de ella, empezando en un ejercicio de seducción cuasi profesional y terminando en un mítico y desgarrador sinvivir. Cantar en "italiano" y vestidos de gondoleros resultó poco atractivo en un principio para los miembros de la comparsa, quienes temían su incomprensión ante tan renovadora estampa de las formas tradicionales de la comparsa que se aplaudía y se premiaba entonces en el Falla:

> Oh, donna mía veneziana,
> máschara bianca di mío cuore
> di mía orbe e mía razza.
> Oh mía góndola finale,
> apre tu ánima al cantare
> di mía serena comparsa.

Serenissima.
Interminabile signora,
si cada giorno é un lamento
e ve che se sfugare il tempo
e ve la crisi agravare,
il día no tiene finale...
La vita é un aburrimento.
Donna, donna, la felicitá,
chiama a la porta di tua casa.
E mía comparsa...
E un regalo di carnevale.
Mascherato di nostra locura.
Una pompa di allegro cantare.
Una magia che il male te cura.
Un tesoro che cada febbrario
disparata il mío sentimento.
Un tesoro che arriva di Cádiz,
della misma Tacitta di Argento.
Ponte la máschara bianca
e sube a la góndola,
viaggia per tutti canali
di nostra citá milenaria,
anti di che algún día
si hunda en el mare
iguale che tutto se hunde en la morte,
e che la vita te importe
con salute, amore e libertá...
Donna, donna...



LA SERENÍSSIMA. 2012.

La Chusma Profunda presionó cuanto pudo —ayudada en aquella ocasión por ciertos sectores de la prensa— para que esta apuesta fuese directamente revolucionaria en las aristas fundamentales de su contenido idiomático. Y sin ser aquel jurado demasiado mendrugo, no fue capaz de darle el primer premio. Sin mucha lógica le dio el segundo. Con mucha lógica solo había dos posibilidades: descalificarla o darle el primer premio.

Fue quizá la obra que más disfruté componiendo, pues la elaboré al modo de una pieza de artesanía, distinta y original. Dentro de lo profundo y lírico del mensaje, hasta el simple disfraz de gondolero enamoraba al público tal como se abrían las cortinas. Y la disfruté porque la viví como una de las más genuinamente carnavalescas de cuantas compuse. Jamás me dolió en sí la corriente en contra, sino el hecho de que esa corriente procediera del público más estrecho y de menor talla de cuantos circundan el Concurso. Este público supone un histórico obstáculo, no ya para que el Carnaval de Cádiz abra sus miras y progrese a partir de la tradición, sino para que no se estanque en la repetición de formas caducas y agotadas.

Debería formar parte importante de alguna bisagra del Museo una pieza que asombró por su romanticismo literario y musical, pero quizá la organización del Museo, desde la oficialidad, prefiera dar otra suerte de testimonio a una comparsa de la que tantos intentaron olvidarse sin conseguirlo. Delató y dividió de modo amargo y escandaloso (por lo escandaloso de los argumentos) a la Chusma Profunda de la Selecta, en un momento en el que esta ya había perdido por completo su peso y su presencia en el Teatro.

Algún artesano, del que obviaré su nombre, me negó la conveniencia de incluirla en una exposición de disfraces, alegando que un gondolero tampoco sería algo que fuera a llamar la atención del visitante. Luego, aquella exposición con disfraces "tipos" más espectaculares tampoco la llamó. Es más, mucha gente me preguntó por qué no habían puesto el tipo de La Serenissima, habiendo sido la agrupación del año. Yo me limité a afirmar que era lógico, "ya que un gondolero tampoco es algo que vaya a llamar la atención del visitante". "Depende del visitante", me comentó el audaz conversador, como dejándome caer que, en su visita, el interesado prefiere un icono lleno de Carnaval que un ripio vacío que puede encontrar en cualquier tienda de disfraces del mundo.

Sonreí de tristeza y di media vuelta. De pronto se me vino a la mente nuestra Magna Cabalgata, ese desfile vacío de sentido que rellena la avenida principal de la ciudad y en la que, si te fijas, no sabes si te encuentras en Cuenca o en Jaca. En todo caso, es difícil identificar ese mamarracho ambulante con algún vector del Carnaval de Cádiz. Miras los desorientados rostros de los que ocupan las primeras filas y notas con horror que no saben

qué han venido a ver y que, por tanto, dan por bueno lo que están viendo (aunque no les esté entusiasmando).

Esa Magna Cabalgata, que no debiera ser otra que el desfile de las agrupaciones presentes —al menos, clasificadas— en el Concurso, nadie acierta nunca a explicar por qué no se hace y por qué se sustituye lo que a todas luces sería lo más representativo por algo que no representa ni a Cádiz ni a su fiesta.

Suponemos (o algo más) que es por dinero, como siempre, como todo. En Sevilla o en Málaga no ocurriría. El museo itinerante de una Magna Cabalgata con sus agrupaciones desfilando por las calles de la ciudad no termina de llevarse a cabo —para desgracia del Carnaval del Cádiz— porque las agrupaciones premiadas suelen tener actuaciones en otros puntos de Andalucía, y el Ayuntamiento no hace un mínimo y lógico derroche para preservar uno de los grandes atractivos de la fiesta en la propia ciudad. Consiente que se vayan y a cambio sustituye el sentido lógico de la Cabalgata por un despropósito ambulante que podría valer para cualquier pueblo de Extremadura o Alicante. A saber cuánto cuesta esto. Y luego buscan sede para un Museo del Carnaval. "¡Esto es la hostia!" es quizá lo único sensato que podamos decir al respecto.

En definitiva, la estética de la estática no es lo que distingue al Carnaval de Cádiz. Insisto. Cádiz no es Venecia. Afortunadamente. La estética de Cádiz es dinámica, tanto por el carácter histórico de sus repertorios como por las continuas recontextualizaciones espacio-temporales que suelen darse en los tipos.

Tan claro lo vi siempre, que nunca fue de mi agrado la caracterización de "coplero" para el trovador de nuestra tierra. Así, el propio término "trovador" va mucho más allá, mantiene un recorrido más largo y más dinámico en coherencia con la actitud nómada de nuestras agrupaciones, de su fugacidad pero, a su vez, de permanencia a través de los siglos.

Encerrar y reducir la canción de Carnaval en la copla, no solo la devuelve a un folklore castizo alejado de la idiosincrasia moderna y renovadora de nuestro Carnaval. Un coplero es un hombre que canta coplas. Y ni siquiera

la composición literaria de la copla se corresponde con lo que nosotros cantamos. Sin embargo, el concepto de trovador sí engloba mucho mejor el carácter y la intención carnavalesca tanto de autores como de grupos. También muchos chirigoteros asumieron la defensa del 3x4 confundiéndolo técnicamente con la del 4x4, que es lo que ellos hacían. Y ahí vamos a dejarlo, que no pretendemos inventar el Carnaval de Cádiz, pero por supuesto sí venimos a ofrecerle una dirección mejor que la que lleva.

No sé si han sido suficientes y necesarios los argumentos presentados en contra del Museo del Carnaval, al menos como está proyectado (que, entre otras cosas, resulta muy indefinido y pobretón en relación a su alta definición, originalidad y riqueza). Así que si nuestros responsables municipales deciden seguir con el desafortunado proyecto que llevan entre manos —y quieren buscarle un recinto físico por narices—, trabajen para que otra administración ceda, y exploten las magníficas instalaciones inútiles y semiarruinadas que flotan por la ciudad. No se nos vaya a terminar convirtiendo el Museo del Carnaval en otra Magna Cabalgata, que es a lo mucho que aspira por donde va.

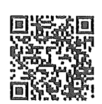
Patrimonio Inmaterial de la Humanidad

Se detiene el mundo y se para el tiempo.
Se subasta cada musa como esclava.
Los platillos aprietan sus dos labios ardiendo.
Mientras que sale el fuego por los pitos de caña.
Y los mástiles aguardan en eterno silencio
que le llegue su momento a la guitarra.
¡...Y no es Patrimonio de la Humanidad!

Y los hombres se van... y las mujeres también.
Y a los niños los vela un pasodoble de amor
que nadie sabe muy bien quién inventó...
(el pasodoble en cuestión... y el amor también...).

La ciudad se divide entre artistas y canallas,
según se cuide la canción u otros detalles.

El artista se muere por ganar en el Falla.
Por su parte el canalla canta por carnavales
preso de libertades de su propia batalla,
regalando la palabra por la calle.
¡...Y no es Patrimonio de la Humanidad!



LA GADITANÍSSIMA. 2019.

Probablemente se trate del principio de popurrí más emotivo y definitivo de mi particular visión del Carnaval de Cádiz. "¡...Y no es Patrimonio de la Humanidad!" no es una pregunta; es mucho antes una reivindicación en contra de algunas voces que defienden que lo sea.

El argumento es sencillo. Entiendo por Patrimonio de la Humanidad una maravilla al alcance de todas las sensibilidades. Y el Carnaval de Cádiz —afortunadamente— no cumple ese requisito. Hay suficientes sensibilidades universales como para conceder este rango a la pizza napolitana, pero no tantas como para disfrutar de las emociones descritas en el texto. Ni siquiera muchos gaditanos las valoran. Es más: las desprecian y desconsideran desde la ignorancia y la incomprensión, así como desde un prejuicio cultural, social, económico y artístico del que me avergüenzo como paisano suyo. Son las mismas personas que por lo general se derriten ante otras "excelencias" de la humanidad más lejanas, estereotipadas, aprendidas y ajenas, ante las que se "rinden" porque así se lo enseñaron. Rendición irreflexiva. Lógica. Pero algo triste.

Sigue habiendo muchos gaditanos que te miran por encima del hombro por el simple hecho de que te dediques al Carnaval, cuando ellos no valen ni para estar escondidos. En cambio, al contrario no pasa. Y esto dice mucho más a favor de nosotros que de ellos. Este es uno de mis orgullos de ser carnavalero y de autorebautizarme (autorebautizarnos) como Chusma Selecta (al margen de la subdivisión que, dentro del Concurso, haga con la Profunda).

El Carnaval de Cádiz no es una comida ni un monumento. Es un modo de vida, un valor en forma de música, poesía, humor y amor a la tierra, a la pequeña patria común. La humanidad en su conjunto no llega hasta ahí.

Entiendan por ello tanto lo de Selecta como lo de Chusma, término con el que históricamente nos calificaron las élites del no se qué. Las que se quedan dormidas en la ópera y leen el primer *best seller* que le plantan en el escaparate de una librería de moda. Las que viajan por el mundo sin conocer siquiera el mundo que empieza y acaba a su lado.

Lo siento por ellos, por lo que se pierden. Pero la humanidad así concebida no merece que el Carnaval de Cádiz sea patrimonio inmaterial de ella, sino solo de quienes tenemos sensibilidad suficiente como para valorarlo, sentirlo y venerarlo en todas y cada una de sus justas medidas. El resto que se conforme con lo que tiene, que tiene bastante donde escoger.

Es más, si Patrimonio en esos términos fuera, se adulteraría como la pizza napolitana. Y en todo caso, ¿es necesario o conveniente que lo sea? La respuesta se me antoja rotundamente negativa. El flamenco ya lo es y eso no evita que se siga muriendo a chorros y que, cada vez más, el vulgo entienda por flamenco lo que no es:

> Por ti, Carnaval, mi locura perdida,
> mi forma de amar, de cantarte a diario.
> Por la libertad que le has dado a mi vida.
> Mi Dios a medida, revolucionario.
> Por ti, Carnaval, que de orgullo me llenas.
> Orgullo de ser el cantor que las noches pasó dándole a la guitarra,
> de haber taladrado la piel de la hermosa mujer que las noches me vela,
> de verme tan lleno y feliz, que sin ella y sin ti esta vida se acaba.
> De cantar, orgullo de cantar,
> con mi comparsa las cosas que pasan a mi alrededor
> *pa* que el mundo se entere por la voz del pueblo, la voz de mi pueblo,
> que siempre estaremos los carnavaleros al pie del cañón,
> cantando con valentía, sabiendo que un día se escapa una bala.
> Y no volveré la cara mientras dure mi canción.
> Pero a veces de rabia grito: "Mi alma no da *pa* tanto".
> Tú no sabes del trabajito que a ratitos me está costando.
> Yo con esta cara de tonto *pa* despertar tu conciencia,
> y tú sigues sacando a hombros muñequitos de las iglesias.

Menos mal que, a todas horas, he sido el dueño del canto
que fue la banda sonora de esos amores que tanto
se cantaron para tí: *La soledad es testigo,*
Un amigo es un amigo y *Yo me enamoré de ti.*
Y aunque sé que otra canción da más fama y más dinero,
yo muero por mi condición, orgullo de carnavalero.
Es tan inmenso el orgullo y tanta mi condición,
que la calabaza de mi bastón ya la he convertido en un plumero.
Y el día que me falte este bendito estandarte,
ese día me muero.

Los Peregrinos. 2017.

Este pasodoble, que es bastante más que una declaración de intenciones, reúne en pocos versos el sentir metafísico de la condición de carnavalero militante. Si esto no puede ser sentido más que por quienes lo han vivido, es harto difícil que el resto del mundo sepa de lo que estamos hablando. Son esos pasodobles de consumo interno que solo enamoran a quienes los han vivenciado desde la óptica interna. Tanto es así que decidimos, tanto el grupo como yo, mantenerlo como pieza de consumo interno, para que no se perdiera y pudiera ser compartido en momentos puntuales por gente como nosotros.

Ya teníamos otra experiencia lírica y épica, aunque en su momento no alcanzó la talla y la significación que encerraba, con una letra que el gran público incorporó a través del tiempo como uno de sus himnos. El mérito fue también sin duda de la excelente versión que hizo mi último grupo:

Yo, los carnavales, los aprendí en la calle...
Bufones de barrios bajos y de costumbres obreras,
que suben siempre a su casa cantando por la escalera.
Raboneros en la escuela, sin futuro de estudiantes,
gente de pocas maneras y sin familia importante.
Se echan de novia a la primera que se les arrima,
presumen sin tener nada que pueda estar por encima.
Pobres payasos baratos que por un par de botellas,

creen que los mira la luna y que los ven las estrellas.
Y creen también que el Carnaval, ya, ya, los llevará al paraíso,
ignorando que ya por desgracia allí
entra quien aprenda a mentir aunque no tenga permiso...
Yo, pueden decir lo que me digan, pero esta es mi presentación:
un gaditano vacilón que se la da de artista.
El de los barrios bajos donde las costumbres tienen nombre.
Estudiante rabonero con apellido de obrero y comparsista.
Que besa a su novia primera igual que si a la luna fuera.
Y sin capricho ni perdón,
cantará hasta que el corazón le resista.
Yo, los carnavales, los aprendí en la calle...



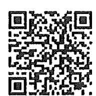
Los Comparsistas se la dan de Artistas. 2009.

Esta romántica forma de sentir la significación del comparsista como estilo de vida solo es posible comprenderla desde la vivencia y la emoción interna. Constituye en toda regla un modo de vivir y existir muy próximo a la bohemia congénita del flamenco puro, y no es susceptible de análisis ni comentario externo para quien no la ha vivido. No la puede compartir el resto de la humanidad para incluirla entre sus patrimonios inmateriales. Y me alegro de que así sea. El desencanto del mundo procede en parte del hecho de compartir lo común. El único encanto que le queda es precisamente ese de no poder compartir lo radicalmente diverso, lo cual implica su profanación. Esto debe formar parte de nuestro orgullo como mineros de las entrañas de la tierra gaditana.

Como habrán notado al cambiar de capítulo, en el presente ensayo se produce un punto de inflexión del amor al odio. No se trata de pretender dejar un mejor sabor de boca, sino simplemente de compartir con quien pueda el goce de las maravillas que sobreviven al margen del deterioro del Concurso protagonizado por la ineptitud del Patronato, la dejadez municipal y la irresponsabilidad histórica del jurado. Como con esto, por mucho que lo intenten, no pueden, la profunda metafísica del ser carnavalesco mantiene sus idiosincráticas prerrogativas para seguir aspirando al Olimpo de la magia que lo hizo siempre tan grande.

Por poner un ejemplo más personal, mi amada Luisa, mi trascendental esposa y compañera, es la mujer más hermosa del mundo, la que más me ayudó, la que devolvió un sentido a mi vida que ya no iba a tener. Reconozco que cuando le canto personalmente es difícil que el grupo se emocione con el texto, porque el amor en clave poética salpica aristas emocionales que solo pueden llegar a emocionar desde el amor correspondido por dos amantes ajenos al mundo exterior. Así, en las últimas ediciones conseguí colar algunos versos intimistas, pero admito que no fueron compartidos en su totalidad más que por Luisa y yo:

> No sé si de pronto le suena,
> si le digo que soy millonario
> pues me alimento a diario
> de todo lo que me llena.
> A su lado es tan pequeñita la pena
> porque con su infinita compañía
> el día entero es buenos días
> y cada noche es la mayor Nochebuena.
> Y los instantes se estrenan, el amor y la alegría
> suya y mía como vírgenes amantes.
> Y aunque el mundo que tiene delante
> sé que a usted ya no le importa,
> porque la distancia corta
> se le ha vuelto la importante,
> nuestros puntos cardinales,
> yo si algún día cambiara, sería con usted mulata
> para perderme en los carnavales
> de la Tacita de Plata.



La Guayabera. 2016.

Esta cuarteta, con más pena que gloria, al menos se cantó. Pero al año siguiente hubo un episodio mucho más frustrante para mí —y para ella—, cuando el grupo me pidió en su exigente "por favor" que cambiase la letra del vals que precedía al Credo, ya que según ellos no se entendía. Yo lo sentí de verás porque había sido un ejemplo de creación en acto, y puede

que constituya la cumbre del amor cantado, tanto en música y letra a una musa real estando ella presente (en mi obra personal, claro). De hecho, la letra postiza la olvidé tal como la entregué, y siempre he cantado personalmente la original:

Su belleza era tan pura que parecía una máscara.
Su perfil una escultura, su risa una canción.
Sus manos eran dos noches de las que nunca se acaban.
Sus pechos y sus caderas, las riberas de su corazón.

Su boca era la ciudad en estado de alarma.
Su paso el desfilar de una comparsa a la muerte.
Su lengua el diccionario de las prohibidas palabras.
Sus ojos eran el mundo abandonado a la suerte.
Su piel era la flor de la canela en la rama.
Su vientre un altar para trovar en privado.
Encerraba entre costillas misterios de su alma,
y en su espalda las lágrimas de amor del pasado.

Por más carnavales que anduve y mujeres que confundí
con el amor que no tuve, con una nube de mí,
nunca había visto una musa de piel, de carne y de hueso.
Como si fuera la luna debajo del universo.

A ustedes no les sonará su cara.
Si acaso yo se la presento:
no es la calle que en su día yo cantara.
Es la mujer, profunda y clara,
que andaba dentro.

LOS PEREGRINOS (INÉDITO). 2017.

Oye, querido lector, qué putada que tu propio grupo no te deje cantar eso antes del Credo, ¿no? Te reconozco que es de las veces en que me entran ganas de guardar la guitarra en la funda y no volver, sin nada que discutir ni que negociar, porque hay veces que no lo hay. Y esta era una.

También recuerdo con la desazón con la que vi que no admitieran el pasodoble de medida de Los Mafiosos, que narraba mi leve pero intenso noviazgo con Luisa en Zahara de los Atunes, y que entiendo que era la auténtica musa del pasodoble:

Yo sé que una noche de mayo,
si sigue borracha la luna,
puede caer sobre al mundo azul un rayo
que nos deje el corazón temblando a oscuras.
Y puede llegar la locura,
la muerte u otro desmayo.
Puede caernos la flecha
de ese ángel que atraviesa
el corazón y te invade,
con el riesgo de que acabe
esa noche en una iglesia.
El invierno ya se nos despedía
y la primavera en flor se acercaba,
porque tras nuestras paredes oían
la canción desesperada.
Y allí, la guitarra y el mar
nos daban su luna de miel.
Y la golondrina del pueblo
cantaba en su vuelo al amanecer:
"Yo te traería un diamante,
pero como soy tan pobre
solo con un pasodoble
tengo que enamorarte".
Que es lo mismo que besarte
y entre mis labios decirte
ese cariño imposible que solo puedo cantarte.
Yo sabía que la luna, yo sabía que la luna,
borracha de madrugada
traería la fortuna, traería la fortuna
más desnuda y deseada.
No hay amor que huya cuando es su destino.

Y si la luna sirve de testigo
es el único motivo
por el que el mundo entero se puede esperar,
y por el que renuncio a mi libertad:
para vivir una vida contigo.



LOS MAFIOSOS (INÉDITO). 2018.

Y ahí que lo conservo entre mis himnos particulares que apenas vieron la luz. De ese Carnaval, siempre he estado más enamorado que del que sale en el Falla, diseñado sin duda para un público más elemental, ese cuyo juicio favorito es "¡*po* yo es esto no lo entiendo!", y que cuanto más lo dice mayor jolgorio me causa.

Para completar la tetralogía erótica de mis últimos años, también intenté que el grupo se prendara por este pasodoble... pero tampoco. Ni caso:

Con dineros y saludes
nunca tuve suficiente.
Porque el dinero no compra el amor
ni salva del miedo a la muerte.
Hasta que en un golpe de suerte,
mi amor apareció.
Desde esa noche de abril
siempre conmigo lo llevo,
y junto a él descubrí
un cielo y un mundo nuevo.
Se parece a un amigo.
Se parece a un hermano.
Pero tiene en sus manos
el remedio continuo
para que las amarguras
y las desventuras parezcan mentira,
y se cierren las heridas.
Mas si un día se me olvida
cómo vencer al dolor
siempre encuentro la salida

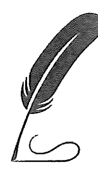
en dirección a la vida
de la mano de mi amor.
Y aunque el mundo se derrumba
y haya gente que se hunda
ay, por el maldito dinero,
a mí me sobra la luna,
una canción y un "te quiero".
Y aunque viva en el alambre
de los techos y de las hambres,
ya no cabe más en mí,
que se pone a sonreír
y el corazón me da calambre.
Y que sigan buscando los sabios doctores
una vida más larga y gobiernos mejores.
Que ya en la mía se hizo la revolución
con el amor de mis amores.



La Gaditaníssima (inédito). 2019.

¿Y quisiera yo que Luisa fuera Patrimonio Inmaterial de la Humanidad? Hay naturalezas que solo pueden ser patrimonio de sí mismas. El Carnaval de Cádiz es una de ellas.





ALGO SE MUERE EN EL ALMA

El alma es aquella parte del cuerpo que va muriendo sin necesidad de que el cuerpo muera de inmediato con ella. Por lo general, no muere después, sino antes. Duele. El alma duele más que el cuerpo, y en sus distintas muertes el ser humano no pierde miembros sino sentidos. O en singular. Sentido. Sobre todo cuando se teme que lo que muere ya no volverá a recuperarse. Un hermano. Un amigo. Un amor.

Se puede seguir viviendo, pero ya no es igual. En el Carnaval de Cádiz muchos nos hemos ido dejando una parte del alma que suponía el principio vital que lo animaba y que le daba una pureza tan desmedida.

Las nuevas modas, tendencias, formas y gestiones del Falla quitaron café a las clásicas. Los poetas no somos los mismos. No solemos sentarnos a escribir con la inmensa libertad con la que lo hacíamos hace décadas, pues más que escribir, sentíamos, soñábamos, nos íbamos enamorando de la canción a medida que la íbamos concibiendo y gestando, más allá de cómo fuera a ser acogida por el público.

Los grupos, dentro de su rivalidad histórica y natural —pues siempre todos quisimos ganar el Concurso— recibíamos los repertorios como la Biblia,

como un evangelio de redención que, independientemente de su calidad, nos iba a llevar en volandas al Olimpo de la pasión.

El público del Falla, antes que a un examen, iba a una fiesta de Carnaval con viandas, vino y hasta cocinas eléctricas. Los modernos tiempos pijos, en nombre de la cultura y la civilización, fueron marchitando aquellos encantos que jamás fueron superados por los que los sustituyeron. Hasta las mafias, los tongos, los descaros y los malos rollos mantenían un carácter natural, congénito, intrínseco, castizo, único.

No se trata tanto de reivindicar aquellos Fallas como lamentar los actuales, que no conservan ni uno solo de los vestigios que los hicieron tan puros y tan nuestros. Se sofisticaron las formas en perjuicio de los contenidos. Se fue organizando el Concurso sin rostro. Fueron aumentando las penas y las sanciones. Todo fue cobrando rigidez con la misma rapidez con la que se iba despersonalizando.

Al ser la mutación tan lenta no pudimos darnos cuenta en el acto de que aquello dejaba de ser lo que era en virtud de otra cosa que no fue lo que nos enamoró. Pero ahora mismo, quienes tuvimos la fortuna de vivir aquellos Fallas sabemos que no tienen nada que ver con los actuales. Mi hijo el mayor, con 13 años, se enamoró de los carnavales de antaño y jura que en estos nunca participará, que no le suscitan el menor interés, aunque le encanta lo que hace su padre, Martínez Ares, Selu y Paquito Gómez (para verlo por la tele). Y mi hijo no es al único al que le ocurre esto. Ni yo lo lamento, vaya.

Ya hace diez años de este alarmante pasodoble:

> Aunque no soy chirigotero porque no tengo esa gracia,
> y me gusta solamente el Carnaval en Carnaval,
> avisé a mis colegas y les dije "qué pasa,
> inventarse un *disfrá* y *vamo* a *hacé* una comparsa;
> que parece mentira cómo va de chunga la vida
> y la gente *callá*".
> Y como no se me va a mí
> la vida por un premio de ese jurado

que ni siquiera sabe lo que ha escuchado,
me pego el vacilón de poder decir cositas como esta:
"Vuestro concurso de letras
que alguno se empeña en llamar Carnaval,
se ha convertido en memoria anual de las penas;
tanto, que en los camerinos ya no huele a vino, ya huele a hospital,
y en vez de un escalofrío, provoca gangrena".
Tiene guasa que a esta comparsa
le exijan más gracia que a una chirigota,
y después te *fija* en los que *gana* y son
los que más dramas sueltan por la boca.
Mi parienta, que es muy sevillana,
de coña y con ganas, ayer me decía:
"Cómo no será la tumba si esta es la cuna de la alegría...".
Y este año el permiso del curro lo guardo *pa* ferias,
que yo, *pa* tragedias...
que yo, *pa* tragedias ya tengo la mía.



Las Noches de Bohemia. 2010.

Hace diez años. Pero sigue estando de rabiosa actualidad. Podemos seguir cantándolo como si se hubiera escrito este año. Y creo que valdrá para los próximos. Hay oscuras golondrinas que volverán. Pero otras se habrán ido quedando por el camino. Algo se muere en el alma...

Cuando un autor se va

Siempre hubo autores con deseo de irse, que de hecho se fueron, que volvieron, al año, a los cinco, a los trece, o que no volvieron. Y sin ellos el Carnaval siempre perdió porque aquí —aunque a algún grupo se le olvide— el Carnaval lo hacen los autores. Si ellos no están —o no están inspirados—, el Falla, la fiesta, se resiente. Y tanto.

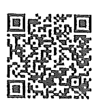
Personalmente, nunca me sentí un autor bien tratado en el Carnaval de Cádiz. Antes lo contrario. Ni por parte del público ni por las instituciones. La prensa hubo demasiados años en los que abiertamente fue a por mí.

Quizá ahora no. Pero no me quiero acordar de otros tiempos. Calentó al público contra mí. Fuera de Cádiz era un héroe. Dentro, un villano. Tuve motivos para poner una bomba en alguna redacción o en alguna emisora de radio. Siempre los traté lo mejor que pude. Al contrario no puedo decir lo mismo. Eso es de mal profesional y de peor persona. No les guardo rencor porque el rencoroso sufre. Pero el daño hecho a conciencia tampoco es fácil que lo perdone. Si me llevo bien ahora con todos es porque en paz se vive mejor. La serenidad y los años me lo enseñaron.

Concretamente, el año de Catastrophic Magic Band no pude más y decidí hacer mi Carnaval —no sin un inmenso dolor— fuera de Cádiz:

Perdona Cádiz, Taza de Plata del alma mía,
pero hoy mis versos, no los presento en nuestro Teatro.
Es un mal rato, pero ya el trato que recibía
no merecía otro camino que el que he tomado.
Perdona Cádiz, por no ser el típico y buen gaditano que prefieres tú,
pero más allá de Puertatierra queda mucha tierra y mucha juventud.
Por la cuenta que te trae, atenta, que yo te digo con el corazón,
que no soy ni el primero ni el último que pide asilo en otro rincón.
Una cosa es que defiendas la esencia y el don de la antigua comparsa
y otra muy distinta es que le escupas al que no te ría la gracia.
Si así te fuera bien, otro gallo cantaría,
pero resulta que... Mira...
Con cuatro viejos trapos y una caravana,
carretera y manta, y otra Gaditana, otra que se va...
Y quien sabrá si algún día allá donde partía otra vez volverá...
Cádiz de mi corazón,
por mucho que yo lamente el estar tan lejos de ti,
y por más rabia que me da cantar sin tus alrededores,
cuando las cañas se nos vuelven lanzas, como entre nosotros,
el amor propio es el que vale más de todos los amores.
No es traición ni chulería,
es que no podía, maldita mi suerte,
darte más la vida a cambio de la muerte que un
año tras otro tu me estabas dando.

Y el Falla *pa* quien lo quiera,
que todavía tengo quien me espera.
Y a mi manera... seguiré cantando.
Que yo a mi manera seguiré cantando



LOS LADRONES. 2014.

Se puede decir más alto pero no más claro. Pero eso no fue todo. Durante el Concurso de aquel año, la mayoría de las agrupaciones, capitaneadas por autores bastante cobardes, se jactaron de "cantarme" y de insultarme en las tablas del Falla, bien jaleados por otro público más ruin y despreciable. No sé si cayó más bajo —desde ese año no tan respetable— quien lo cantó por orden de o quién lo escribió, porque uno es libre de ir al Falla si le da la gana y, en todo caso, hay que tener una catadura moral muy baja para atacar a quien ni está presente para defenderse.

Después de aquello, me sobraban motivos para no haber vuelto nunca al Carnaval de Cádiz, pues yo me lo merecía, pero el Carnaval no. Aún a día de hoy no tengo claro si la decisión de volver fue la más correcta por mi parte. Yo les alegraba los concursos, mientras los premios y los vítores se los daban a cualquiera menos a mí. Para muestra el botón de La Guayabera (sin que el de Los Peregrinos se quedara lejos). A ningún autor le dejan La Guayabera fuera de la final, y menos habiendo lo que había ese año. Ya no llovía sobre mojado sino sobre un anegado pantano.

No tengo que ganar todos los años, es obvio, hasta ahí no llega mi soberbia, pero cualquier pueblo premia y mima a sus hijos predilectos menos Cádiz, que tiene una tendencia natural a aburrirlos y a echarlos.

Er Chele Vara fue la puntilla, aunque La Gaditaníssima no se quedó lejos. Lo siento por esa parte del público que me quiere y que me valora (más fuera de Cádiz que dentro, por desgracia: ¿nadie es profeta en su tierra? Yo, al menos, no). Pero, para ser sinceros, aparte de por cuestiones de salud extrema, no me veo volviendo al Falla. El retiro y la enfermedad me han hecho abominar de esta que fue mi gran pasión pero que, a día de hoy, es otra metástasis más.

No es la forma más bella y elegante de decir adiós, pero es que no es ni un adiós. Uno de los nueve pasodobles que Los Mafiosos me echaron atrás fue este:

Adiós tiene nombre de drama.
Adiós es la muerte en persona.
No es lo mismo que decir "hasta mañana"
o "dejadme descansar, que vuelvo ahora".
Adiós cuando suena devora
cual si todo fuera la nada.
Pero solo es un momento, elegido por el tiempo,
para anunciar que ha llegado
el final que represento
y que el cuento se ha acabado.
Un adiós bien entendido no duele
porque ni los dioses son inmortales.
Un adiós que está llegando se huele
en los mismos carnavales.
Si quieres saber la señal contempla a tu alrededor,
y eso te debe servir para, sin vanidad, saber decir adiós.
Cuando viene a mi memoria de trovador gaditano
aquel Tinto de Verano con el que entraba en la historia,
abrazado a la victoria que el pueblo me vino dando,
me he sentido gateando en el umbral de la gloria.
Y por más que he *disfrutao,* y por más que he *disfrutao*
a lo largo del camino,
he visto cómo han *cortao*, he visto cómo han *cortao*
las barbas de mi vecino.
Por eso las mías ya estoy remojando,
para cuando me anden recordando
que mi final está llegando,
sea yo de verdad quien sepa decir adiós
dando gracias al mundo sin odio y rencor
y la ciudad me recuerde cantando.



LOS MAFIOSOS (INÉDITO). 2018.

Hubiese preferido este final, pero por mucho que diga Amado Nervo, el hombre no es el arquitecto de su propio destino. Ojalá.

De todos modos no soy yo el único que se va. Ya lo hizo Martínez Ares, y no fue solo por conseguir una carrera de cantautor en solitario —que también— sino asqueado por terribles motivos personales cuyo origen partió de sus propios grupos, que mordían las manos que les daban más de comer (más de la cuenta).

Bienvenido y Tino también dieron un adiós que, aunque algún día se revierta, ha sido una llamada de atención al Falla y al mamoneo interno de los grupos que es para que muchos se lo hagan mirar.

Algo así les pasó al Gómez y a los hermanos Rosado. Yuyu, por su parte, encontró en la radio un motivo económico para no tener que seguir aguantando berrenchines en el Concurso. Y le alabo el gusto. Es un genio del humor radiofónico y su vida ahora es más plena y feliz que la de antes, sin tanto estrés ni mamoneo. Creo que hace bien en no volver, pues si lo hiciera, correría el riesgo de que le pasara lo mismo que a mí con el Chele (aunque él cae mejor que yo).

Estamos hablando de genios de la autoría carnavalesca que han abandonado antes de que les llegue su hora natural. Y ese abandono es una fuga, un éxodo. Los que siguen no son malos, pero ni mucho menos iguales.

El público lo lamenta. Es obvio. Pero aquí no se trata solo de lamentarse sino de colaborar de alguna manera para que estos éxodos y fugas no se produzcan a edades tan tempranas sin billete de vuelta (la mayoría de las veces). Además, tanto y tan mal que se habla aquí de nuestra fiesta, en vistas al futuro de la cantera, deberíamos saber que los niños son niños pero no tontos. Que tienden a imitar a los héroes, pero jamás a los mártires. El Carnaval de Cádiz enganchaba a la chavalería cuando se disputaban el cetro los grandes *crakcs*. El Falla por el Falla, por el simple argumento de la tradición de padres y abuelos empieza a dejar de ser suficiente, sobre todo en una hora en que las aficiones puras compiten con las adulteradas, y eso para los niños tiene muy poco recorrido.

En definitiva, algo se muere en el alma cuando un autor se va. En el alma del Carnaval. Y esto no tiene la menor pinta de ser una carrera de relevos. De todas formas, el legado está ahí. Pero el legado puede crecer con el tiempo con la misma facilidad que diluirse y olvidarse, como tantos legados que nos han dejado los grandes del pop o de la música latina y los chavales no saben ni quiénes son.

Por último, quiero que quede claro que mi retirada definitiva del Carnaval está condicionada por los últimos episodios de salud. Pero antes de recibir los primeros diagnósticos dije claro: lo que me queda de vida no se lo voy a dedicar a cosas que no me gustan y que, además, me sientan mal. Y el Carnaval me gusta, pero todo lo que le rodea no. Y me sienta tan mal...

Cuando un público se va

¿Qué sería del alma del Carnaval sin el público? Lo que está siendo. Hay un público numeroso y selecto que hace tiempo inició el éxodo a formas más fáciles y menos exigentes para limitarse a seguir lo poco que ya le gusta.

Abundo de profusos y profundos testimonios de público selecto que fue progresivamente desahogando conmigo el malestar y la desilusión que le iba provocando el rumbo del Falla, sabedor de mi comprensión. Lo hacía en solidaridad y ante el evidente temor de que yo también abandonara en una de estas, pues a pesar de mi mucha pasión por el Carnaval, el Falla me daba mucho menos de lo que me quitaba.

De hecho, el público selecto no admite estafas del tipo gato por liebre. Empezaba a ser consciente de que los mensajes iban perdiendo emoción y compromiso a favor de un público recién incorporado y más básico, más conformista, menos inquieto y formado, ese público que no tiene sensibilidad suficiente como para militar en los géneros que más lo necesitan. Es un público que como tal tiene derecho a incorporarse al Carnaval de Cádiz en los términos que lo desee, pero cuyo fanatismo irreflexivo fue cambiando el modelo de público que hacía nuestras delicias: un público diseñado a imagen y semejanza del de *La Voz, OT* o *Gran Hermano.*

Comprobar cómo ese paradigma de público iba copando las butacas y los palcos, las redes, las malditas redes, y en especial el protagonismo del Concurso, fue provocado en autores y grupos un movimiento sísmico a gran escala que nos hacía ir perdiendo la referencia. Hasta yo mismo caí en el error de defenderlo cuando fue el único que me respondió —y de qué manera— el año del exilio:

Igual que al mundo del Carnaval
le llamaban "chusma"
los santurrones y los apóstoles del franquismo,
y nos miraban como canallas, como gentuza,
cuando la chusma, la de verdad, eran ellos mismos.
Igual que entonces, *to* los derrotistas de nuestra comparsa,
que son un montón,
decidieron lamentablemente
llamarle fanática a nuestra afición.
Lamentable, por no darse cuenta
que no hay un fanático más de verdad
que el que insulta al que está disfrutando
con cosas que él jamás comprenderá.
Y se extraña y se pregunta, se indigna,
se asusta, se encela y se enfada:
"¡Con los muertos el Aragón, que lo escucho
y que yo no me entero de nada!
¡Eso no vale *na*!". Fanatismo con cualquiera.
"¡A ver cuándo se van, ¡fuera!".
Fanáticos también os llaman por desgracia
muchos que cantaron en esta comparsa y no perdonan ya
que otros disfruten de nuevo
lo que ellos perdieron por su vanidad.
Otro fanático es el autor
que se resiste a ser la sombra del que fue.
Y ese periódico que, año tras año y cante lo que cante,
al día siguiente inunda su edición con tinta envenenada
cual si en el mundo no pasara nada que fuera importante.
Y otros muchos talibanes

que de ser por ellos encerraban Cádiz
entre sus murallas y sus Puertas de Tierra,
pa los de su tierra y *pa* los de su raza.
Y luego los forasteros son los fanáticos carnavaleros...
Po yo prefiero a los de mi comparsa.



Los Ladrones 2014.

Realmente, la intención no era defender de la acusación de fanáticos a mis seguidores incondicionales, sino el deseo de cantarles las cuarenta a otros más fanáticos y detractores, a los que además les jodía que yo tuviese los míos y que, encima, se gastaran mucho más dinero en seguirnos por Andalucía que a ellos en el Falla.

Siempre dije que, realmente, fanáticos no quería ni a los míos, porque en menos que canta un gallo son los primeros que se vuelven en tu contra. Durante todos mis años de Falla he asistido a movimientos fanáticos de todo tipo y colores, y todos me han resultado igual de lamentables. El fanático es, en esencia, un enfermo que padece de visión estrecha y corta de miras, que no tiene capacidad para disfrutar salvo de aquello de lo que un día se hiciera socio. Todos pueden disfrutar y aburrirse de nosotros, pero a ninguno damos de comer. Por eso puedo entender la legítima admiración hacia un autor que da en la tecla que te emociona, un año sí, otro no y el de en medio. Pero ello no legitima para tirar por tierra lo que haga otro que ni siquiera es su adversario: esta es otra actitud de anormal profundo que ha hecho un enorme daño histórico dentro de la fiesta. Repito algo de nuevo: los mismos que echaron a Paco Alba llorando del Falla no sé ni cómo tienen vergüenza para nombrarlo (y ya sabemos a quiénes me refiero).

El problema no es tanto de este público como del otro. Cuando llega el fanático echa literalmente al otro, al que sí es público de verdad. Y en esta diatriba el Carnaval de Cádiz, sus autores y grupos principalmente —además de los jurados, por supuesto— no tenían más remedio que escoger entre escribir y cantar para los fanáticos o seguir haciéndolo para el público de siempre. Pero el cambio de paradigma descontroló tanto al personal que autores y grupos se decantaron por lo fácil, como vía rápida para conseguir la ovación y así también el premio.

Hasta se puede llegar a entender, pero no por ello dejó de constituir la gran cagada contemporánea del homo carnavalero gaditano. Al ver luego que esta opción surtía mayor efecto, autores, grupos y fanáticos se retroalimentaron en una especie de *feedback* con fecha de caducidad que ya va teniendo los días contados, pues ni los primeros llegan a estar convencidos ni a gusto con lo que hacen ni los segundos cumplen ya con su papel como al principio. Es más. El público se está empezando a hartar de oír repertorios mediocres diseñados a su mediocre altura. Como dije en capítulos anteriores se ha perdido el sentido de la excelencia carnavalesca, que cada vez se aplaude menos. No hay quién sorprenda. Todo se ve venir. Todo está tan minuciosamente elaborado y prefabricado que hasta el peor público lo compra con menos ganas (o no lo compra).

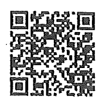
Quizá haya pronunciado el maldito verbo del que hablé en los primeros capítulos, pero en cuanto al Carnaval de Cádiz llega la globalización con sus sistemas de mercados, sus plusvalías o plusvalores, sus necesidades de impacto mediático y su reconversión en artículo de consumo y venta, ya nada puede ser igual. El tipo de público que entra por esos aros y los aros por los que entra ese público echan de alrededor, espantan y asustan al público puro. Este siempre fue a ver (a escuchar) desde el conocimiento crítico y la sensibilidad, pues se sabía por debajo del artista, sin necesidad de interactuar ni formar parte del espectáculo, dejando llevar sus sentidos y su alma por el camino por donde le indica el talento del artista.

Cuando un público como este se va, se va la esencia de la fiesta con mayúsculas. A diferencia del turista, al que le da igual la saturación, la invasión, la pérdida de los encantos, la hostelería mala y cara, y al que lo que realmente parece que le importa es el selfi de los cojones; el viajero, el auténtico viajero, busca la intimidad, la solera, la virginidad, la armonía con la naturaleza, el exotismo, la diferencia y la identidad. Valga este símil para comparar a los públicos que están llegando al Carnaval de Cádiz y los que se están yendo. Son incompatibles en un territorio común. El primero adultera lo que pisa y toca. El segundo lo venera y sacraliza. El derecho es el mismo para los dos. Faltaría más. Pero mientras unos hacen del monte y la montaña un destino y un lugar sagrado, otros lo paganizan e incluso lo profanan.

Este viajero del Carnaval de Cádiz, este público que alimentó la reventa, al que casi al cien por cien identifico con la Chusma Selecta, bien vestido, bien formado, perfumado y con criterio para el aplauso y para el silencio, que sabía cuándo y hasta dónde tenía que prolongar la ovación y ponerse de pie, fue el que me brindó el premio más emotivo y sonoro de cuantos recibí en el Falla:

En el norte, los del norte
tienen una condición
que en el sur no la tenemos.
En el sur, a los del sur
puede ser que nos importen
las cosas un poco menos.
En el norte la miseria no se ve
porque va dentro del hombre.
En el sur no hay más miseria
que tener en el norte a los del norte.
En el norte mandan blancos
con los corazones negros.
En el sur mandan los negros
con los corazones blancos...
En el norte los del sur pasan frío
en el tren, en la ciudad, en la gente.
En el norte sale el sol *escondío*.
El norte es rico pero *aburrío*.
El sur es pobre pero caliente.
Mientras el norte fabrica
las bombas que tiran los criminales,
el sur aguanta fatiga
tragando saliva con ferias y carnavales.
Yo soy del barrio bendito
del sur infinito de Andalucía,
donde la reina alegría
jala de los corazones.
Y cuando digo del sur,
gaditano y andaluz,

miro al norte y me lo paso
por *to* los... rincones.



LAS RUINAS ROMANAS DE CÁDIZ. 1998.

Siempre me quedé con las ganas de hacerle un pasodoble, directo y claro, a ese público responsable de que yo siguiera tantos años sin tirar la toalla. Aún recuerdo su semblante emocionado pero sereno, su exquisita forma, su desinterés por la fotografía y por el conocimiento personal. Me recordaba al exquisito público de Montevideo, cuya costumbre al acabar cada función era hacer cola a la salida del teatro para recibir al autor: "Felissitasiones". Así de escueto y elegante. Igualito que salir del Falla y que la gente no te deje abrazar a los tuyos porque antes te obliga a hacerte quinientas fotos. ¿Eso es Carnaval? ¿Eso es público?

La pregunta del millón es si volverá ese público. No imagino cuánto tiene que cambiar el Falla para que el Falla vuelva a seducirlo. Si algún día vuelve —que lo dudo—, igual que yo no vuelvo en verano a Zahara de los Atunes, no estaré yo para verlo. Se lo garantizo.

CUANDO UNA GENERACIÓN SE VA

Me decía a menudo mi admirado amigo Miguel Villanueva que esto era una guerra de generales. Estuve siempre de acuerdo. Mas, desde mi punto de vista, le faltó dar su lugar correspondiente a los ejércitos, desde el capitán hasta los que llevan la bandera. Es cierto que los segundos sin los primeros tienen muy poco que hacer en esta guerra, pero no lo es menos que los generales necesitan a los segundos de forma capital, pues es su cuerpo a cuerpo en el campo de batalla, su autoexigencia, su disciplina y su fe las que en la mayoría de las ocasiones ganan las batallas.

Todos sabemos de inmensas legiones que apelaron a la épica para levantar repertorios mediocres, ganar el Falla y pasar a la historia. Otros ejércitos no estuvieron a la altura, aunque la responsabilidad última siempre fue de los generales por no conocer las posibilidades de quienes iban al

combate. De hecho, en las leyendas del Carnaval de Cádiz, muchos soldados y coroneles han atesorado más medallas que los propios generales. Su saber hacer ha superado con creces las blanduras del autor, han convertido el oro en diamante y han llegado a cuestionar incluso la paternidad de los éxitos cosechados.

Sin embargo, a mi amigo Villanueva siempre se le olvidó que es también una carrera de relevos, al menos desde el punto de vista de su evolución. Cuando una generación va perdiendo fuelle es necesario que tome el testigo otra más joven y fuerte que asegure el mantenimiento de la tradición. ¿Pero a qué obedece esto?

Hemos ido analizando a lo largo del ensayo multitud de causas históricas, modismos, cambios de paradigmas en el público, desvíos desafortunados de la pureza, excesos de barroquismos, incrementos mediáticos en la sublimación de los egos... No nos hemos detenido aún en la crisis de la cantera, porque por mucho que insistan sus responsables, la cantera sufre actualmente —y desde hace tiempo— la peor de las crisis carnavalescas que conozco, tanto a nivel demográfico, cultural, artístico y motivacional.

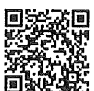
Donde mejor se detecta la crisis no es en el Concurso, sino en la calle (o en la casa). Demasiada oferta cibernética, demasiada quietud social, demasiado miedo a la diferencia y demasiada obsesión por la victoria, antes que por el gusto de disfrutar las cosas como son.

A veces han querido que los mayores nos impliquemos, y es injusto pues nosotros no estamos en modo alguno a la base de la crisis. Ojo. O sí. Depende de qué llevemos al Falla y depende de los premios. Los niños, como niños que son, siempre se sentirán más atraídos por las formas puras que por las adulteradas.

En cierta ocasión creí un deber asumir mi parte de responsabilidad:

Tú, vente conmigo que sobra futuro.
Te voy a enseñar sin pamplinas ni escuela
a hacer Carnaval a la vieja manera...
y ten por seguro que sobra cantera.

Yo pongo el veneno y tú sangre caliente.
Verás, que después lo demás, a la orilla del mar, es darle a la guitarra.
Verás, que después lo demás es sentir el compás y el calor de la gente.
Verás, que empezando a sonar la música detrás, solas van las palabras.
Que cantar, tú tienes que cantar,
con la pureza que brota del alma de cualquier chaval,
el deseo de un mundo más justo y más libre, el mundo imposible
que el hombre merece y ya solo tú puedes hacer realidad,
pa cuando escuchen tu canto con cara de espanto tú digas sin miedo:
amigos y compañeros, esto es el Carnaval.
Y a esa niña, que sus andares te están quitando el *sentío*,
ve a su vera a tatarearle: "Si yo pudiera, amor mío,
traería *pa* ti un diamante...pero como soy tan pobre,
ahora tengo que enamorarte cantándote un pasodoble".
Quédate con las canciones. La gloria *pa* quien quiera,
que el grito de campeones ya se lo dan a cualquiera,
porque en toda la ciudad más campeones no hay
que los que le dan a *Cai* carnavales de verdad.
Carnaval en libertad, sin mentira y sin escuela,
ese es el que hay que enseñar para que nunca se muera.
Ese de música y letra, ese que va de verdad,
que se contagia como una enfermedad
en cuanto que se canta de esta manera.
Con estos carnavales, seguro que en los chavales
nunca falta cantera.



Los Peregrinos. 2017.

Pero el pasodoble llegó tarde. Pasó casi inadvertido. El problema se venía detectando hacía años, cuando escribí otro en contra de lo innecesario de aquella moda del Carnaval en la Escuela, impartido precisamente por gente que tiene más que aprender que enseñar. Y por mucho que por esa letra se cargaran tintas contra mí, hoy la sigo reivindicando dado el nulo éxito que el proyecto ha surtido entre las generaciones venideras:

En los salones de una escuela,
que es donde la cultura pare,

adonde enseña el que no sabe,
el que se cree que sabe tela,
han puesto cuatro tontovelas
la escuela de los carnavales.
Carnaval, para aprender el Carnaval,
sobrando escuela y catedral,
han puesto cuatro tontovelas
la escuela de los carnavales.
Ay, qué les dirán sobre cómo se cantan
nuestros pasodobles. Cómo hay que sentir
y cómo hay que morir cuando llegue el final.
Ay Dios, qué le dirán
sobre cómo se dicen los cuplés con gracia.
A saber si no confundirán
coros con tatachán, chirigota y comparsa.
Así, no se hace una escuela,
lo decía mi abuela
y llevaba razón; yo tengo un retoño sagrado,
y si por mi culpita sale coplero de los carnavales,
como su padre y sus amigos,
sé que tendrá el privilegio de no aprender
en un colegio porque lo aprenderá conmigo.
Lo llevaré juntito al mar y cuando ande puesto en pie
lo empujaré hasta la orilla *pa* que huela a bajamar
y mire cómo las barquillas
navegan solas por su tierra milenaria.
Luego lavaré con mis dos manos
sus dos pies y le cantaré por Paco Alba.
Y se dará cuenta de que escuelas aquí ¡no hacen falta!



LOS PARIAS. 2006.

Evidentemente, formando parte de un proyecto municipal en el que andaban (y andan) enchufados a bajo precio repartiéndose la manteca de la Junta de Andalucía, no iban a consentir que aquí el prenda inutilizara y desacreditara el proyecto. Así que me tirotearon desde todos los frentes. Algo que me resbaló, pues solo había hecho diana allí donde más duele.

Siempre me dio una tremenda rabia que utilizaran a los niños en proyectos donde los niños son menos protagonistas que los mayores que usan el proyecto. A menos que quieran convencerme de que el Carnaval a los niños puede ensañárselo cualquiera (de momento, no lo han hecho).

Aunque el problema, con su irreversible gravedad, ya empecé a centrarlo el año anterior adonde yo creía que se situaba el epicentro de este alarmante terremoto generacional, único en nuestra hora. Yo iba notando en mis clases de Filosofía cómo ya había demasiada conciencia atrofiada imposible de resucitar. Me resultaba sintomática la desaparición de los concursos de relatos y poesía que se convocaban al llegar la fiesta de la primavera. Ya me hervía la sangre ante la falta de brío de unos adolescentes ajenos a cualquier tipo de motivación. Y consideré que el problema era de base:

Mírame, que por más que el mar
me haya hecho un gigante
conservo mi sangre tan roja y caliente.
Mírame, que aunque esté doblando tus años de vida,
tengo más redaños y más rebeldía
que tú con tus veinte.
Que la revolución con el botellón
se te enfría en las manos.
Y por donde caminamos nos vamos *patrás*.
Piensa que con veinte años si no estás despierto...
no cumplirás cuarenta porque estarás muerto.
Enseña los dientes y sé valiente porque eres joven
y que no roben tus ideales.
Los míos han *resistío* a fríos y temporales.
Recuerda que el mundo cambia de rumbo
cuando la historia pierde memoria
y sus timones se quedan
en las manos de *tos* estos cabrones.
Mírame, que por más que el mar
me haya hecho un gigante
conservo mi sangre *pa* darla contigo.
Aquí esta el testigo que tu viejo amigo,
este lobo marino, orgulloso te entrega.

Ahora te toca ti recoger, hoy navega,
pero navega sabiendo
que está apretando el viento,
y que la juventud
o arría ya las velas y se pone a galeras
o se termina hundiendo.



EL GOLFO DE CÁDIZ. 2005.

Pero la juventud no termina de arriar las velas. No sé qué coño tiene ya que pasar...

CUANDO LOS CORONELES NO TIENEN QUIEN LES ESCRIBA

Hasta ahora hemos venido hablando conjuntamente de autores y grupos, como si fueran lo mismo. Y hasta cierto punto lo son. Y hasta otro igual de cierto no. Tampoco quiero decir que remen en distinto barco, pero hay muchas veces que la dirección que pretenden unos y otros no es la misma. Este hecho desarma la unidad necesaria para que el Carnaval de Cádiz tome una dirección más unívoca. Pero últimamente observo que, ante el cambio de paradigma del público, los grupos presionan a los autores para que tiren por el camino fácil, es decir, que apuesten a caballo ganador. Tiene una lógica, pues los grupos son los que dan la cara ante el público y, en ese sentido, lo van conociendo mejor. Son ellos quienes más directamente recogen sus ovaciones o silencios. Pero el Concurso es fundamentalmente de los autores. Aunque los grupos son iguales de imprescindibles, sin los primeros no estamos hablando de nada; absolutamente de nada.

Los autores, la mayoría, son los que aportan las ideas, las renovaciones, la impronta, el sentido último de la afinación. Algunos se implican más, otros menos, pero son los que marcan la pauta en definitiva. De hecho, son los grandes ídolos de la afición porque, queramos o no, la referencia, el nombre y el apellido de las agrupaciones suele coincidir con el de los autores (salvo puntuales y relativas excepciones).

Dentro de los grupos están los que, por seguir la terminología de García Márquez, pueden ser denominados "coroneles" en toda regla: los directores. Estos tienen normalmente una relación más estrecha, directa y diaria, tanto con los miembros del grupo como con el público en general. Por eso "saben" mejor que los autores qué llega más o menos directamente. Y como para ganar en el Falla hay que llegar con la impronta más mediata posible, suelen ser los encargados de decirle al poeta lo que tiene que escribir.

Aun —insisto— todo dentro de una lógica de la victoria, esta dirección del coronel sobre el capitán (el poeta) plantea el riesgo de que las agrupaciones se vayan quedando sin identidad porque, tampoco es menos lógico, si el capitán escribe al dictado del coronel en equipo con otros sargentos del grupo, el resultado suele ser un batiburrillo que el público fiel no reconoce. Demasiados autores de consagrado prestigio han cambiado su forma pura de escribir por otra más adulterada, pero más segura —en teoría— para hacer las delicias de un público que como público es respetable pero no delicioso, con lo cual comienzan a perder devoción entre sus históricos fieles y a sustituirla por otras devociones populares que tiran más hacia el grupo (o hacia el coronel) que hacia el autor mismo.

Este fenómeno, si tiene el más mínimo éxito algún año, sirve de precedente para que los coroneles impongan sobre los autores el sentido de sus repertorios, con lo cual el Carnaval empieza a ser ya más cosa de coroneles que de capitanes, o sea, más de directores que de poetas.

Admito con mucho dolor que a mí me ha pasado. Durante la última edición en la que estuve presente, quedé con el Chapa (poeta puro) para tomar un café y hablar sobre este problema. Me reconocía que él —igual que yo— había tenido que reducir sus pretensiones poéticas al dictado de su coronel. Confieso que aunque no lo expresé en toda la extensión, me ofusqué interiormente hasta el punto de salir del café preso de la seguridad de que ya no haría más Carnaval que el que no saliese de mis santas gónadas. O sea, que ya no haría más Carnaval, pues después de varios años entrando por las gónadas del coronel, pretender reimponer yo las mías iba a ocasionar un choque de trenes que en ningún momento iba a

ser bueno para el grupo, ya que provocaría cismas, desbandadas y malos rollos en general.

Por poner un ejemplo cercano, el que mejor conozco, mi grupo ha incluido en su antología piezas de obras que hoy día ellos hubieran hecho imposible que llegaran a puerto, llámense Los Comparsistas se las dan de Artistas, Araka la Kana o La Serenissima. A posteriori sí lo hacen y lo disfrutan, pero el mérito no es de ellos sino de aquellos, los que en su día apostaron por mi planteamiento sin tenerlas todas consigo (todas o ninguna).

Una cosa es negociar una parte puntual del repertorio con el grupo, y otra muy distinta es tener que escribir dos repertorios por año para que el grupo escoja uno. Y esa es la segunda parte. Si al menos el criterio del grupo funcionara siempre, podríamos hablar. Pero sucede que en este sentido los grupos también fallan como escopetas de feria, con lo que al final sucede que parte del repertorio propuesto por el poeta era más puro que el propuesto por el coronel y/o grupo.

El resultado final suele ser el mismo: dentro de una mayor o menor amistad, el autor se busca una excusa para quitarse de en medio... hasta el mismísimo carajo de que su obra no prospere en los términos que él desea (todo hay que decirlo). Unos hablan de descanso, de estrés, de permiso de paternidad, de necesidades familiares... pero en su mayoría lo que buscan es un retiro espiritual que los libere de la entrega a una causa en la que ellos ya no creen con el convencimiento suficiente y necesario.

Cuando esto sucede, el coronel (y parte del grupo) ve muy fácil llamar a la puerta de otro autor que no está pasando por sus mejores momentos o padece algún tipo de crisis con su grupo... o viene de un descanso motivado por uno de los motivos expuestos. La reacción primera suele ser la de un romance de cine. "La ilusión de mi vida era salir contigo, picha, que yo me muera, a ti te tienen que *comé er* carajo *to* los *autore* de *Cadi*". El otro, creyéndose que este grupo es distinto al que tenía, responde: "Yo, picha, en *verdá*, también estaba loco por *sacá* un grupito como el vuestro que canta del carajo y deja *trabajá*".

Estos noviazgos que ya me conozco a la perfección también terminan como el rosario de la Aurora en cuanto no se consiguen los objetivos para los que se crearon, que suele ser la mayoría de las veces. Así se va sucediendo una catarata de romances cuyo divorcio va restringiendo las posibilidades futuras de conectar autores y grupos de manera natural.

Quizá los coroneles más sabios hayan sido aquellos que han sabido dar al autor la rienda necesaria para que agote su inquietud artística sin llevar al grupo al tajo del delirio. Pero coroneles sabios no ha habido muchos, la verdad, ni su sabiduría ha sido tanta. Han quemado a más autores de los que han relanzado o descubierto. Y cuando un autor se quema, y se quema otro, y otro, y otro más por idéntico motivo, ¿adónde va el coronel a buscar a quien le escriba?

Conste que no es mi deseo que se malinterprete este episodio en contra de los coroneles como parte del cambio de rumbo en la dirección del Carnaval (o de la falta de ella). Pero siempre recordaré al entrañable director/autor de la Araca uruguaya opinando con su rotunda elocuencia a este respecto: "Vos sabé adónde viniste. Si no te gustá, ahí tenés la puerta. Esto es Araca, gurí, o acaso nadie te lo advirtió...".

Cuando Cádiz no resiste

Sépase que hablar de esto inexorablemente nos vuelve a remontar a la controvertida personalidad colectiva del pueblo gaditano, que es tan cautivadora como versátil, para lo bueno y para lo no tanto. Por mucho que a veces raje de ella, también confieso que soy un enamorado de su idiosincrasia única, por eso esta oda:

> Yo quisiera cantar la más bella canción
> que ningún trovador te cantara jamás.
> Yo quisiera cantar dándote el corazón
> y en tus calles antiguas echarlo a rodar.
> Mas son tantísimos versos y tan inmensas las ganas
> que de una sola tacada cantarlos todos no puedo.

Divido, pues, la función
en cuatro formas de amarte,
para empezar a cantarte,
para empezar a decirte,
que si el mundo es un desastre: ¡Cádiz resiste¡
Si algún día la alegría te abandona
y el cielo al despertar parece triste
y el miedo a perder te devora
y el odio otra vez anda libre,
si los otros pueblos lloran...
Es la hora: ¡Cádiz resiste!
Si el dinero no vuelve.
Si dios juega al despiste
y la nube no llueve
el agua que pediste,
la del mar no se mueve:
aquí se puede. ¡Cádiz resiste!
Y tú, que de la pena,
inventaste una canción interminable
como tu *gaditaníssima* faena,
cuando suena se convierte en libertades
que en otra ciudad del mundo ya no existen.
Pero aquí caminan juntas por la calle
al compás de la canción ¡Cádiz resiste!
Y tú resistirás llena de juventud, llena de Carnaval,
mientras seas la cuna de la libertad.



La Gaditaníssima. 2019.

Bajo esa modesta humildad que nunca tuve (porque la humildad y la modestia siempre me han parecido de falsos), creo objetivamente que con estos versos toqué techo a la hora de expresar la controvertida personalidad de la que hablo. Si alguien está aburrido que los analice. Mi misión era solo escribirlos.

El único motivo confeso y real por el que siempre he leído varias historias de Cádiz sin acabar todos los tomos de ninguna es precisamente por dolor.

Uno de los peores vaivenes de nuestra personalidad es justo ese de pasar del orgullo a la apatía y al conformismo cual si de sinónimos se tratara. Desde su fundación hasta nuestros días, pasando por los saqueos piratas, la subordinación laboral a los negreros del Cádiz colonial o la escasa resistencia opuesta durante la Guerra del 36, leo y releo y me carcome una profunda indignación, no exenta de un amor no menos profundo, lo que hace que el dolor sea insoportable. Pero cada pueblo es como es y tiene lo que se merece. Esa máxima histórica no la inventaron sino historiadores que de esto saben un rato más que yo, aunque no hace falta ser un experto analista de la historia para certificarlo.

Qué es lo que distingue a Cádiz del resto de los pueblos indolentes, apáticos y conformistas:

En la Tacita de Plata se desata cada día
una marea que es un temporal
que inunda de sal la Bahía.
La gente la llama alegría,
en presente y en plural.
Es un marino vapor
lleno de amor y encarnado,
en la mujer y el varón
de corazón gaditano.
Es un alma tan santa
que se sale del cuerpo,
patrimonio de un pueblo
que hasta en silencio canta.
Es un séptimo sentido
que tiene prohibido el gemido y el llanto,
que colorea el espanto,
que la lástima, la pena,
la pobreza y el dolor,
entierra bajo la arena,
y en sus calles solo suena
la sirena del humor.
La alegría es una espada
que se enfunda en la mirada

y que se empuña en las canciones,
y a su forma gaditana se clava en los corazones.
Que al que le toca, le toca,
y aunque el mundo tiene poca,
aquí brota un manantial;
por eso en esta ciudad la gente se vuelve loca.
La alegría es la reina de nuestra Tacita,
y no hay otro gobierno
porque al ser infinita
ni los malditos dineros, ni el reino de Dios...
en Cádiz no se necesitan.



La Gaditaníssima. 2019.

Nos parecerá poco. A mí no, desde luego. Esta pueda que sea una de las pocas formas de vivir con sentido una vida que no lo tiene. "Por eso en esta ciudad la gente se vuelve loca...". Y el Carnaval de Cádiz —como antes su particular flamenco— es sin duda la máxima expresión de la alegría. ¿Y con esto ya está todo justificado? Hay veces que no sé ni qué responder, pues aun reconociendo que a veces mis paisanos me hierven la sangre, también admito que no sería capaz de vivir en otra ciudad que no tuviera a estos personajes por vecinos (aunque alguno haya por ahí que la deshonre).

Por eso hasta al más crítico como yo, de vez en cuando se le escapen estos versos. Es inevitable.

Cádiz que estás en los cielos.
Cádiz que estás en la tierra.
Cádiz que estás en el suelo.
Cádiz que estás a mi izquierda.
Cádiz que estás en los mares.
Cádiz que estás en la playa.
Cádiz que estás en la calle.
Y a donde quiera que vaya.
Dicen que te han ido haciendo
a golpe de muralla, que eres deseada
por los cuatro vientos, las cuatro estaciones

y las cuatro lunas.
Y que también te desean los pájaros negros
del atardecer y que todos los ángeles
dicen que a ti
los dioses no te olvidan.
Y yo que he nacido en Cádiz,
bendita mi suerte,
sé que el día de mi muerte
le daré mi vida.
Y ya lo he comprendido:
el cielo está servido
en cuanto se pregunta
si hay un *non plus ultra*
y más allá no hay.
La tierra prometida,
la que di por perdida,
de pronto la encontré
y luego me enteré
que se llamaba *Cai*.
Y esto no es una copla:
esto es una oración
y cada vez que la rezo se me vuelven locas
las palabras en mi boca
y el latido en mi corazón.



Los Ángeles Caídos. 2002.

¿Pero será lírica/épica suficiente para que Cádiz resista? Los tiempos actuales corren en contra. La globalización no le sienta nada bien a lugares como este en los que el aire va por libre y la tierra lo soporta. No es gaditano perder idiosincráticos iconos de su identidad, pero internet nos está quitando muchos. Cádiz no es una ciudad como las demás. La gente ya no llena las barandas pescando. Los pibes no inundan las plazas con su cante. El flamenco no es Rosalía, sino Manolo Vargas y La Perla (quién será esa gente). Los chiringuitos de la playa parecen hechos en Ibiza y ponen comida congelada a precio de Plaza de San Marcos. En el Trofeo no juega un equipo que valga un duro y, si juega, se lo toma como un entre-

namiento. El Pemán está bien como está, pero podían darle un lavado y cambiarle el nombre: por ejemplo, "Teatro de Los Millonarios".

Temo que la globalización vaya a más, como en todo el mundo, y con ella se complique la resistencia de Cádiz a esta Posmodernidad no apta para paraísos terrenales. El turismo invasivo de crucero y guiri despistado insulta a la ciudad. No deja un duro e impide disfrutar de sus encantos. En sus rostros pálidos (blancos o amarillos) se adivina la insensibilidad del que no tiene ni puta idea dónde está ni a qué viene. Cuando un lenguado de estero es menos cotizado que una pizza media cruda o una hamburguesa de carne de ratón, la resistencia de Cádiz anda en serio peligro. Y la resistencia no es oficio de un alcalde y tres poetas, sino de toda la ciudad, que o se implica o se convierte en una más de las que hay tantas en el mundo.

Quizá por eso me vi obligado a echar el resto en la última cuarteta:

Es gaditaníssima la mala educación del levante
y la forma nuestra de no tener nada y tirar *palante*.
Es gaditaníssima la manía de hablar de la gente
y, de la casapuerta, salir cantando entre dientes.
Es gaditaníssima la diaria aventura de ir a la playa.
Y llegar al cielo al contar uno a uno los ladrillos del Falla.
Es gaditaníssima la caballa y el fideo juntos.
Y la puesta de sol en La Caleta cual si acabara el mundo.
Es gaditaníssima su talla de una sola piedra
y la fea costumbre de dejar cerradas las Puertas de Tierra.
Es gaditaníssima la cruz del Nazareno.
Y cruzar la Avenida por donde te sale de los *güevo*...
Es gaditaníssima la eterna Plaza de la Cruz Verde.
O, si lo prefieren, la Plaza del Niño Eterno de San Vicente.
Es gaditaníssima la manera de librarnos del mal:
llorando por los rincones mientras cantamos
nuestras canciones de Carnaval.



LA GADITANÍSSIMA. 2019.

Cuando los buitres vuelan bajo

... Eso quiere decir que huelen a inminente cadáver. Y no vuelan bajo sobre mí sino sobre el Falla. Si queremos seguir con la inercia adelante, sigamos. Aquí siempre hay alguien sacando suculenta tajada y dirá que "todo es mejorable, pero que vamos en la buena dirección". Ciertamente no es así: el espíritu del Patronato se puede resumir en "todo se puede empeorar y, de hecho, navegamos cada vez con menos dirección". Menos mal que hay voces importantes y críticas —además de la mía— que llevan tiempo haciendo sonar las alarmas. Pero hay una resistencia insultante a oírlas.

El Carnaval sin apellidos fue crítico dentro de lo amable. Aunque publicado en 2010 fue escrito un año antes. Dos años después cayó *El Carnaval sin nombre*. Ahí ya no había amabilidad alguna. Se vendió. Se leyó. Pero quien de verdad tenía que leerlo con atención no lo hizo. Por una parte, esta gente lee con suma dificultad. Por otra, no estaba dispuesta a compartir los hechos ni los argumentos. O sea, que el mensaje no caló de modo activo en los responsables directos. Puedo admitir que las cosas no tienen que ser necesariamente como yo diga. Lo que está claro es que no son como dicen ellos. A lo mejor necesitan un terremoto de gran magnitud. Cuando ya no tenga remedio. Espero no estar vivo para verlo.

Mi decisión de no volver al Falla no es producto de una situación de límite personal sino de asco creciente a lo que he ido viendo a lo largo de mi trayectoria carnavalesca, año por año, edición por edición. Pasar página no es una opción. Es una necesidad. Y debiera tomarse en cuenta viniendo de alguien que se ha entregado y amado tanto al Carnaval de Cádiz como este que les habla. Juro que cuando leo declaraciones de más de uno y de una que cobra de organizar el despropósito daría lo que no tengo por convertirme en Fidel Castro y encarcelarlos por delito de alta traición a la Tacita. No parecen ni gaditanos, ni gaditanas, ni *gaditanes*. Pero tampoco quitan las palmeras y siembran tulipanes.

Sé que este ensayo está rebosante de dolor y palabras duras contra los que yo entiendo culpables. Sinceramente, creo haberles dicho mucho menos de lo que debieran oír, porque leer, lo que es leer, insisto, leen con extrema

dificultad. El hecho de que una fiesta sea popular no legitima a los tontos del pueblo a organizarla. Ese es el populismo mal entendido del que tanto maldigo y reniego.

También admito la otra versión, conste. Hay Falla todos los años. Desde determinada óptica es un éxito. El número de inscritos aumenta. La cobertura informativa no lo abandona. Hay premios. Actuaciones. Saltan egos por los aires. Hay instantes en los que Aznar podría repetir "España va bien" aplicado al Carnaval. Pero quienes hemos echado los dientes en su época dorada sabemos que eso no lo cree ni el que lo inventó.

Y de todo esto, quizá lo peor es cuando la indignación, la crítica, la beligerancia, se convierte en escepticismo radical: como cuando el público abandona para no volver, como cuando los coroneles no tienen quien les escriba, como cuando una generación de disuelve entre el ego y la droga y no es sustituida por otra igual ni mejor, como cuando Cádiz resiste con tanta dificultad, como cuando un autor se va.

Recuerdo una que decía y anunciaba:

Si no eres libre en la cuna adonde te tocó caer,
y a ir descalzo por la calle se acostumbraron tus pies.
Si eres más fuerte que el dolor
y el negro te sienta bien,
si tienes duro el corazón
y te resbala la piel.
Si te gusta la acústica del silencio y de la bala,
y las cicatrices llenan las paredes de tu alma,
ya puedes convertirte en uno más
de la Honorable Sociedad
de esta terrible comparsa.
Pero que sepas, compañero,
que aquí nadie nunca ha entrado por dinero,
que lo primero es el Carnaval ja ja ja ja...
El mundo se divide en dos:
los que viven como dios manda...
y los que mandan viven como dios...

No se te olvide, mafioso, que el Carnaval es del pueblo.
Voy a intentarlo a tu manera, a ver si así se lo devuelvo.
Que el Carnaval es lo poco que ya le queda a mi tierra
y para mí es lo único que vale una guerra.
No se te olvide, mafioso, que el Carnaval es mi vida
y si la pierdo por él, la daré por bien perdida.
No se te olvide, mafioso, que el Carnaval es del pueblo.
Voy a intentarlo a tu manera, a ver si así se lo devuelvo.



Los Mafiosos. 2018.

No te puedo garantizar, querido lector, si en el momento de escribir aquello lo sentía de verdad o era ya producto de la inercia. Hoy no solo no volvería a escribirlo, sino que lo escucho cantado y no me identifico con mi propia obra.

¿Hay solución pues? Debiera haberla, mas todo pasa por echar abajo lo que hay y empezar a construir de cero, teniendo como referencia la cartografía clásica, los mapas antiguos, sin escuelas de Carnaval, con más guitarra en la calle y menos videojuego fabricante de zombis.

Y si no hay solución, o la hay pero no se pone, consuélense: fue bonito mientras duró. Siempre nos quedará París.

Creo en ti, oh, todopoderoso Carnaval de Cádiz,
creador del cielo inmenso de los pobres
y creador de la tierra como calle.
Creo en el Tío de la Tiza, su hijo primero,
y en todos sus hijos, los otros, los chirigoteros,
que los concibieron por la obra y la gracia
del divino espíritu que el pueblo necesita,
el pueblo que aquí nació de la Virgen Tacita.
Creo en ti, oh, todopoderoso Carnaval gaditano,
que padeció el poder bajo tantos tiranos
hasta ser crucificado, muerto y sepultado.
Que desde lo profundo de los infiernos
resucitó al tercer siglo de entre los muertos.
Y ascendió a la Cruz Verde, y allí está sentado
a la izquierda del Falla, adonde brilla su reino,
pa que la gente viva feliz aunque no tenga gobierno.
Creo en el espíritu libre y santo,
en la iglesia de los compases celestiales,
en la comunión de la gente cantando,
en el perdón de los pecados inmorales,
en la resurrección de las caras pintadas de blanco
y creo en la vida eterna de los carnavales.









VEINTE PREGUNTAS SIN AMOR Y UNA DESESPERACIÓN CANTADA

Como lo prometido es deuda, ahí van las respuestas a las preguntas que aquel 5 de mayo formulasteis, desde el cariño y la esperanza —la mayoría—, desde la necedad y la estupidez —alguna que otra también—. Estas últimas nunca están de más si tenemos en cuenta la mediática selva que nos ofrecen las redes.

Dado el batiburrillo periodístico, he decidido esta vez responder como en una tertulia de taberna virtual, recogiendo hilo y puntada de aquí y allá.

Café solo, por favor.

En primer lugar, un pasodoble nunca se me ha quedado en el tintero. Del tintero ha salido. Distinto es que el grupo haya temido cantarlo por esta cuestión o por la otra, que no les haya dicho gran cosa, que lo hayan visto más perjudicial que conveniente para sus intereses en el Concurso. Pero nunca quedó alguno en el tintero. Me podía haber provocado un trombo emocional impropio de un poeta como yo.

Nota del editor:

En su habitual columna "La Torre de Preferencia" del periódico *El Desmarque*, Juan Carlos Aragón publicó el 5 de mayo de 2019 el índice de esta obra. También informaba de que, al igual que ya hizo en su último libro de ensayo, quería compartir con sus lectores sus "últimas páginas", e indicaba que esta vez la propuesta contaba "con el morbo de que 'las últimas' sea algo más que una forma de hablar". Solicitaba a los que quisieran participar que enviaran un tuit directo o utilizaran las etiquetas *#ElCarnavalSinMí* o *#ElCarnavalSinDirección*, donde aún se pueden encontrar las preguntas que se le plantearon. Él tenía la intención de "responder con bravura y valentía a las veinte que me resulten más originales, emotivas, bordes o impropias". A los pocos días de salir el artículo ingresó en el hospital, por lo que su tarea quedó sin concluir y solo pudo contestar a una de esas preguntas. Es la que hemos publicado con anterioridad.

EPÍLOGO

Y yo que he nacido en Cádiz,
bendita mi suerte,
sé que el día de mi muerte
le daré mi vida.

Los Ángeles Caídos. 2002

Resulta complicado, y a la vez muy emotivo, escribir el epílogo a la última obra de Juan Carlos Aragón, pero ese fue su deseo. Como él no se encuentra entre nosotros desde hace más de cinco años, intentaré ser conciso, pues las palabras que deben recordarse tras la lectura de este libro no son las mías, sino las suyas, las de un genio gaditano que rompió fronteras más allá de su mar y su tierra.

En vida, Juan Carlos Aragón entregó su alma entera al Carnaval de Cádiz, al de las coplas y también al de la literatura. Ningún autor carnavalesco puede presumir de una producción bibliográfica tan inmensa: dos poemarios, una novela y tres ensayos. Quien haya tenido la suerte de leer sus obras habrá observado que su calidad como escritor es extraordinaria. Poseía una capacidad mágica para ello, ya que su inteligencia funcionaba a una velocidad arrolladora, mucho más que la del teclado de cualquier ordenador. Tenía

además el don de plasmar cualquier idea con ingenio y brillantez. Un ejemplo es este libro, que cierra la trilogía iniciada en 2009 con *El Carnaval sin apellidos* y continuada en 2012 con *El Carnaval sin nombre*. El ensayo es un género muy difícil, con el que pocos escritores se atreven. Sin embargo, Juan Carlos Aragón, debido a su capacidad analítica, crítica y dialéctica, se movía en él como pez en el agua, lo que nos ha permitido disfrutar en estos tres volúmenes del mejor estudio ensayístico del Carnaval gaditano que se ha escrito nunca.

A pesar de los cientos de kilómetros que nos separaban físicamente, he sido siempre el encargado de la corrección estilística de las obras en prosa de Juan Carlos, incluida esta póstuma, de la que me entregó en marzo de 2019 los tres primeros capítulos. Mientras redactaba el cuarto tuvo problemas de salud, que culminaron con el diagnóstico de un cáncer el 17 de abril. La noticia, como a cualquier persona en su situación, lo dejó sin fuerzas ni ganas. Sin embargo, a los dos días, un Viernes Santo por la tarde, recibí un correo electrónico en el que me adjuntaba el quinto capítulo. Me sorprendí mucho porque no entendía cómo alguien en esas condiciones podía concentrarse en escribir. En su mensaje de correo me decía lo siguiente:

> No sé ni cómo lo estoy haciendo pero es terapéutico. Tampoco sé si con lo que viene ahora podré acabarlo, al menos como me gustaría. Probablemente esto sea lo último de Carnaval que haga en mi vida. Por tanto, si me extiendo menos de lo previsto, mejor. Tampoco pretendía hacer una enciclopedia. Me falta un capítulo, menos crítico y más romántico, el prólogo y el epílogo. A ver si me da tiempo de hacer algo emotivo.
>
> Un abrazo, "Dire". ["Dire", por director literario, era el apelativo cariñoso que utilizaba para referirse a mí].

Juan Carlos se tomó la finalización de este libro como un reto personal. Estaba decidido a completarlo, así que su voluntad y su veneno de capitán pudieron más que las adversidades físicas. Y como no podía ser de otra manera tratándose de él, se produjo el milagro laico: a los cuatro días, el 23 de abril, me llegó el último capítulo titulado "Algo se muere en el alma", que se iniciaba con el subcapítulo "Cuando un autor se va" y se cerraba con

otro denominado "Cuando los buitres vuelan bajo". Estos encabezados pueden parecer escogidos para la ocasión, pero no fue así. Ya estaban apuntados en el índice que Juan Carlos me envió varias semanas antes de saber de su enfermedad. Han sido una triste coincidencia, como otras que el lector habrá ido encontrando en el libro.

El índice de este ensayo lo publicó Juan Carlos por primera vez el 5 de mayo de 2019, en su habitual columna dominical "La Torre de Preferencia" del periódico digital *El Desmarque*, con la intención de pedir a los lectores que le plantearan preguntas para contestarlas al final del volumen. En su artículo anunciaba también el cambio de título del libro: ahora se llamaría *El Carnaval sin mí* en vez de *El Carnaval sin dirección*, que era su nombre original. El motivo residía en que "vaya a ser que me entretenga con Bob Dylan y la gira no acabe (o no acabe en Cádiz...)". Esta gira era una metáfora para referirse a su enfermedad, y ya la había utilizado diez días antes cuando intervino a través de un vídeo en diferido durante la entrega del Premio Baluarte del Carnaval. El cambio de nombre del libro resultó un acierto, pues aunque el Carnaval pueda seguir moviéndose sin dirección, se quedará muy huérfano sin la presencia de Juan Carlos, alguien insustituible que ha dejado una huella perenne en la fiesta y las letras gaditanas. Conforme pasen años y carnavales seremos más conscientes, con perspectiva histórica, de esta pérdida irreparable, ya que se produce además en una etapa de retiro de reconocidos autores de la fiesta y de cierta falta de empuje de otros colegas noveles que cojan el relevo.

El Carnaval sin mí se nos presenta como una obra casi testamentaria, de cierre de etapa vital. Y no solo porque culmina una trilogía, sino también porque Juan Carlos redactó el tercio final del libro pensando en que podría ser lo último que hiciera en Carnaval —y no se equivocó—. Quizás por este motivo en sus páginas se desatan magistralmente su pluma hábil y su espíritu crítico, pues llevan su sello inconfundible. Cualquiera que lea este ensayo ignorando el nombre del autor, pero conociendo con anterioridad su obra y sus recursos literarios, sabrá que lo ha redactado él. Juan Carlos usaba un estilo muy original y definido, incisivo e inteligente, utilizaba algunos términos o conceptos parecidos en sus libros, conjugaba con soltura el lenguaje popular y el culto, sabía encontrar matices variados al vocabulario y manejaba la lírica, la ironía y el doble sentido con una

capacidad asombrosa. En definitiva, tenía las papeletas necesarias —a la vista está— para ser un buen autor y escritor.

Como no podía ser de otra manera y viniendo de quien viene, desde el punto de vista argumental en *El Carnaval sin mí* se examina todo lo relacionado con la fiesta y deja pocos títeres con cabeza. Juan Carlos nunca ha sido apocado ni cobarde. No tiraba la piedra y escondía la mano, y menos cuando se refería a lo que en verdad le importaba. Por ello, en esta obra se despacha a gusto, nunca mejor dicho. Eso sí, siempre con inteligencia y sabiduría, unos recursos que en muchas ocasiones se echaban de menos en sus detractores. En principio, y predicando casi en el desierto, alerta de la degeneración del Carnaval. Luego, en un tono escéptico y con frecuencia pesimista, desmenuza el Concurso y el concursismo, la mediocridad de los repertorios, la ineptitud del jurado, la dejadez municipal, las maniobras del Patronato, la sobreexplotación televisiva, el arma de doble filo de las redes sociales, el Carnaval de la calle, la soledad de los autores y un largo etcétera de temáticas. Todo lo aborda con su particular estilo, incisivo e ingenioso, sustentado en un análisis pormenorizado y reflexivo. Si se me permite la comparación, el libro sería como uno de sus pasodobles, solo que más alargado, sobrio y filosófico.

Una de las ideas base de los tres libros de ensayo de Juan Carlos Aragón es la existencia de una Chusma Selecta —él siempre la escribía con mayúsculas— o afición ilustrada, a la que se opone la Chusma Profunda formada por el público iletrado, sin criterio, de gustos básicos, acomodaticio y consumista. Para él (y para muchos) la Chusma Profunda es la que domina en gran medida la organización del Concurso del Teatro Falla y controla de forma hegemónica el Carnaval. De ahí que alerte de manera angustiosa e irascible de este grave peligro que ataca los fundamentos esenciales de la fiesta. Si tuviéramos que identificar a los miembros de la Chusma Profunda en algún episodio conocido, serían por ejemplo los mismos que hicieron salir del Falla llorando a Paco Alba y luego fueron los primeros en reivindicar un busto para él. Frente a ello y frente a ellos, reivindica el Carnaval en estado puro, el ilustrado, el rebosante de excelencia. Lo considera una forma sagrada de expresión popular, un arte mayor, emocional, educador de vidas y agitador de conciencias frente a una sociedad desmovilizada y conformista. Las coplas —o las canciones, como a él le gustaba denomi-

narlas— se convierten así en el instrumento de una revolución continua, nunca exenta de ironía, en la que se mezclan la belleza formal y el mensaje transgresor: rebeldía, republicanismo, ateísmo, librepensamiento, etc.

Juan Carlos era gaditano, aunque su visión de Cádiz y de la controvertida personalidad gaditana coincidía solo a medias con la de muchos de sus paisanos. Él nunca hubiera llegado a ser quien fue si no es por Cádiz, o mejor, por haber nacido y vivido en Cádiz, su tierra santa. Era un gaditano autocrítico, tanto con la historia como con el presente de Cádiz, pues su amor erótico por la ciudad le hizo tomar conciencia de la necesidad de mejorarla. Se identificaba con su idiosincrasia, pero por otro lado le parecía muy cambiante. Consideraba, con cierta tristeza, que el gaditano es capaz de pasar con absoluta facilidad del orgullo y la rebeldía a la apatía, el conformismo y la resignación. Aun así, Juan Carlos, con su lírica poética, nos ha regalado algunos de los más bellos piropos carnavalescos que ha recibido la Tacita, la isla encerrada entre el viento y el mar que resiste con alegría y coraje frente a los infortunios. La memoria carnavalesca de cada uno de nosotros puede dar buena fe de ello.

Juan Carlos siempre ha manifestado, y en este libro también, que nunca se sintió bien tratado por el Carnaval de Cádiz, ni por parte del público, ni por las instituciones, ni por la prensa. Aunque con esta última había normalizado la relación, todavía se pueden recordar artículos en su contra escritos con pluma envenenada, en los que lo tachaban de "excéntrico" de manera redundante o le aplicaban el título de "coplero" en tono despectivo. Curiosamente, esos mismos que decían aquello ahora lo alaban, según hemos podido observar en crónicas recientes. Las redes sociales también resultaron infernales para él durante muchos años. El fanático más furibundo en Carnaval ha sido el antijuancarlista y a las pruebas me remito. Legiones de provocadores y de odiadores profesionales entraban en tromba en cuanto presentaba sus repertorios o aportaba sus opiniones, descalificándolo y atacándolo sin ninguna compasión y casi sin ningún argumento.

Todos esos atropellos no los ha sufrido al mismo nivel de inquina ningún otro autor. Ello quizás se debió a la proyección mediática que Juan Carlos alcanzó y a su locuacidad, que lo convertían en más vulnerable para bien o para mal. La situación se volvió tan tensa que en 2014 dejó de acudir al

Falla con su comparsa Los Ladrones, enfrentándose directamente al COAC y al Patronato, e incluso llegó a realizar la presentación pública de alguno de sus libros en Sevilla antes que en Cádiz. Para más inri, el único homenaje que Juan Carlos recibió en vida no se celebró en Cádiz, sino en la ciudad cordobesa de Lucena el 24 de octubre de 2015. Allí, con la colaboración del Ayuntamiento, artistas y creadores, se le realizó un busto impresionante, se expusieron fotografías artísticas y evocadoras de su obra, se grabaron algunos documentales —el del 20 aniversario de Los Yesterday supera las 142.000 visualizaciones en YouTube— y se conservan valiosas grabaciones de sus conferencias-recitales y presentaciones de libros.

Por desgracia, como Juan Carlos y otros dicen, nadie valora el tesoro que tiene hasta que no lo llega a perder. Su desaparición, además de apenar a la familia carnavalesca, parece que ha abierto los ojos a los que antes permanecían tuertos o ciegos frente a su grandeza artística. Cádiz lo despidió en el Teatro Falla con escenas que desgarran el alma y en su recuerdo hubo decenas de concentraciones espontáneas en las plazas andaluzas (y no andaluzas) para cantar sus coplas inmortales, que se han convertido en himnos del pueblo. Esto nos demuestra la valía de su obra y el reconocimiento que ha conseguido entre la afición carnavalesca. Hasta ahora nunca habíamos presenciado una muestra de fervor popular tan inmenso para recordar a alguien relacionado con el Carnaval. En eso, y también en otras muchas cosas, Juan Carlos ha sido único. Por fortuna, su legado ha traspasado los mares y las puertas de tierra y ha logrado reunir bajo un mismo canto rezado —o rezo cantado—a miles de personas que creen en la vida eterna de su legado carnavalesco. Quién nos iba a decir que había tantos que lo seguían y lo veneraban, que se aprendían sus canciones y se emocionaban y empoderaban con ellas. Es una pena que Juan Carlos haya tenido que abandonarnos para que nos demos cuenta de su genialidad. Aunque a él no le gustaban los homenajes, es muy probable que hubiera estado henchido de gozo al ver tantas muestras de cariño ofrecidas por el mundo de Carnaval y en especial por su Chusma Selecta.

A pesar de la ausencia física de Juan Carlos, su recuerdo será perenne, y más para los que lo consideraban el gran profeta del Carnaval por su peculiar estilo transgresor, crítico, irónico y poético. Nos ha dejado una enorme herencia cantada y escrita de la que podemos sentirnos muy orgullosos, y

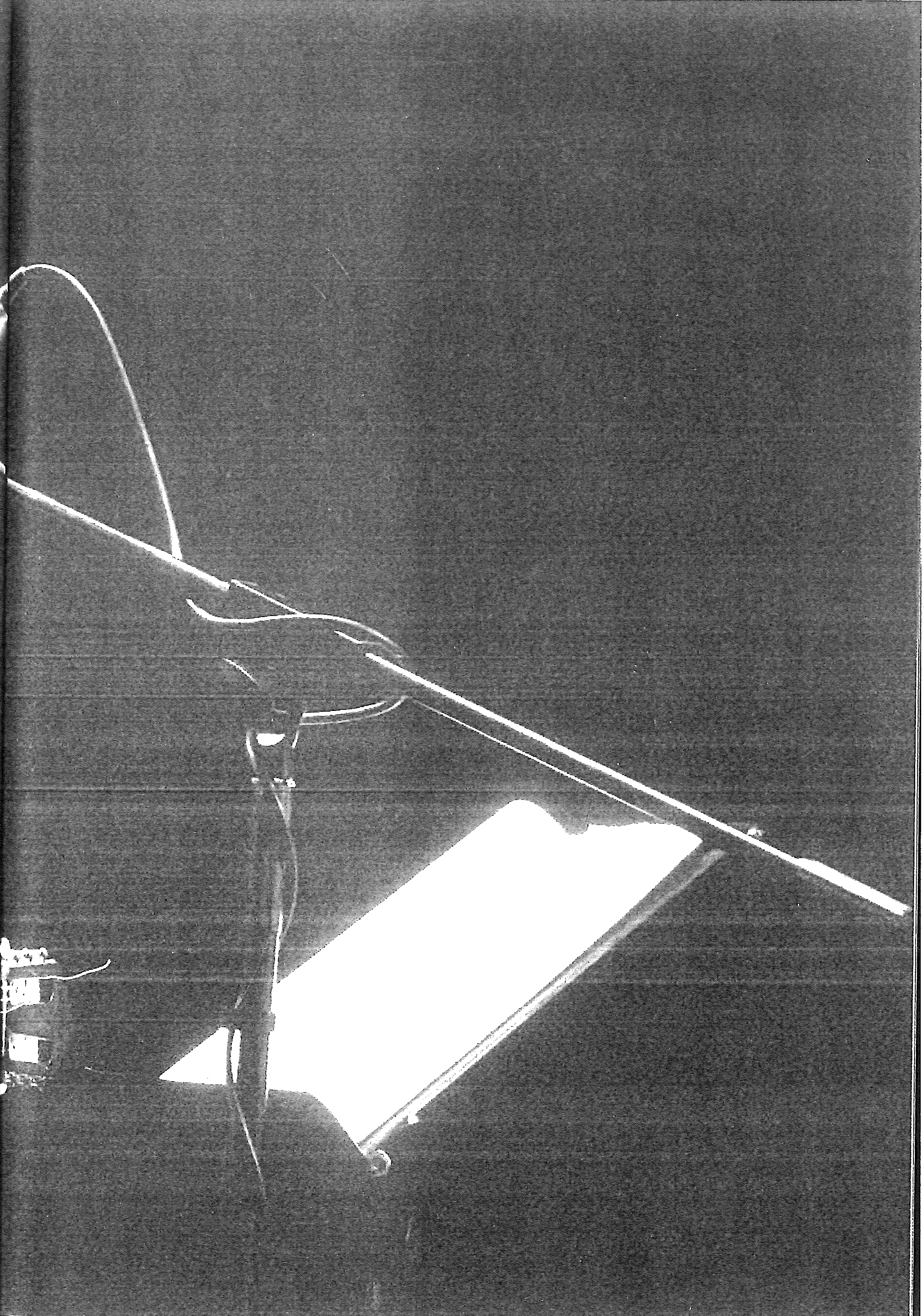
nuestra primera obligación es conservarla, defenderla y difundirla. Su obra es suya, como a él le gustaba decir, pero ahora debemos luchar porque, aparte de suya, también sea patrimonio material e inmaterial del gaditano y del Carnaval. Es el mejor homenaje que le podemos hacer.

Habrá que estar a la altura de las circunstancias para que el legado de Juan Carlos Aragón sea perdurable y no se lo lleve el levante, como a tantas otras cosas en Cádiz. Así mismo, debemos permanecer vigilantes con aquellos que solo quieren utilizar su imagen para convertirla exclusivamente en un negocio publicitario de llavero y camiseta, olvidando su mensaje, sus canciones y su filosofía. El mensaje de Juan Carlos se encuentra explícito en sus canciones, en sus textos y en sus obras literarias. Está redactado de manera muy clara, a pesar de que siempre habrá quien diga que no se entera. Respecto a sus libros, Juan Carlos siempre afirmaba que, aparte de su Chusma Selecta, los que deberían leerlos no lo hacían porque no leían o leían con extrema dificultad. Por tanto, si usted ha llegado leyendo hasta aquí, y él lo pudiera ver, seguro que se sentiría orgulloso. Eso significa que usted es de los suyos, de esa Chusma Selecta que Juan Carlos Aragón, con su espíritu libre y santo, tanto ayudó a crear.

Arcángel Bedmar











Bibliografía de Juan Carlos Aragón

Poesía
LA RISA QUE ME ESCONDES
2010

Ensayo
EL CARNAVAL SIN APELLIDOS
2010

Ensayo
EL CARNAVAL SIN NOMBRE
2012

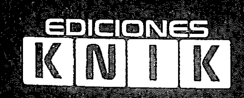
Poesía
LOS ÚLTIMOS VERSOS DEL CAPITÁN VENENO
2015

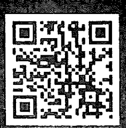
Novela
EL PASODOBLE INTERMINABLE
2017

Ensayo
EL CARNAVAL SIN MÍ
2019



El Carnaval sin mí se nos presenta como una obra casi testamentaria, de cierre de etapa vital. Y no solo porque culmina una trilogía, sino también porque Juan Carlos redactó el tercio final del libro pensando en que podría ser lo último que hiciera en Carnaval —y no se equivocó—







Bibliografía de Juan Carlos Aragón

Poesía
LA RISA QUE ME ESCONDES
2010

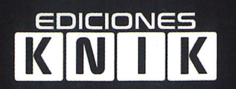
Ensayo
EL CARNAVAL SIN APELLIDOS
2010

Ensayo
EL CARNAVAL SIN NOMBRE
2012

Poesía
LOS ÚLTIMOS VERSOS DEL CAPITÁN VENENO
2015

Novela
EL PASODOBLE INTERMINABLE
2017

Ensayo
EL CARNAVAL SIN MÍ
2019



El Carnaval sin mí se nos presenta como una obra casi testamentaria, de cierre de etapa vital. Y no solo porque culmina una trilogía, sino también porque Juan Carlos redactó el tercio final del libro pensando en que podría ser lo último que hiciera en Carnaval —y no se equivocó—



